

Rafael Masada

RESACA

A sunset over the ocean with the word 'RESACA' in large, 3D pink letters on a rocky beach. The sun is a bright yellow circle on the horizon, casting a warm glow over the sky and water. The waves are white and foamy, crashing onto a dark, pebbly shore in the foreground.

Rafael Masada

Resaca

1^{ra} Edición electrónica: 1994
2^{da} Edición electrónica: 2007

© **Rafael Masada**, 1994

Ediciones Literatura y algo más, 2016

Licencia de Creative Commons

Resaca by **Rafael Masada** is licensed under a Creative Commons
Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional License
No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas

***Con profundo reconocimiento
a todos aquellos hombres y
mujeres que dieron la vida
en la heroica e inacabada
lucha por la liberación
de nuestra patria.***

Eppur si muove

Galileo Galilei ante la Inquisición

¡Pero qué calor sentía en pleno invierno! Estábamos en Las Piedrecitas, que con sus doscientos metros de ancho es la única playa de piedras en cincuenta kilómetros de costa. La visitaba a menudo, sobre todo en invierno. Unas veces iba solo, otras acompañado de mi mujer, en ocasiones me escoltaba alguno de mis hijos, o íbamos todos juntos. Aquel día, los seis, la pasábamos de lo lindo. Siempre me atrajo el ruido que produce el movimiento de retroceso de las olas tras romperse en la orilla de piedras.

El sonido de la resaca es espectacular, melodía brava, valiente y pendenciera. Toda la familia estaba junta, mi mujer, mis cuatro hijos y yo. El Sol, inmenso, anaranjado, brillaba, en invierno, cosa extraña, colgado de un cielo despejado, incendiando el horizonte, listo a clavarse, cual puñalada, en la mar serena. Nosotros lanzábamos piedras contra las olas para medir nuestras fuerzas; era mejor quien más lejos las hacía llegar y quien más veces las hacía rebotar sobre el agua. Mi última piedra dio cinco magistrales brinco. La ola se había levantado arrogante y esperé a que reventara sobre las piedrecitas de la playa; a una milésima de segundo, antes de que inicie su retirada en hermosa sinfonía quejosa, lancé la piedrecilla más plana que pude encontrar en la última media hora, voló a ras del agua un largo trecho, dio un tremendo bote, y otro, y otro más, hasta cinco; todos

saltábamos de alegría; aunque la competencia no había terminado, me sentía el ganador. Fue de locura, bullicio, risas, risotadas, correteos... -¡Tramposo! -me gritaron cinco voces... De pronto, sin explicación ni permiso, las olas se encresparon, el sonido de la resaca se tornó ensordecedor, ululante como el de un inmenso cordel que corta furioso el aire; el mar empezó a devolvemos, una detrás de otra, las piedras que le habíamos arrojado en los últimos ocho años, todas juntas. Nos abrazamos, no podíamos movernos. El Sol estalló en mil pedazos: una bola de fuego que quemó el cielo, tiñendo de negro oscuro el atardecer más alegre de mis días.

Despertó sudando a mares y enredado con otros cuerpos; alguien que tropezó con su espalda, al tratar de huir, arrastró en su caída a otras sombras espantadas. Una vez librado del amasijo de brazos y piernas, buscaba, como los demás, a rastras. No podían ver, estaba oscuro, muy oscuro. Fogueados en humo y polvareda, se orientaban por instinto. Pedazos de techo caían sobre sus cabezas, piedras de todos los tamaños volaban en diferentes direcciones, gente que corría, gritos en todos los tonos, órdenes de quienes no debían darlas, tropezones, caídas, levantarse para volver a caer, maldiciones, palabrotas, de todo un poco, menos serenidad, un completo caos. A duras penas, tras unos segundos, encontró sus botas, su fusil, una mochila y salió detrás de todos, el último. Un instante después, en medio de las llamas, los treinta y cinco hombres y mujeres, que ese amanecer dormían el cansancio de tres semanas, corrían en distintas direcciones. En medio de las explosiones, todos alcanzaron a escuchar la voz de Raúl que sin terminar de despertarse había ordenado

correr hacia la quebrada, y todos enrumbaron hacia el norte.

Cruzó el patio, saltó la acequia y se fue de cara contra los matorrales, se le cayó el fusil; y las botas, que no tuvo tiempo de calzarse, fueron a dar en medio de un charco. Margarita, Felipe y Ramón disparaban desde la acequia cubriendo la retirada de los demás, ellos fueron los primeros en reaccionar ante el ataque. Raúl recogió su fusil, se puso las botas rápidamente, acomodó la mochila en su espalda, ordenó a los tres que sigan a los demás y abrió fuego hasta que vació la cacerina, se levantó y echó a correr; pasó cerca de lo que quedaba de la cocina, que si algo quedaba era mucho decir, tan sólo unas cuantas piedras chamuscadas y el agradable olor a mondonguito, inconfundible en medio del olor a pólvora.

-iMondonguito...! ¡Nos arruinaron el desayuno! ¡El primero en tres semanas..., mierda! ¿Y qué será de Rosita Luna y Ciro? -pensaba mientras alcanzaba a los últimos del pelotón, quiso decir algo pero no pudo porque la onda expansiva de un cohete que explotó bastante cerca los echó de cara al suelo y les cayó una lluvia de piedras. Preguntó si estaban bien. -¡Sí! -dijeron y arrancaron. Faltaban cien metros para alcanzar la quebrada; allí los esperaba Venancio con una sonrisa de oreja a oreja en medio de explosiones, una lluvia de piedras y tierra, gritos y maldiciones, olor a pólvora y a orina.

-¿Y tú, de qué te ríes? -le preguntó Raúl.

-iTodos completos, compañero, todos completos!

Y antes de salir a la carrera, gritó:

-iTengo que alcanzar a los de la punta, a quinientos metros después de la entrada hay que tomar el corte de la derecha, los otros dos son peligrosos, no quiero que se me pierdan los compañeros! -y desapareció entre la polvareda.

¡Ese Venancio se pasa...! Empezó a evocar cómo su abuelo lo entregó hace un año... -alguno más les hemos traído... No alcanzó a recapitular más porque una pedrada disparada por una nueva y cercana explosión se estrelló contra la mochila que colgaba en su espalda.

-¡Hierba mala nunca muere, hijos de puta! -gritó a los del helicóptero como si lo pudieran oír, y se levantó por milésima vez, escupió la tierra que no tragó y unas cuantas piedrecitas, que pensó eran sus dientes.

-¡Si estos cabrones no me matan, por lo menos me van a dejar destrozadas las rodillas! ¡Estos tipos quieren desaparecernos de la faz de la Tierra porque dicen que crecemos como la hierba mala en el campo; lo que todavía no se dan cuenta es que somos la mejor semilla, que cayó en buen surco, que comienza a germinar y que finalmente serán ellos los barridos del planeta! -le dijo a Felipe, quien le alcanzaba el fusil que había rodado por los suelos.

En el corte de la derecha me esperaba Venancio.

-¿Todos completos? -pregunté.

-¡Todos! -contestó, y me sonrió con sus ojos oscuros.

-¿Heridos? -debía escupir entre palabra y palabra, tenía la garganta totalmente seca, sin saliva, el pañuelo mojado con orina no me protegía casi nada, mi nariz estaba taconeada de polvo convertido en barro por el sudor.

-¡Todos!, pero nada grave -contestó haciendo ademanes con las manos-, rasguños, golpes, varios han perdido los zapatos y las mochilas, pero no hemos perdido ningún arma. Rosita Luna y Ciro están bien, después te cuento -me palmeó el hombro, y se alejó.

-¡Ah...! A Ciro un balazo le sacó un pedazo de oreja

pero está bien, sólo dice que se verá más feo de lo que es -gritaba sin mirar hacia atrás.

Entre despertar, levantarse, salir a la carrera y alcanzar la quebrada transcurrieron unos cinco minutos largos. Estábamos cruzando el infierno: nos había llovido plomo por todos lados; ese maldito helicóptero nos había regalado una tonelada de piedras reventadas por sus cohetes; no era fácil respirar por la polvareda que se levantaba con cada explosión; el corazón lo teníamos a punto de salirse del pecho de puro susto. ¡Y en medio de todo eso, los compañeros se daban tiempo para pensar en si se verían bonitos o feos...! ¡Cuando ni siquiera sabíamos si saldríamos de allí con vida! Fue una gran suerte para nosotros la mala puntería del artillero y del piloto.

Se encontraban en una quebrada profunda, por donde no podían caminar más de dos personas codo a codo. Por primera vez en los últimos minutos, desde que Ciro había dado la voz de alerta, estaban todos juntos en fila india, no podían correr pero la marcha era bastante rápida. A la orden de Raúl, fueron dando sus nombres de combate.

-¡Todos completos...! -pensaba mientras avanzaba a colocarse hacia el frente de la columna.

Estaban casi a salvo de los helicópteros. Sobre sus cabezas se oían los motores de hasta tres de esos pajarracos de fierro, como los llamaba María. Seguían disparando sus cohetes, pero reventaban en la parte alta de la garganta, y los balazos de sus fusiles pesados no lograban entrar en las profundidades de la montaña; les caía de vez en cuando piedras y tierra, pero comparado con lo que habían vivido ese amanecer, no era más que un juego de niños.

Las últimas explosiones se oían ahogadas por la distancia, los pilotos perdieron el blanco.

Con el alba, el cielo comenzó a clarear. Los pajarracos de fierro habían emprendido el retorno a su base después de agotar su munición... Llegó el silencio.

-iParece que hemos cruzado a salvo la primera puerta del infierno! -dijo Domingo después de acomodarse de espalda sobre el suelo.

Raúl había ordenado cinco minutos de descanso y a todos les caía bien. En los últimos veinte minutos habían pasado por una pesadilla que los había envejecido y marcado con fuego en plena flor de juventud.

Luego de descansar un poco y conversar con Venancio, empecé a saludar a cada uno de los combatientes: les daba la mano, los abrazaba, llorábamos de alegría. ¡Todos completos...! -iComo si esos cobardes nos pudieran partir, matar sí, pero partir, jamás, compañero, jamás...! -ese Venancio tiene unas frases silvestres pero contundentes. En verdad, nuestra moral siempre fue alta, el enemigo jamás lograría quebrantarnos, jamás lograría partirnos.

Al escapar del bombardeo, muchos no pudieron ponerse los zapatos, ni siquiera se preocuparon de buscarlos, sólo hubo tiempo para tomar el arma y salir a la carrera. Los que durmieron con los zapatos puestos y los que tuvimos la suerte de encontrar nuestras botas teníamos menos heridas que los demás. Pero los otros, los otros, hermanito, tenían los pies hechos una desgracia; varios habían perdido una o más uñas y hasta dos compañeros tenían la planta de los pies casi en carne viva, y a pesar de eso no se quejaban; con lo que les quedaba de orina se los lavaron, se los envolvieron con

las mangas arrancadas de sus camisas y después de un corto descanso se echaron a andar.

Todos estábamos hechos una porquería: nuestras ropas rasgadas por las piedras o por los arbustos y matorrales; marrones casi negros por el polvo, la pólvora y la sangre; chamuscados por las bombas y las llamas; con los pantalones meados...

-¡Qué quiere, maestro, si ni tiempo hubo para detenerse en cojudeces, y si tenías alguno, entre caída y caída y vuelta a correr, era para disparar, aunque las más de las veces no sabías hacia dónde, entonces pues, qué quiere, al final ni te acuerdas dónde te measte, si todo era explosiones y gritos, que ni se sabe si fueron de furor o de miedo...! ¿Total...? ¡Todos apestamos igual, unos más, otros menos; pero todos vivitos y coleando, listos para reventar a esos hijoeputas cuando los pesquemos...!

Cuando le dije: -¡Qué tal bocaza, compañero!-, Julián dejó de sonreír, dirigió una mirada perdida al cielo, luego la bajó lentamente hacia el suelo, me miró de reojo y volvió a sonreír, escupió, aclaró su ronca voz de criollo curtido y, como si fuera a cantar, resumiendo lentamente sus pensamientos y arrastrando algunas palabras con verdadero afecto, dijo:

-¡Mire, com-pa-ñe-ro res-pon-sa-ble mi-li-tar, con toiiii-ti-tiiiiii-to mi ress-pe-to, no vamos a esperar el triunfo de la revolución para jaranearnos con todas las cojudeces que nos pasan...! ¡Así que no moje que no hay quien planche!

Y mientras todos soltábamos una risotada, después de un largo tiempo, que debe haber retumbado hasta en la Capital, se nos tranquilizaron los nervios y los músculos se nos relajaron. Nos abrazamos efusivamente y, al palmearnos mutuamente las espaldas, se levantó una polvareda de los mil demonios que hizo que todos nos volviéramos a carcajear estrepitosamente.

A Ciro lo encontré abrazado por Rosita Luna, que muy cariñosa le había puesto un pañuelo en la oreja y se lo aseguraba con otro alrededor de la cabeza; un hilito de sangre aún le corría por el costado del cuello para ir a perderse debajo de la chompa. Los abracé a los dos juntos y les di las gracias.

La noche anterior les había encargado a ellos el turno de la cocina y debían preparar el mondonguito para el desayuno de ese fatídico amanecer.

Fíjate, hermano, que todo ese jaleo empezó un mes antes. Habíamos tomado Alejadito, la última hacienda del valle, repartido las tierras, y las habíamos preparado para la siembra. Por ser una de las últimas, entrábamos un poco tarde a la siembra y además el período de lluvias se adelantaba en un par de semanas; pero a pesar de ello, no nos preocupamos mucho ya que sabíamos que saldrían adelante con el apoyo de los demás Comités Populares.

En los seis meses que duró la primera campaña de batir el campo, habíamos limpiado las alturas; no quedó en pie un solo puesto policial; los gamonales habían huido a la Capital; un viejo hacendado entregó sus tierras de buen grado y prestó toda la colaboración del caso, recibiendo a cambio el derecho a participar en el trabajo colectivo y el uso en común de los productos.

Estábamos concluyendo con la segunda campaña de batir consolidando nuestras posiciones; fueron cuatro meses de arduo trabajo casi sin tomar descanso. El territorio era bastante amplio pero lo dejábamos bien organizado, con gente ideológicamente firme, y capaz para dirigir el Comité Popular. Fuimos el grupo más activo en toda la región, actuamos en conjunto tres compañías: doce pelotones, 380 combatientes.

El ingreso del ejército enemigo había sido previsto por la Dirección del Partido desde el inicio de la lucha

armada, hacía tres años; lo que no se sabía, era la fecha. En los últimos meses se rumoreaba mucho al respecto, creo que ésa fue la razón por la cual los mandos de los otros once pelotones decidieran dar por acabada la campaña un mes y medio antes de lo fijado...

Si bien es cierto que la mayoría de los objetivos trazados ya se habían cumplido, es decir: se había dado un tremendo impulso al desarrollo de la guerra de guerrillas abriendo amplias zonas guerrilleras; se habían conquistado armas y medios para combatir; se removía el campo con acciones guerrilleras y se batallaba para conquistar más bases de apoyo, aún nos faltaba el remate en el valle; eso significaba barrer el último puesto donde el enemigo había replegado el resto de sus fuerzas menores, y la toma de tres haciendas al pie de las montañas. Nuestro pelotón cumplió exitosamente esas tareas finales. Hasta ahí lo hicimos todo bastante bien. Lo que los mandos no calculamos a tiempo fue la entrada en combate de las fuerzas armadas de la reacción...

Cuando celebrábamos el final exitoso de la segunda campaña de batir el campo, que coincidió con el término de la preparación de la tierra para la siembra en Alejadito, vieja y próspera hacienda en el Valle de Rincones, nos llegó por radio la noticia del inicio de la contracampaña; y que algunos de los pelotones, que se habían retirado hacía mes y medio, habían sido diezmados. Sin pensarlo dos veces, ordené la retirada inmediata hacia las alturas. Habíamos golpeado fuerte y parejo; estábamos en lo alto de la cresta, les caímos encima con todas nuestras fuerzas y los hicimos pedazos. Recuperamos lo que nos pertenece desde hace cientos de años: nuestras queridas tierras y la toma de decisiones en nuestras propias manos. Habíamos cumplido y era hora de la resaca, hora de emprender la retirada, una retirada ordenada hacia nuestra base de apoyo; las fuerzas locales y las milicias

se harían cargo del resto.

Debíamos subir más de dos mil metros para volver a bajar mil. ¡Y eso que nos encontrábamos ya a dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar! La primera semana nos dio el tiempo necesario para planificar la retirada mientras avanzábamos describiendo un semicírculo para cruzar la cordillera y empezar el descenso. El trabajo de Venancio en el reconocimiento del terreno fue altamente valioso.

Pero a la segunda semana el enemigo nos cayó por detrás ocasionándonos numerosas bajas. Las semanas siguientes fueron bastante feas; incluso teníamos que planificar ataques para poder recuperar armas y municiones, porque casi no nos quedaba con qué defendernos. En la última semana, en medio de combates, llegamos a caminar más de trescientos kilómetros. En los dos días anteriores a nuestra llegada a El Rosario, no tuvimos enfrentamiento alguno; casi habíamos alcanzado la cumbre, una vez allí emprenderíamos la bajada. Tres días más y entraríamos victoriosos a nuestra base; allí estaríamos a salvo. Así concluimos todos en la asamblea general. El balance era: Salimos 50 de Alejadito y llegamos 35 a El Rosario; el enemigo se había desviado de nuestra huella, al menos por el momento, y estábamos al límite de nuestras fuerzas. Venancio conocía el terreno mejor que la palma de su mano, me había explicado la ruta a seguir al día siguiente y nos podríamos desplazar de día sin problemas.

Esa noche cometí dos errores. El primero, suspender la guardia; era un poco más de medianoche y en algunas horas estaríamos tomando desayuno antes de partir hacia el norte, alcanzar la cumbre y empezar a descender hacia nuestra salvación, además todos estábamos medio muertos de cansancio y hambre; en las tres últimas semanas nadie durmió más de dos horas una detrás de

otra, ni más de cuatro horas por día. El segundo error fue permitir, y con ello permitirme, que aquellos que lo crean necesario se saquen las botas, pues casi todos, y yo el que más, teníamos los pies hinchados; mejor suerte tuvieron los que, acostumbrados a la orden de dormir con los zapatos puestos, estaban listos para actuar rápido en caso de emergencia.

Rosita Luna y Ciro fueron a dormir a la cocina para encargarse de nuestro bendito mondonguito. ¡Nuestro primer desayuno en tres semanas...! Además, debían despertarnos al amanecer. Y fue eso precisamente lo que nos salvó. Ciro, que siempre tuvo un oído de primera calidad, se despertó cuando oyó los helicópteros a lo lejos, fueron unos segundos de ventaja lo que le permitió despertar a Rosita Luna, salir corriendo y dar la voz de alerta; Margarita, Felipe y Ramón reaccionaron de inmediato. Los primeros cohetes fueron a reventar en la cocina, que estaba iluminada por las llamas del fogón; la explosión dejó un reguero de piedras chamuscadas y desparramó el olor de nuestro mondonguito por los aires.

Los siguientes bombazos me sacaron de mi sueño, de la playa, de mi familia... mi familia... verdad... ¿Qué será de mi familia...?

Gracias a Ciro estábamos allí aún con vida, marrones casi negros, molidos pero contentos.

Apenas Raúl ordenó el descanso, se le acercó Venancio; le palmeó el hombro, como era su costumbre, como si fueran viejísimos amigos que se encontraban después de largo tiempo; le sonrió con esos ojazos oscuros que se le saltaban de su pequeña cara redonda, trigueña y quemada por el frío de la puna.

-¡Toma...! -le susurró mientras sacudía el polvo de una mochila.

-¿Y eso...? -preguntó descolgándose la que llevaba en la espalda.

-Tu mochila, la reconocí en la espalda de Lupe y ella encontró la suya en la espalda de Ramón. ¿Y tú, a quién le has transportado la carga? -preguntó tosiendo de risa.

-No tengo la menor idea -y se sentó sintiéndose muy cansado.

-Trae -dijo con su voz de niño-, yo me encargo.

Intercambiaron mochilas al mismo tiempo que Venancio le informaba el asunto de Ciro y Rosita Luna; y mientras le alcanzaba una de las dos papas sancochadas que traía en uno de sus bolsillos, se metió la otra entera a la boca y empezó a masticar con verdadero placer.

-Mi mamá me decía que la cáscara de la papa es buena para tirar las piedras de los riñones, así que no la pele, compañero, además ya está lavada.

-¿Y cómo la has lavado? -preguntó mirando la papa tan asombrado de tener una entre las manos después de tanto jaleo, como si se tratara de haber encontrado un oasis en el más condenado de los desiertos.

-Come nomás, ya después te cuento. Tengo que encontrar a quién le pertenece este bultazo -y se paró gimiendo como si le pesaran los años de todo el grupo junto.

-¡Eh...! ¡Venancio...! ¿Cuántos años tienes? -preguntó Felipe, que había estado todo el tiempo cerca de Raúl sin que él lo notase.

-Trein-ta-y-uno -dijo arrastrando los pies y, simulando ser un viejito que camina con ayuda de un bastón, avanzó así unos metros, se enderezó, echó a correr y, sin voltear a ver a los que se reían de su imitación, gritó: -¡Pero ayer tenía trece...! -y desapareció en medio de cabriolas, zapateos y risotadas.

-El abuelo de este muchacho debe sentirse orgulloso de tremendo nieto -dijo Raúl mientras se incorporaba para ir a saludar a los demás.

-Y su mamá también -dijo Felipe, que luego de una pausa para escupir con rabia, añadió: -si esos perros con uniforme no la hubiesen matado...

Nunca estuve muy seguro del por qué, pero siempre tenía como cola a Venancio y como sombra a Felipe. Uno no había cumplido aún los trece y el otro, con sus cuarenta y cuatro años, era el único mayor que yo; sin embargo era a mí a quien llamaban el abuelo...

Recuerdo que cuando llegué a la zona, hace dos años, el que me saludó con más afecto fue Felipe. Venía a hacerme cargo del pelotón reemplazando al anterior mando militar del Regional, que fue bajado a bases por cometer serios errores; el más grave fue que le aplicó la ley de fuga a un uniformado después de la toma del retén de Lúcumá, que era un puesto de control en plena carretera central y que abre o cierra el ingreso al valle central. Esa acción fue muy importante, pues luego nos permitió el progresivo control de las zonas bajas; demoramos dos años pero lo logramos. Luego del análisis de la acción y del posterior descontento de los demás combatientes, que prácticamente repudiaban a su mando militar, se decidió que yo emprendiera viaje y asuma la responsabilidad del pelotón principal.

Llegué con tres días de atraso, por problemas de transporte y seguridad que finalmente fueron resueltos con audacia por Lupe, mando político del Regional. Yo había vivido parte de mi niñez y de mi juventud en la capital del departamento, primer lugar donde debíamos tomar contacto con los enlaces, y era bastante conocido

por la población. A pesar de todos los cuidados que se tomaron, como el de dar un rodeo por los extramuros de la ciudad para ir a parar cerca del aeropuerto; esperar en casa de un profesor; esperar el anochecer para luego emprender el viaje hacia las alturas, a pesar de todo ello, un viejo amigo de colegio, y que trabajaba como taxista, me reconoció, se bajó de su taxi, me llamó por mi nombre aumentándole el diminutivo cariñoso de ito, me ofreció llevarme gratis adonde quisiera, y se fue triste después de mostrarme dolorosamente frío ante su ofrecimiento. Una semana después toda la ciudad sabía que yo andaba por las alturas.

Como te decía, hermano, cuando entré a la base se me acercó Felipe, yo no lo conocía, me dio la mano, me abrazó, tomó mi mochila en sus manos y me presentó a los demás; eran nueve muchachitos que en su mayoría aún no habían cumplido los diecisiete años. Una hora después Lupe llamó a reunión del pelotón, explicó el motivo de mi presencia y los nuevos planes y campañas a efectuar. Entre otras cosas, Lupe explicó el trato para con los prisioneros.

-A pesar de que algunos de nuestros familiares -gritó con la voz quebrada-hayan sido asesinados por la policía, y en esta guerra todos hemos perdido a alguien, no es motivo para venganzas, no podemos rebajarnos al nivel de ellos, nosotros combatimos para liberar nuestra patria y no para actuar como esos criminales. Tras un juicio justo, un castigo justo, ésa es la única manera correcta de actuar. Otra cosa es en medio del combate, ahí no se puede estar pidiendo permiso al enemigo para dispararle; si no acabas con él, él acaba contigo y punto.

-Por otro lado -dijo ya calmada-, a partir de ahora ningún mando tendrá privilegio alguno; deberá hacer guardia igual que todos, le tocará turno en la cocina, y será el primero en enseñar con el ejemplo a los demás...

Yo sabía que era una indirecta que me aludía; totalmente innecesaria, puesto que yo recién había llegado... En lo referente a ella, lo noté con el tiempo, las cosas no cambiaron en nada; cuando había que escoger entre colchón y pellejo, el colchón era para ella; cuando había que escoger entre pellejo y suelo, el pellejo era para ella; cuando había que escoger entre suelo y suelo, el mejor pedazo de suelo era para ella. En el pelotón, casi el cincuenta por ciento eran mujeres, pero ella siempre tenía lo mejor, incluyendo el mejor pedazo de carne en la sopa, el choclo más grande, la papa más grande y, a veces, la soledad más grande le tocaba a ella. Pero a pesar de esas pequeñeces, era buena persona, casi siempre alegre y muy responsable, cuando se lo proponía.

Un mes después tomamos una hacienda, la acción fue a la hora del oscuro, así le llamaban. Un segundo antes del amanecer, la noche se torna terriblemente negra de toda negrura, pero luego empieza un lento camino en el que se disipan las sombras de la noche y ceden el paso al nuevo día; precisamente en ese mismo lugar del tiempo nos sorprendieron los helicópteros...

Pero te contaba, hermano, que un mes después de mi incorporación al pelotón tomamos la hacienda de los Contreras; hacía tiempo que los campesinos de la hacienda y de los alrededores se quejaban y buscaban a los compañeros para que pongan las cosas en el correcto lugar y establezcan el nuevo Poder.

Matilde Contreras era una mujer de ochenta años que había recibido las tierras de manos de sus padres y éstos, de los suyos. Era una mujer, según contaban, que manejaba la hacienda desde hacía más de cincuenta años; tenía un carácter fuerte, endiablado; una mano rápida y hábil para el látigo; y una lengua tan salvaje y rudimentaria como su cerebro. El marido se le había muerto unos quince años atrás, cuando, borracho como

siempre, se desbarrancó con su mulo después de una ronda de violaciones, también como siempre; era viejo pero no manco, decían algunos. La vieja tenía tres hijos, dos radicaban en la Capital, y uno vivía en la capital de la provincia; este último venía de vez en cuando a la hacienda para pasar unos días. Cuando nos hicimos con la hacienda, los pescamos durmiendo, no se disparó un solo tiro. Los tres hermanos y cuatro de sus hijos dormían la borrachera de la noche anterior; el capataz y su mujer, al igual que sus dos peones de confianza, también apestaban a trago barato. Ninguno dijo nada de nada, después de una hora recién se dieron cuenta que estaban prisioneros en uno de los tantos cuartos de la casa hacienda. Cuando entramos a la habitación, todos se pusieron de pie como impulsados por un resorte; el más viejo, que era taxista en la Capital, se me acercó, se arrodilló, me tomó de la mano, me la besó y luego se la llevó hacia la frente. -¡Perdón, mi comandante! -dijo con lágrimas en los ojos desorbitados y babeando de miedo. -¡Perdón! -eructaba las palabras en medio de escupitajos. -¡No crea en nada de lo que le digan estos indios, que sólo son un atado de ignorantes! -¡Perdón, mi comandante, perdón...! Y se fue lloriqueando hacia un rincón. Te juro, hermanito, que sentí un tremendo asco por ese tipo. Hasta ayer, señor todopoderoso que podía decidir sobre la vida de sus siervos y hoy, un miserable sin honor ni orgullo, que se revuelca en su propia mierda implorando perdón, sin saber que hasta ese momento, nadie, absolutamente nadie, lo había mencionado para nada. Fue su propia conciencia que lo traicionaba.

El segundo de los hermanos, el que vive en la capital de la provincia y tiene un pequeño negocio en el mercado, nos contó, una vez que se tranquilizó su hermano mayor, que la señora Matilde había fallecido de muerte natural tres días antes; que el resto de la familia

había llevado el cuerpo a la ciudad la noche anterior; que ellos se habían quedado para repartir la herencia; que su hermano mayor y el menor habían llegado, después de diez años de ausencia, con sus hijos, cuando se enteraron de que su mamá estaba enferma y moriría en cualquier momento; nos refirió que él nunca había hecho nada malo y esperaba justicia. Uno de los nietos de la vieja se me acercó, con sus costumbres de costeño y su acento capitalino, pidiéndome un cigarrillo. -Aquí sólo fumamos Inca -le dije-, no tenemos cigarrillos con filtro. -No tiene importancia, mi comandante, yo también soy tan serrano como todos aquí -replicó con una sonrisa temblorosa. Eso del yo también no lo entendí sino hasta el juicio, horas más tarde. Le dejé una cajetilla de Inca para que la comparta con los demás y salí.

Mientras tomábamos el desayuno observé que Felipe dejaba su metralleta recostada a una pared, y que iba y venía por aquí y por allá admirándose de las cosas que había en la casa: cuadros, adornos, muebles, vajilla, ropa... En uno de los baúles encontró toda la ropa del cura que venía a dar misa cuatro veces al año, y los ojos casi se le caen de la cara cuando descubrió una hermosa custodia de oro de más de sesenta centímetros de alto y con algunas piedras preciosas incrustadas. -¡Estos hijos de puta se han robado todo lo de la iglesia! -gritaba mientras me llamaba. Efectivamente, a medida que se sacaban las cosas del baúl, iban apareciendo objetos de oro y plata que al parecer habían sido robados, en los últimos doscientos años, de las diferentes iglesias que existían en la zona, o que habían sido comprados con los pagos que hacían los campesinos por recibir misa, bautismo, casamiento, entierro y otras muchas trafas de curas y patronos.

Después de seleccionar y ordenar todo lo encontrado, y de distribuir las tareas para reunir a los campesinos

de la zona para el reparto de las propiedades, de las herramientas, y formar el Comité Popular que se encargue de dirigir los destinos del nuevo Poder establecido en El Milagro, me acerqué a Felipe y en la forma más amable que pude le dije que estaba cometiendo un grave error, que ese error le podía costar la vida si las circunstancias fueran otras; pegó un salto hacia atrás y frotándose las manos de nerviosismo me preguntó cuál era ese grave error que estaba cometiendo. Le expliqué que hacía diez minutos él había dejado su arma abandonada y que si se producía un ataque enemigo tendría dificultades para defenderse. Fue en busca de la metralleta y regresó con la cara colorada de vergüenza. Me preguntó si merecía algún castigo por ello. Después de pensarlo, mirándole a los ojos, le dije: -¡Por supuesto que sí! Levantó la cabeza y dijo con aplomo: -¡Estoy dispuesto a hacer lo que sea para corregir mi error! -¡Bien -respondí-, quedas condenado a no separarte nunca más de tu chica! Todos los que nos rodeaban se rieron y Felipe pudo calmarse, le guiñé un ojo y nos fuimos a reunir a los campesinos para el reparto.

Supongo que ese incidente pegó a Felipe a mis espaldas; siempre está al tanto de dónde pongo mi fusil y no pierde la oportunidad de alcanzármelo, aunque yo no lo haya dejado olvidado. Sonríe, me mira como a un hijo, pero no me reprocha nada. Su expresión favorita es: -¡Uno siempre aprende algo nuevo!

Camino a los campos de cultivo, Felipe me contó que él fue propietario; que la Ley Agraria, del gobierno militar y de facto del general Juan Velazco Alvarado, lo había jodido; que nunca tuvo mucho dinero; que trabajaba la tierra en forma familiar; que siempre había trabajo para otros campesinos; que pagaba en dinero; que daba de comer a todo aquel que se lo pedía, cuando tenía; que en aquellos tiempos no era campesino pobre, pero tampoco

rico; que se había unido a la guerrilla, dejando su chacra, porque nuestros planteamientos eran los suyos desde muchos años atrás, antes de que ustedes los formulen, decía orgulloso; me explicaba que se había dado cuenta que no era posible hacer nada si el pueblo no se levantaba en armas y formaba su ejército, un ejército del pueblo, un Ejército Guerrillero Popular bajo la dirección del Partido, tal como el que hoy tenemos, para tomar el Poder y hacer respetar los derechos de las mayorías. -¡Porque este país es nuestro desde hace miles de años, carajo -dijo levantando la voz-, pero siempre está en manos de unos cuantos ladrones, aunque los que trabajan como burros somos nosotros! ¡Por eso estoy aquí, y sé que vamos a triunfar...! Mientras hablaba agitaba su puño al aire y sus ojos se iluminaban de alegría como si estuviera viendo el futuro hecho realidad bajo sus pies.

Esa fue la única vez que habló largo y tendido, después no dice más que lo preciso y necesario, sonrío todo el tiempo y tiene cara de andar pensando en algo serio, pero a la hora de actuar es el primero en todo, absolutamente nadie osa dudar de él.

Con el tiempo, desarrollamos un sólido compañerismo. Desde que llegué, él se había autoproclamado algo así como mi protector. Estaba pendiente, en los primeros tiempos, de si podía caminar o no; en cada cuesta se ponía a mi lado y quería cargar, primero mi fusil, después mi mochila; claro que yo ponía cara de pocos amigos y me fingía ofendido, me negaba hasta no poder más, pero él sólo esperaba; al final, la pérdida de la buena costumbre de darse una caminata, las subidas y el cansancio me vencían; él sabía que no me quedaba otra cosa que entregarle todo lo que me pedía, y no sólo entregaba arma y mochila, sino que me dejaba arrastrar de la mano hasta la cumbre. Al igual que a muchos compañeros, que habían solicitado ser trasladados de la ciudad al

campo, largos años de trabajo político, a otro ritmo, en la Capital, a nivel del mar, me habían deshabituado a las alturas, pero un mes después caminaba y trepaba cerros a la misma velocidad de los demás; mi cuerpo se había acostumbrado prácticamente a todo, pero Felipe se mantuvo siempre a mi lado.

Hacia la mitad de la mañana se había logrado reunir a casi la totalidad de campesinos de la hacienda y de las comunidades cercanas, el júbilo era grande. El patio principal de la casa hacienda se miraba festivo con los ponchos y polleras multicolores, los rostros curtidos y quemados por el frío lanzaban al aire una sonrisa de felicidad, había llegado la hora de la libertad, la hora de la justicia, la hora de los tiempos nuevos; los concurrentes se sentaban, se paraban, se frotaban las manos con ansiedad, algunos tenían lágrimas en los ojos, pero no de pena sino de felicidad, una felicidad reprimida a fuerza de costumbre; no vaya a ser que el patrón se enoje y les eche látigo, como era su costumbre, como siempre lo padecieron ellos, sus padres, los padres de sus padres y hasta el Inca Atahualpa, al que ahorcaron los parientes del patrón. Sus voces pasaban lentamente de un ligero murmullo a gritos de libertad, por fin podían gritar sin que les peguen, sin que los azoten, sin que las violen, sin que les quemen las ruinas que usan por casas, sin que los traten como a burros, sin que los pateen ni les llamen ignorantes. La incansable lucha de siglos cristalizaba por fin. Desde la época de los conquistadores españoles, las masas campesinas ofrecen resistencia y luchan por la tierra; esa tierra que han desposado y que con sus manos y su aliento labran y fecundan. Las grandes revueltas campesinas hicieron estremecer

todo tipo de Gobierno pero fracasaron por falta de una dirección justa y correcta; esta vez no se quedaban en la lucha reivindicativa sino, dando un paso gigantesco hacia adelante junto a sus hermanos de clase, se lanzaban a la lucha por el Poder con las armas en las manos.

Cuando los prisioneros fueron sacados al patio con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda, más de cuatrocientas almas se levantaron con los puños en alto y los ponchos se lanzaron al aire tiñendo de colores el cielo azul despejado en pleno noviembre; el Sol bañaba con sus rayos inclinados a esa masa jubilosa proyectando sobre el descampado largas sombras, convirtiéndola en un gigante presto a devorar el mundo entero.

Los once estaban en fila frente a la masa de campesinos de todas las edades, los combatientes se acomodaron en los alrededores y Raúl, desarmado, se puso al frente, esperó en silencio a que la rugiente masa tomara su tiempo y se calmara, se acercó a los prisioneros y fue quitándoles las vendas uno a uno; lentamente fue llegando el silencio. Algunas mujeres viejas con el rostro martirizado por las arrugas cayeron de rodillas y con las palmas de las manos juntas delante del rostro clavaban la mirada en algún punto del infinito cielo y daban las gracias: -¡Gracias, taita Dios, por acordarte de nosotros y mandarnos a los compañeros...! -¡Gracias, taitita, porque ahora descansará en paz el alma de mi Juana, de mi Ernesto, de mi Cirilo, de mi Marmita, de mi Coti, de mi...! Y cada quien tenía alguien a quien mencionar rezando por la salvación de su alma. Los hombres viejos, apoyados en sus bastones de molle quemado, miraban al cielo y lloraban sin lágrimas, pues se les habían agotado. Los niños se limpiaban los mocos con los trapos que traían por camisa, sentados en el suelo esperaban algo que no sabían lo que era, preguntaban al que más cerca tenían y recibían un iespera! por respuesta. Los bebés

eran amamantados por los pechos secos de sus madres, y para que no llorasen les decían: -¡Mira, mira, los compañeros están aquí..., trajeron el sol esta mañana...! -y señalaban hacia el inmenso cielo que empezaba a cubrirse de copos de nubes blancas de toda blancura.

Cuando cayó la venda del rostro del viejo, el silencio ya era total, se podía oír el cantar de lejanos pajarillos y el rumor del río que corría detrás de la casa, allá abajo en la quebrada. El sol hirió los ojos del viejo, que demoró unos segundos en ver lo que tenía al frente, palideció, empezó a sudar frío, un temblor recorría su cuerpo pestilente.

El juicio se inició con el capataz, su mujer y los dos peones de confianza. Los campesinos empezaron ordenadamente a pedir la palabra, a expresar sus opiniones y relatar sus experiencias: El capataz no era ni buena ni mala gente, a pesar de que cuando se emborrachaba les gritaba, nunca les ponía la mano encima y a las mujeres las dejaba en paz.

-¡Que pida perdón por tratarnos mal de palabra -sentenciaron- y que diga si quiere quedarse con nosotros, él sabe hacer su trabajo, pero si se queda es uno igual que nosotros! El hombre pidió perdón de rodillas, solicitó que le permitan quedarse con ellos pues no tenía adónde ir, y prometió que se portaría bien. A su mujer no le fue muy bien que digamos. Era una vieja avara que tenía una pequeña tienda y les daba productos al fiado a los campesinos, pero a la hora de cobrarles siempre lo hacía en demasía y como no podían pagarle le debían entregar gallinas, papas, o cualquier otra cosa siempre de mayor valor que lo que habían recibido. -¡Que le corten el pelo para su vergüenza, y si su marido se responsabiliza por ella se puede quedar, si no los dos se van! Y la sentencia se cumplió, el marido cortó las largas trenzas de la mujer y se comprometió a educarla en el servicio a la

comunidad. Los dos peones de confianza de la vieja Matilde eran tan basuras como la misma vieja. Fueron azotados y expulsados; prohibidos de establecerse en cualquiera de las comunidades que se encontraban en un radio de cien kilómetros a la redonda; si los volvían a ver, y no debían olvidar que el Partido tiene mil ojos y mil oídos, serían capturados y fusilados sin nuevo juicio. Y se fueron con la cabeza gacha después de jurar no levantar la mano en contra de las masas populares y enmendarse en algún lugar lejano.

El juicio a los parientes de la hacendada fue más lento y cargado de tensión, todos esperaban el turno del viejo, pero Raúl lo había dejado para el final, presentía que en este caso tendría mucho que aprender y siendo comisionado de la justicia popular no podía cometer errores. Debía reflexionar lentamente pero seguro, un paso en falso y perderían lo ganado en muchos años de trabajo, porque la verdad era que toda esa zona había sido trabajada políticamente por el Partido desde hacía más de quince años, y por varias generaciones comprometidas en lograr una nación libre y soberana, muchos dejaron en el empeño sus mejores tiempos, juventud, familia, trabajo, prácticamente todo para contribuir a forjar esa fuerza que hoy crece y se desarrolla como un huracán que barrerá con todo lo caduco... Se encontraba sumergido en esas reflexiones al mismo tiempo que escuchaba la expresión de agravios de los campesinos.

A tres de los nietos de la vieja no los conocían, si alguna vez pasaron por la hacienda nadie los recordaba, -por lo tanto no han hecho nada malo -dijeron-, que se vayan en paz. Fueron desatados y se les permitió quedarse hasta el final, esperaban ver qué pasaba con el viejo.

Al de los cigarrillos, al que recibió la cajetilla de Inca de manos de Raúl, lo reconocieron todos. Era buena

gente. Cuando era un chiquillo jugaba fútbol con ellos, y siempre que regresaba de la Capital les traía una pelota de cuero para que jueguen. Algunos recordaban los carritos de metal y las chapas de cocacola, con muñecos dibujados dentro, que les traía de regalo. También recordaban los chocolates que les traía del convento de las monjas; y las revistas ilustradas que, aunque no sabían leer, las miraban miles de veces, y no faltó quien fue corriendo a su choza para traer una de esas revistas: Una sobre la flora y fauna de la selva, que tenía guardada desde hacía diez años, hasta cuando sus hijos aprendan a leer y le lean lo que en ella estaba escrito. Otro recordó la paliza que les metió la vieja cuando los sorprendió juntos, trepados al árbol de nísperos. Muerto de risa, el campesino empezó a contar cómo la vieja le pegó duro a su nieto, diciendo: -¡Toma por burro, por andar mezclándote con estos cholos de mierda...!, y ipaf...! le metía un correazo por el lomo, y ipaf...! le metía un correazo por el culo, y el borrico éste saltaba gritando: ¡Vieja bruja, le voy a contar a mi papá...! y después la vieja le metía un manazo al papá, y el papá le volvía a pegar a este burro... y este burrazo me iba a buscar al otro día cagándose de risa a mi casa, y el papá nos pescaba a los dos y nos volvía a reventar las carnes a patada limpia, pero este zopenco no sentía nada y siempre estaba con nosotros-. Mientras esto contaba, el campesino iba contorsionándose y dando patadas al suelo, agitaba los brazos como si tuviera una correa en las manos y pegaba chicotazos al aire, o hacía el ademán de cubrirse la cabeza con ambos brazos y se acurrucaba para terminar tumbado en el suelo y luego pataleaba gritando: -¡Mamá, mamá...!-. El grupo de campesinos había hecho un semicírculo y seguían sus movimientos riéndose, bromeando, aplaudiendo, imitándolo. El desbarajuste hubiera seguido de no ser por una viejita

que se le acercó y le encajó un bastonazo entre las costillas y le increpó: -¡Para qué me llamas por gusto, pedazo de borrico, si ya sabes que cuando te pega el patrón yo también te tengo que pegar...!-. Todos rieron y el orden volvió a establecerse. Pero no duró mucho porque todos empezaron a gritar: -¡Déjenlo libre...! ¡Él no ha hecho nada malo!

Raúl se le acercó y mientras le desataba las manos, escuchó que le decía: -¡Ya ve, mi comandante, yo soy un serrano igual que todos aquí!-. Lentamente se frotó las muñecas, se le habían adormecido. Aspirando profundo y pausadamente, dijo:

-¡Valió la pena haber pasado por este juicio! ¡No tenía idea de la capacidad de memoria de los campesinos, tampoco de la capacidad de querer o de odiar que tienen! ¡Carajo, a pesar de haber vivido entre ellos muchos años, la Capital se había encargado de borrarle tan gratos recuerdos!

Sacó de su casaca la cajetilla de Inca y le ofreció uno a Raúl, pero él no aceptó, guardó la cajetilla otra vez en su casaca y se dirigió hacia los campesinos mientras decía mirando de reojo a su tío:

-¡Sabía que fumar no era mi último deseo, guardaré esta cajetilla como un buen recuerdo!

Los campesinos lo acogieron y se sentó al lado de ellos.

A dos de los hijos de doña Matilde no les fue mal. Al que venía de la Capital lo liberaron casi de inmediato, nadie le recordaba una culpa. El que tenía un puesto en el mercado de la capital de la provincia fue puesto en libertad ni bien declararon que obraba en forma justa con ellos; que cuando venía de la ciudad les traía hojas de coca, cañazo y se los vendía barato, no tenían nada que reclamarle. El hombre había esperado justicia, como se lo hizo saber a Raúl, y recibió justicia. Una vez liberado

de sus amarras se apoyó contra la pared que tenía a sus espaldas, y clavó la mirada en el suelo pedregoso y polvoriento del patio de la hacienda, esperando el final del proceso con un presentimiento que le apretaba el corazón; sabía que su hermano mayor tenía demasiadas culpas que pagar.

Fueron unos minutos de tenso silencio, nadie se atrevía a hablar. El Sol refulgía suspendido en el centro del cielo y sobre el descampado ya no se dibujaba sombra alguna, corría un ligero viento helado que bajaba de la cordillera de enfrente. Todo empezó lentamente, tomó la palabra el más anciano de los ancianos. Sus palabras eran pausadas, llevaban una carga pesada en el alma y las iba dejando salir poco a poco, era una necesidad imperiosa que de no satisfacerse terminaría por aplastarlo, por devorarlo, por consumirlo en las brasas del infierno.

-El señor don Gastón, nuestro patrón, hijo de nuestra patrona doña Matilde, que en el infierno se pudra y pague sus deudas hasta que el Sol deje de brillar, que los mares se sequen y los desiertos se inunden, es el más malo de los patrones que he tenido; los he tenido fieros, borrachos, rencorosos, alegres, malos con las mujeres, malos con los niños, malos con los viejos, de todo tipo he conocido. Pero como mi patrón don Gastón nunca lo he sufrido, ni me lo han contado mis padres, ni mis abuelos. Él es muy bruto, para ser malo hay que estudiar, porque hay que saber ser malo para que tu siervo te quiera aunque le pegues, porque sabes que aunque te muela el lomo a palos no te faltará qué comer, ni qué beber, y aunque te abuse tu mujer no puedes hacer nada porque el Cristo, nuestro Señor, así lo ordenó por culpa de la María de la Magdalena. El señor cura así nos ilustraba, y después decía: ¡Yo puedo arreglar el mal de tu mujer! Porque el señor cura era el mensajero de nuestro Señor Jesucristo. Pero don Gastón no quería que el señor cura

se quede; cuando llegaba, daba la misa y se tenía que regresar por donde había venido.

El hombre más viejo de la comunidad se sumergió en un profundo silencio, como queriendo reprocharle al hacendado el que su mujer se haya ido de entre los vivos sin que el señor cura le haya purificado el cuerpo. La masa acongojada de campesinos escuchaba el relato con la cabeza gacha, perdonando al anciano por tener una ingenuidad más grande que la de ellos. Al mismo tiempo, muchos se imaginaban prendiendo la fogata donde ardería el cuerpo de aquel cura que les robó el alma para convertirlos en borregos obedientes del látigo del patrón.

-Cuando llovía -continuó entre llantos- nos obligaba a recogerle leña, y cuando se la llevábamos nos botaba a patadas gritando: ¡Quiero leña seca, para qué quiero leña mojada! Y cuando le decíamos que estaba lloviendo, él nos respondía que eso no le interesaba y que nosotros no teníamos que pensar porque éramos unos indios de mierda y debíamos obedecer callados nomás. Así que le traíamos leña seca de nuestras casas y ni las gracias nos daba, tampoco nos invitaba un traguito para el frío, ni coca para el cansancio, y todavía nos decía: ¡Calienta tu cama que ya voy a visitar a tu mujer! Y después se reía.

El anciano no pudo hablar más porque se le doblaba el alma por el peso de los recuerdos; en ese mismo instante todos empezaron a exigir a gritos que fusilen a don Gastón... ¡basta de juicios!

Raúl pidió silencio a la masa y preguntó si alguien tenía algo más que decir. Todos protestaron diciendo que no había más que decir y que ya habían escuchado suficiente, el alboroto se tornó grande hasta que una viejita empezó a gritar que se callaran porque quería hablar.

El respeto por los ancianos en las comunidades es

algo admirable. El silencio se hizo.

-Mi hija pastaba las ovejas de la hacienda y este maldito iba a caballo y la perseguía por el campo hasta que ella no podía correr más; así se divertía primero y después se divertía encima de ella y la obligaba a un montón de cosas que sólo podía pasar en las casas con foco rojo de la ciudad, donde el papá del señor Gastón vivía borracho toda una semana. Y cuando a mi hija se le hinchaba la barriga iba este diablo y a patadas nomás le sacaba el hijo de adentro. Pero cuando mi hija estaba bien, otra vez la correteaba; y así pasó cinco veces desde que tenía doce añitos nomás. Hasta que un día su papá de mi hija se cansó y quiso defender a su hija, pero este mal hombre lo mató con un machete y cuando vino la policía, éstos se fueron borrachos escribiendo en un papel que se trataba de un accidente. Por eso mi hija se escapó, pero a la semana me la trajeron los guardias diciendo que se había caído a un barranco, pero su cadáver hablaba de que la habían matado con patadas y con piedras. Así debe morir este hijo del diablo para que el alma de mi hija descanse en paz. ¡He dicho mi verdad! -terminó la anciana sin dejar de mirar a don Gastón, quien temblaba cada vez más convulsivamente como si le fuera a dar un ataque de epilepsia.

Fueron dos horas, dos largas horas en las que uno tras otro se escuchaban los relatos de los campesinos que habían padecido en carne propia o en la de alguno de sus familiares todas las desgracias del mundo a manos de este miserable individuo, que tras diez años de ausencia había regresado para recoger una parte de la herencia que dejara su madre. Evidentemente recogería no sólo la herencia dejada por su malvada madre, sino la dejada por todos sus antepasados.

Don Gastón fue condenado al fusilamiento. Se lo llevaron casi a rastras al cuarto que usaban como calabozo,

le desamarraron las manos y le dieron una silla, Raúl lo miraba preguntándose cómo un solo hombre podría ser capaz de tantas maldades juntas, le dio la espalda y ordenó que echaran candado al cuarto; que pusieran dos guardias, uno en la puerta y otro en la ventana que da al patio trasero, y si quería escapar, o si alguien quería sacarlo de allí, que dispararan a matar. Dio media vuelta y echó a andar hacia el descampado, allí esperaban los campesinos, debían organizar el reparto.

En la mañana de la toma de la hacienda El Milagro, antes del desayuno, hice un recorrido por la casa hacienda y los alrededores. En el patio trasero encontré una tabla con cuatro patas, una mesa bastante rústica, ploma y mohosa, seguramente había soportado muchísimas lluvias y muchos maltratos, tenía cortes en toda su superficie; en uno de sus cantos estaba clavada una, también antigua, máquina de moler carne o maíz, se la veía muy antigua y algo oxidada, pero se notaba, y así lo comprobé, que aún funcionaba, tal vez con algunos ajustes y un poco de aceite estaría en perfectas condiciones para volver a moler cualquier cosa molible. Mientras daba vueltas a la manivela pensaba en los acontecimientos de la mañana, y trataba de precisar las tareas del día; de improviso sentí una mano sobre mi hombro, giré bruscamente llevando la mano a la cache del revólver, cuando estuve a punto de desenfundarlo choqué con el rostro milenario de un viejo campesino, muy viejo, demasiado viejo para estar en pie y sin embargo lo estaba; ligeramente encorvado, caminaba con relativa agilidad y se lo veía más fuerte que un roble. Pasado el susto de ambos, nos miramos y nos sonreímos; le pedí que no vuelva a hacer eso, pues podría ser peligroso

en estos tiempos de guerra en que todos, a pesar de la costumbre, andamos un poco nerviosos; a él le tenía eso sin cuidado, decía que ya había vivido bastante y que si seguía sobre la tierra era de yapa. Lo que sí le interesaba y mucho, era la moledora. Encarecidamente me pedía que se la entregue, casi suplicante, con las manos juntas pegadas al rostro. Un rostro cruzado por todos los surcos y las penas de la tierra, un rostro que llevaba hundidos unos ojos claros medio transparentes, nublados y llorosos permanentes, capaces de ver dentro del alma de las personas porque no le quedaba nada por ver sobre la faz de la Tierra; todo lo había vivido, todo lo había visto, todo lo había sufrido y padecido. Y ante ese rostro milenario estaban unas gruesas manos invadidas por callos y cicatrices de siglos de trabajo rudo, miserable e impago. Unas manos que habían arado todas las tierras del mundo, que habían cambiado de lugar montañas de piedra y tierra, que habían amasado barro y paja para hacer casuchas donde ir muriéndose de a pocos en los últimos siglos. Esas manos que todo lo habían tocado, esos ojos que todo lo habían visto, no podían dejar de tocar ni de ver esa moledora, una moledora que había estado ante sus ojos y al alcance de sus manos durante décadas, pero que nunca pudo tocar, porque la última vez que lo intentó, hace veinte años, un latigazo le partió la espalda y lo dejó marcado para siempre. Hoy era el día, hoy podría disfrutar del sueño que había acariciado tantas décadas. -Por favor, niñucha -dijo con la voz quebrada y suplicante-, entrégame esa maquinita para moler el maicito para mi viejita que está muy enfermita. Por favor, niñucha; después moriré en paz-. ¿Qué había dentro de ese hombre? ¿Qué ilusión? ¿Qué recuerdo? Nunca lo supe, pregunté a muchos, pero nadie supo darme una respuesta.

Le expliqué que no podía entregársela porque todo se

debía resolver en asamblea, no le interesó. -¡Pero si tú mandas, niñucha...! ¿Para qué quieres preguntar...? -me gritó como quien regaña a su hijo menor por no querer tomar la sopa o algo por el estilo. Cuando se calmó le di una explicación de media hora sobre principios, normas, reglas, necesidades, políticas, prioridades, y en especial de que los tiempos son otros; que los patrones ya están dejando de existir y que por lo tanto las decisiones se toman en conjunto, por la comunidad, en asambleas, etc., etc. Mi rollo no le interesó para nada, me escuchaba como quien oye caer la lluvia, a cada momento decía: -¡Ya, ya...! ¡Claro, hijo...! ¡Tienes razón...! ¡Sí pues, así es, niñucha, como si yo no supiera...! ¡Ya, ya...!-. Sólo le faltaba decir: -¡Ya compadre, acábala y dame la moledora!-. No, hermanito, de verdad que el viejito estaba obsesionado por la moledora, pero yo no se la podía entregar así nomás. Así que le dije que espere a la asamblea. Y así lo hizo, durante más de diez horas estuvo pegado a mis zapatos; paso que yo daba, paso que daba él. Te juro, hermano, que algún día escribiré sobre él.

Una vez terminado el juicio a los ex dueños de la hacienda, se convocó a una asamblea general. Ahí se nombró a las nuevas autoridades que regirían los destinos de la comunidad y se encargarían del trabajo colectivo, así como del reparto equitativo de lo producido, viendo en especial el mantenimiento de los ancianos y de los niños, así como de las mujeres y los jóvenes. También se creó la milicia de defensa y se la armó lo mejor que se pudo. Los objetos de la iglesia pasaron a ser propiedad de la comunidad para que le den el uso que consideraran más conveniente, incluyendo el de restablecer el templo

y la misa si lo creyeran necesario; pero eso sí, ningún cura podría llevárselos y tampoco estar en contra del nuevo orden establecido, tenían las puertas abiertas pero no para robar. Los nuevos dirigentes debían saber diferenciar, cuando ello sea necesario, a las personas de las instituciones. Se les recordó que como personas, existen eximios sacerdotes y monjas; que incluso algunos de ellos han abandonado los hábitos para empuñar las armas al lado del pueblo; y que otros, estando aún bajo órdenes eclesiásticas, prestan ayuda a los combatientes enfermos, heridos, prisioneros o perseguidos. Pero no debían olvidar las experiencias pasadas en los últimos quinientos años, no debían olvidar la muerte de Atahualpa a manos de los españoles, de la Iglesia como institución y de los traidores que se pusieron bajo sus órdenes.

Los aperos y todas las herramientas pasaron a ser propiedad comunitaria, mas todo lo que había dentro de la casa, desde la vajilla hasta los cuadros, podían pasar a propiedad individual, así que se hizo una suerte de subasta: -¿Quién quiere esto?- Se levantaba el objeto y alguien lo pedía; si eran varios los solicitantes, se sometía a una corta discusión y pasaba a manos de quien más lo necesitaba y aunque cada quien tenía los mejores, y a veces los más graciosos, argumentos, siempre se llegaba a un acuerdo satisfactorio para las partes en disputa.

Mientras todo esto sucedía, Raúl sintió nuevamente una mano apoyarse sobre su hombro; esta vez no se sobresaltó pues por el peso reconoció la mano del viejito de ojos claros transparentes, nublados, llorosos y cansados de tanto ver la desgracia. Raúl giró y le dijo: -¡No me he olvidado, taita, ahora la traigo...!-. Y se fue a desclavarla. El abuelo estaba a su espalda, de un salto se puso delante de él y le tendió las manos para recibir la moladora, pero no se la entregó. -Espera, abuelo -le dijo con cariño, con un cariño que creía olvidado pero

que le brotaba de lo más profundo del alma. Te pareces a mi abuelo, eres más terco que una mula...-. Rodeó los anchos y macizos hombros del anciano con un brazo, mientras que con el otro sostenía la moledora contra su pecho, y se echaron a andar. En el camino, Raúl le contó que su abuelo había sido boxeador, judoka, esgrimista, perseguidor de abigeos, nieto de un héroe provincial que aparece en los libros de historia, coleccionador de estampillas y un montón de cosas más. El campesino lo miraba pero no entendía el significado de muchas palabras. Cuando Raúl silenció sus pensamientos, y mientras buscaba con la mirada clavada al suelo algún otro recuerdo perdido, el viejito le preguntó: -¿Dime, hijo, tu abuelo tenía una moledora? -¡Sí! -respondió Raúl sorprendido por tal pregunta-. -¿Y yo? -volvió a preguntar el anciano arrugando aún más su cansado rostro-. La risa de ambos deambula hasta hoy en medio de ese alboroto de quebradas y montañas, con sus cuevas profundas, con sus milenarios caminos de herradura trajinados por seres hasta ayer ignorados por la historia y el destino, caminos recorridos por la felicidad y el sufrimiento tomados de la mano, una risa que espera ser rescatada del olvido.

El viejo sonrió jovialmente por primera vez en todo el día, rodeó con su curtido brazo el cuello de Raúl, lo atrajo hacia su pecho y lo retuvo apretado por unos segundos. Así llegaron al centro de la casa, abrazados como abuelo y nieto, como padre e hijo, como hermanos, como amigos, como compañeros, como camaradas.

Casi al final de la asamblea de reparto, Raúl, después de conversar con los dirigentes, pidió la palabra. -Pedimos -dijo con un nudo en la garganta- la moledora...-. La asamblea en pleno enmudeció. Tragó saliva y todos escucharon el ruido. El anciano le tiró con fuerza de la manga de su casaca, como queriendo hacerle recordar que él la había visto primero ¡hace treinta años! Raúl no

le hizo caso y prosiguió: -La necesitamos para hacer un regalo a nombre del Comité Popular. Esta máquina de moler tiene un significado especial para don Toribio...-. No pudo decir más porque todos empezaron a aplaudir y gritar que se la entregue. En verdad esa alharaca lo salvó pues no podía decir nada más; una sensación extraña lo embargaba. Sentimientos personales se mezclaban con lo colectivo y lo turbaban. Hacía mucho que había dejado de pensar en lo suyo y sin embargo había momentos en los que recordaba a su familia. De su corazón brotaba una tardía muestra de cariño hacia su abuelo, representado en aquel anciano, y un pedirle perdón por no haberlo acompañado en sus últimos días. Y al mismo tiempo, ver en aquel sufrido campesino a toda una clase agraviada, pisoteada, sometida a la más grande de las ignominias, y que hoy por fin sonreía sin temor a ser latigueado o pateado, y lanzaba al aire el más grande de los desafíos, pues nada es imposible para quien se atreve a escalar la montaña más alta, y los pobres ya se habían echado a andar... Salió de sus cavilaciones cuando sintió otro tirón de la manga de su casaca. Entregó al anciano la moledora, éste la tomó en sus manos, la besó y se la llevó a la frente, la envolvió en su poncho, miró a Raúl con sus ojos nublados, dio media vuelta, cruzó el patio, cruzó el descampado, empezó a subir la cuesta, giró en un recodo de la montaña y se perdió en silencio. Raúl lo seguía con la mirada desde el descampado; a sus espaldas, en la casa, empezaban a sacar todo lo que podía ser útil, puertas y sus marcos, ventanas y sus marcos y todo aquello que se pudiera arrancar de paredes, pisos y techos. De la casa quedó sólo el cascarón. Raúl cerró su mente al pasado, dio media vuelta y se unió a sus hombres.

Antes de abandonar la zona decidieron prender fuego a lo que quedaba de la casa hacienda, no vaya ser que el

enemigo la tome, al quedar abandonada, como cuartel de operaciones. En pocos segundos el fuego invadió el techo y largas lenguas de fuego se levantaban hacia el firmamento. En medio de la algarabía general, Raúl se sobresaltó al recordar que el viejo taxista venido de la Capital a recoger su herencia estaba dentro de uno de los cuartos, el único que se salvó de perder puerta y ventana porque estaba custodiado por Felipe y Domingo, que no dejaban que nadie se acerque a menos de dos metros, cumpliendo las ordenes de Raúl. Cuando empezó el incendio, Felipe dejó su puesto y se olvidó del por qué estaba delante de esa puerta y fue a festejar junto con los demás las llamas devoradoras de lo antiguo y purificadoras del futuro. Felipe sintió el mismo sobresalto que Raúl, ambos se miraron y sin decir palabra alguna arrancaron hacia la casa. A medio camino los sobrecogió una serie de explosiones. Era la dinamita y las municiones que los hacendados habían escondido entre los techos de las habitaciones y reventaban por el calor del fuego. Repuestos del susto y a rastras por precaución, llegaron al cuarto que hacía las veces de prisión para don Gastón. Rompieron la puerta de una patada, no tenían llave. En el interior el espectáculo era muy extraño. El cuarto estaba lleno de humo, don Gastón se había envuelto en una frazada y permanecía acurrucado, clavado de pánico, sobre la silla. Lo sacaron casi a rastras, sus piernas se negaban a obedecerle. En medio del patio, casi repuesto por el aire fresco, pero aún tosiendo y tembloroso, se le acercó a Raúl. -Mi comandante -dijo tartamudeando-, ¿no me irá a hacer daño no? Lo que estos indios le han dicho es pura mentira, la verdad es que mi papá era así como ellos dicen, pero yo no. Fíjese, mi general -Raúl había logrado un ascenso vertiginoso por obra de la sobonería de un casi cadáver-, tengo mucho dinero en la capital de la provincia -le dijo quedo al oído como

para que los demás no escuchen- y además tengo varias armas que las puedo entregar si me deja ir...-. Hizo una pausa, respiró profundo y volvió a la carga. -¿No tiene un cigarrillo, mi mariscal?-. Quería aparentar como si nada pasase, como si todo fuera una broma, qué va, ni siquiera una pesadilla, sino una pendejada de unos cuantos mocosos insolentes que no se daban cuenta que él era el patrón, y que pronto pasaría el mal rato.

Raúl, haciendo un gran esfuerzo para contener el enfado, sacó su cajetilla de Inca sin filtro y le ofreció un cigarrillo. Le acercó el fuego de una cerilla y tomándose su tiempo le explicó:

-Mire, señor, yo no soy comandante, aquí no tenemos grados de ningún tipo...

-Pero se nota que usted es el que manda aquí -gritó el ex patrón enrojecido de impotencia, con los ojos brillosos, saltones y amenazantes-. ¡Y se le nota inteligente...! -tiraba su último as de oros el astuto viejo zorro vestido con piel de cordero-. ¡Usted puede dar una orden y se acabó el asunto...!

-¡Aquí quien da las órdenes es el pueblo! -replicó pausado pero enérgico- y usted ya fue sentenciado por todas las maldades que ha hecho, a fin de cuentas usted mismo ha cavado su propia tumba.

Se hizo el silencio.

Los combatientes habían terminado de arreglar sus cosas. La población de varias comunidades y de la ex hacienda El Milagro llenaban las faldas de los cerros cercanos, no querían marcharse sin antes ver que se cumpla la voluntad popular.

Felipe se acercó y comunicó que todos estaban listos para partir. Raúl encendió su último cigarrillo y dio la orden para que se lleven al reo. Don Gastón quedó petrificado, convertido en estatua de sal, luego de verse obligado a mirar hacia atrás, a revivir el recuerdo de sus

fechorías, y no se movió para nada. María se le puso delante, le colocó lentamente el cañón de su metralleta a la altura del corazón y apretó el gatillo. A don Gastón se le escuchó un quedo y corto quejido, cayó de espalda, y quedó inmóvil. Raúl se acercó al cuerpo inerte del ex gamonal que había venido por una herencia pero a cambio cosechó lo que con sus maldades había sembrado en varias décadas; le palpó el costado del cuello... la sentencia se había cumplido. Un rumor de alivio recorrió las faldas de los cerros. Las primeras estrellas hacían su aparición en un cielo nublado a medias, desde el sur galopaban oscuros nubarrones que presagiaban noche de lluvia.

Raúl, sumergido en reflexiones sobre las malas pasadas que a uno le puede jugar el destino, suspendió sus pensamientos cuando a su espalda oyó la voz de Felipe que con un timbre de emoción en la voz le decía: -¡Compañero, hemos cumplido bien nuestra jornada!

La columna emprendió la marcha entre cánticos de guerra, los campesinos la despedían agitando las manos y lanzando vivas al viento, los ponchos de oscuros colores iban confundiéndose con el atardecer. La columna de combatientes, con Raúl a la cabeza, se mimetizó entre la quebrada y el estruendo del río arrastrando piedras hacia la costa.

Venancio se incorporó a nosotros de una forma que no te puedes imaginar, hermanito. Un día soleado, el vigía dio la voz de alerta. Un grupo como de veinte personas venía subiendo por la falda oeste de la montaña. Nos encontrábamos descansando, creo que teníamos tres o cuatro días metidos en una choza en la parte alta de una cumbre, desde donde teníamos una visión esplendorosa

del paisaje y podíamos divisar a cualquiera que pasara a dos días de distancia. Eran más que nosotros, pero ya habíamos recuperado nuestras fuerzas; y con los ataques a varios puestos de retén que habíamos realizado en el último mes, conseguimos un par de buenos fusiles de largo alcance con los que podríamos mantenerlos a raya en caso de necesidad antes de emprender la retirada.

Cuando me avisaron de la presencia del grupo, estaba leyendo *7 Ensayos*, tirado boca abajo disfrutando de la lectura y del calor del Sol, tan escaso por esos días. Llegué al puesto de vigía con el largavista colgando del cuello, oteé entre árboles, arbustos y peñas. Efectivamente, subían a darnos el encuentro campesinos, hombres y mujeres, casi todos de edad avanzada. Se veían pacíficos y no traían armas. Por seguridad, más que por desconfianza, ordené a Felipe que escogiera dos hombres, que se adelantara unos cien metros de la posición de vigilancia y que se ubicara a un costado del sendero que conducía hasta nosotros; entre los demás distribuí los lugares y las tareas para la defensa, en el supuesto de que sean policías disfrazados de campesinos y pretendan sorprendernos. Nuestras mochilas estaban siempre listas para ser tomadas al vuelo y emprender la carrera en caso de un ataque sorpresivo. No me sentía preocupado, al contrario, tomé mi puesto avanzado junto al vigía de turno, revisé las cacerinas de mi fusil por puro capricho, pues sabía que las tres estaban cargadas al tope; esa misma mañana, antes del desayuno, había limpiado y engrasado el fusil y renovado los sesenta tiros de los cargadores, también de pura costumbre. Demorarían una media hora hasta llegar al lugar donde se encontraba Felipe. Abrí el libro en la página marcada y me puse a leer.

“El régimen de trabajo -había escrito José Carlos Mariátegui- está determinado principalmente, en la

agricultura, por el régimen de propiedad. No es posible, por tanto, sorprenderse de que en la misma medida en que sobrevive en el Perú el latifundio feudal, sobreviva también, bajo diversas formas y con distintos nombres, la servidumbre... Se explica además por la mentalidad colonial de esta casta de propietarios, acostumbrados a considerar el trabajo con el criterio de esclavistas y negreros..." Dejé de leer cuando Felipe me avisó que una comisión de la comunidad quería conversar con nosotros.

Raúl se acercó al grupo y estalló un tronar de voces que reclamaban de todo, hablaban todos al mismo tiempo, levantaban o bajaban el tono de la voz según sus demandas y la urgencia para resolverlas; pero igual no entendía nada de nada hasta que el más viejo los mandó callar con un par de palabrotas y pidió disculpas por el alboroto.

-No importa -dijo Raúl mientras echaba el fusil a su espalda-. ¿En qué podemos servirles? -preguntó acercándose más al anciano.

-Fíjate, taitita -habló después de guardar silencio un par de segundos-, a nuestra comunidad ha regresado, como licenciado, uno de nuestros hijos que hace muchos años se fue para la Capital, para hacer el servicio militar. Comete ahora fechorías, se emborracha, abusa de las mujeres, roba el ganado y lo vende a otras comunidades, no trabaja y se hace servir donde mejor se le antoja, y si no le sirves te pateas o pisa tus cultivos; no podemos hacer nada porque tiene una pistola que lleva siempre bajo el poncho, y además otros dos vagos se le han juntado desde hace unas dos semanas.

-Los ancianos -continuó ya con más confianza- se han reunido y nos han encargado buscarlos a ustedes para

pedirles que limpien nuestra comunidad. Los ancianos piensan, y nosotros también, que los de la tropa han mandado a este licenciado, que ya no lo consideramos como de nuestra comunidad, para que nos desjunte y acusemos a los compañeros, pero no lograrán eso porque los de la tropa nos han robado varias veces y matado. ¡He dicho mi verdad!

Al tiempo que terminaba extendía su mano derecha alcanzándole a Raúl una cachipa, queso serrano muy agradable, y ordenó a las ancianas que entreguen su carga. Traían choclos calentitos, papas sancochadas, huevos duros, cuy chactado, y otras cosas deliciosas que no saboreaban hacía mucho tiempo.

Dio las gracias, y haciendo una reverencia se comprometió a estudiar el caso y darle solución rápida.

-Alguito más les hemos traído, taitita -dijo el anciano con el rostro compungido. Y detrás de su poncho salió un muchachito de ojos oscuros, que brillaban desafiantes en el fondo de una cara pequeña, redonda y quemada por el frío de la puna.

-¿Y esto? -preguntó Raúl sonriendo desconcertado.

-Les va a ser muy útil, taitita, conoce cada piedra del camino de aquí a mil leguas en redondo, camina bien rapidito, no se cansa, no come mucho, sabe bien el castellano pero no quiere hablar mucho desde que los de la tropa mataron a su mamá... que era mujer de un compañero diciendo.

Raúl lo miró largo y recordó que también tenía hijos...

-¿Y cuántos años tienes? -preguntó sin oír más que el silencio por respuesta.

-¿Tú quieres venir con nosotros?

Unos ojazos se movían de arriba para abajo y de abajo para arriba cada vez a mayor velocidad.

-Bien, vienes con nosotros si me dices cuántos años tienes -dijo Raúl escondido tras una falsa voz de

padrastro enojado.

-¡Quince...! -y estalló una estruendosa carcajada.

-Yo me llamo Raúl, y tú, ¿cómo te llamas? -volvió a preguntar en medio de la generalizada hilaridad.

-¡Venancio! -gritó el chiquillo mientras arrancaba hacia la choza sin despedirse de su abuelo, ni de los de su comunidad, ni preguntando nada a nadie, antes de que Raúl se desanime, pensó al vuelo.

Diez días después la comunidad fue limpiada, los cuerpos sin vida del licenciado y sus secuaces fueron arrojados a la quebrada, cerca del puente de madera que es paso obligatorio para quienes se comunican entre la capital de la provincia y las comunidades de las alturas. Un letrero advertía con tinta roja lo que les podría pasar a todos aquellos que se atrevían a levantar la mano contra sus hermanos de clase.

¡Ese Venancio es genial, hermano! Camina igual de noche como de día, realmente conoce cada piedra, cada camino, cada cueva, cada escondite, no se le pasa nada por alto, y si hay algo que no conoce, da la impresión de que con sólo desparramar una mirada por el horizonte puede descubrir nuevos caminos, nuevos escondites, nuevos atajos y cualquier otra cosa que nos favorezca.

Desde que llegó a nosotros, pudimos duplicar nuestro rendimiento en el desplazamiento; acortando distancias entre un punto y otro, alejándonos, en las persecuciones, del enemigo con gran rapidez para caerles encima por la espalda sin que lo esperasen, y además con gran eficacia, haciéndonos humo cuando las cosas se ponían feas y teníamos todas las de perder. Te puedo jurar, hermanito, que gracias a él podíamos atacar dos veces, en puntos distintos, en un solo día

y estar a veinte kilómetros de distancia para la noche aunque nosotros habíamos caminado sólo diez, porque Venancio nos conducía por trochas, atajos entre cerros, cruzábamos ríos por el único lugar que se podía vadear en quince kilómetros de largo y que nadie conocía; sólo así podíamos sacar una ventaja increíble y desbocar la imaginación del enemigo que suponía, con esos ataques y rápidos desplazamientos, que éramos varios cientos y no los casi cuatro gatos que éramos al principio. Ese Venancio es medio silvestre, habla ciertamente poco, pero cuando lo hace, es lapidario y contundente, nada se le escapa. Me costó mucho trabajo hacerle comprender que el ritmo del desplazamiento tenía que darlo yo de acuerdo a los planes a corto, mediano y largo plazo. Si por él fuera, nos pasaríamos caminando toda la noche y combatiendo todo el día; así que fácilmente te puedes imaginar que en el primer mes, desde que él llegó a nosotros, todos andábamos con la lengua afuera de tanto subir y bajar; medio muertos de tanto cruzar ríos helados a medianoche, para seguir caminando hasta el amanecer... ¡Ah...! Y dicho sea de paso una cosa increíble: En plena puna, a varios miles de metros sobre el nivel del mar, con un espantoso frío que te corroe los huesos, de tanto caminar, el cuerpo se te calienta y casi se te seca la ropa; tan cierto es, que uno se pone las medias mojadas en el pecho y al día siguiente están secas. Cosa de locos, pero así es y eso lo aprendí de ese chiquillo, que contribuye como un verdadero gigante.

Así fue cómo conocí a Felipe y a Venancio.

Raúl terminó de saludar a los combatientes, se había detenido un poco en cada uno para preguntarle por su salud, por su estado de ánimo, qué pensaba de las cosas

que estaban pasando y cómo veía la salida de este enredo. Los cinco minutos de descanso se habían convertido en más de media hora. Los mandos se reunieron con los responsables que se harían cargo de los grupos del pelotón y con Venancio. Reorganizaron el contingente de los grupos de ataque, apoyo y contención; los que tenían peores heridas iban al grupo de contención y los más sanos, al de ataque. Venancio explicó la ruta a seguir y calculó el tiempo que les llevaría llegar a la base de apoyo: -un día y medio, máximo dos. Llegaron a la conclusión de que eran varios los helicópteros que habían participado en el ataque, aunque uno de ellos llevó la parte principal del mismo, lo que significaba, al entender de Raúl, que los otros helicópteros habían desembarcado personal y que a estas alturas se encontraban posiblemente dentro de un cerco que había que romper a toda costa, de lo contrario sería el fin para todos. Se distribuyeron las tareas y cada quien fue a reunir su grupo y explicar el plan a seguir.

Cuando despertaron a Domingo, éste salió disparado y fue a estrellarse contra una pared del cerro, rebotó y cayó otra vez de espalda contra el suelo.

-Domingo, ¿don Sata te cerró la segunda puerta del infierno o qué? -preguntó Julián a la vez que todos rompían a reír estrepitosamente.

-¡Carajo! -gritó Domingo todavía medio dormido-. ¡Estaba soñando que me caía un helicóptero encima! ¿No pueden despertarlo a uno con un beso en lugar de zarandearlo?

-Ni que fueras la bella durmiente -le replicó Julián-. Aunque feo no eres, de repente te da un besito la María, pero con la boca de su metraca para afeitarte esos cuatro pelos que tienes por barba.

Y nuevas risotadas se lanzaron al aire frío de la mañana, que empezaba a vestirse de plomo oscuro.

Raúl se le acercó a Domingo y le extendió una mano para ayudarle a pararse.

-Gracias, compañero -sonrió entre avergonzado y alegre llevándose la mano libre a la frente, que empezaba a teñírsele de rojo sangre.

La marcha se reanudó cuando todos tenían claro que les esperaba una jornada bastante agitada; en ese momento nadie sentía miedo, al contrario, todos querían cobrarse la pérdida del mondonguito.

El ascenso por la vertiente izquierda de la garganta resultó bastante penoso, en especial para aquellos que caminaban sin zapatos; a pesar de tener los pies envueltos en trozos de ropa, ello no era suficiente para combatir los dolores que producía el pisar cascajo. En muchos lugares no existía huella, y donde la encontraron no era sino un sendero adusto y solitario, nadie pasaba por allí en tiempos normales y la maleza casi lo había borrado. Sólo la pericia de Venancio lograba detectar la mejor forma de subir dando rodeos, y conjurando el peligro de despeñarse los condujo hacia la salida trepando como cabras por una quebrada cortada a pique. Poco antes del mediodía se encontraban cerca de la salida.

Venancio, con agilidad de gato montés, se adelantó para inspeccionar la salida. Estaría a unos doscientos metros, cuando Raúl vio que agitaba la mano desesperadamente. Raúl levantó la mano y con un gesto rápido y violento la volvió a bajar, se pusieron de cuclillas; un aire helado recorrió el corazón de todos y cada uno; el enemigo estaba cerca, delante de ellos, era hora del combate cara a cara.

Raúl se acercó a Venancio y ambos se dirigieron a la boca de la salida sigilosamente, casi a rastras. Empezó a contar cuántos eran los soldados y a analizar el terreno buscando las mejores posiciones de ataque y protección. Descendió medio metro y se echó de espalda; a una

seña suya, se desgajaron de la fila cuatro sombras para darle el alcance. Mientras esperaba la llegada de los responsables de grupo, notó que Venancio temblaba.

-¿Tienes frío, hijo? -preguntó paternalmente.

-No -respondió Venancio dando diente con diente-. Creo que tengo miedo -añadió suspirando.

-¿Y tú piensas que yo no? Aquí no hay uno solo que no sienta miedo o temor. El problema es poder controlarlo. En un combate están tú y el enemigo frente a frente, sólo hay dos posibilidades: o acabas con él o él acaba contigo. Acabar con el enemigo significa ponerlo fuera de combate, y eso significa: desarmarlo, herirlo o matarlo. Los que están allí, al frente, son nuestros enemigos y nosotros somos los enemigos para ellos, y quieren liquidarnos. Pero hay una cosa que nos diferencia, mientras ellos son asesinos a sueldo o simples instrumentos de represión del Poder que está en las manos de unas pocas personas, nosotros luchamos junto al pueblo, junto a la mayoría, y lo hacemos para liberar nuestra nación y nuestro país de la opresión y de la explotación. Tú sabes tan bien como yo por qué estamos aquí dispuestos a morir, es por una causa justa. Cada uno de nosotros, como persona individual, no vale mucho, o simplemente no vale nada, pero si vas sumando el grano de arena que cada uno de nosotros aporta, entonces verás que todos juntos formamos una sólida montaña que aplastará a todos aquellos que nos han causado tantas desgracias desde hace casi quinientos años. No te preocupes, si nosotros morimos en combate, muchos más se levantarán y tomarán las armas de los caídos para continuar con la tarea de liberación, para continuar con la revolución que libere a nuestro pueblo y establezca el reino de la felicidad sobre la Tierra. Pero cuidadito, esto no quiere decir que te hagas matar tontamente, todo lo contrario: apunta a la cabeza de tu enemigo, aprieta el gatillo y

dispara a matar, eso es todo. ¿Está claro?

-¡Sí! -dijo quedo Venancio-. Pero todavía tiemblo y no lo puedo parar.

-No hagas nada por impedirlo, la tembladera se te irá sola. Y ahora quiero que me escuches con mucha atención: Quiero que tengas tu fusil sin el seguro puesto y listo para entrar en combate, pero sólo cuando yo te lo ordene, sólo yo te puedo dar esa orden. ¿Me has entendido? -Venancio movió la cabeza afirmativamente sin mirar a Raúl-. Y quiero que te quedes aquí abajo. ¿Está claro?

-¿Por qué? ¡Yo también soy útil arriba!

-Quiero que te quedes aquí porque eres indispensable para sacar a los que sobrevivan. Ésa es una tarea especial para ti, y no quiero perderte. ¿Me entiendes?

-¿Crees que no vas a sobrevivir?

-La última vez que pensé en eso casi me matan, así que mejor me pongo a pensar en el mar y...

Llegaron Felipe, Ciro, Anastasio y Domingo.

-¿Qué sucede? -preguntó Anastasio- ¿Están arriba?

-Sí. Son entre treinta y cuarenta, la mayoría está al descubierto. Quiero que cada uno de ustedes se acerque y mire... ¡Dónde diablos está Lupe...! -Raúl no se había percatado de su ausencia hasta entonces.

-Dice que tiene dolor de estómago y que se queda con los compañeros de contención.

-Bueno, bueno..., qué le vamos a hacer. Acérquense uno por uno y miren lo mejor que puedan. Pero no alcen mucho la cabeza, que nos pueden ver.

Diez minutos después volvían a reunirse. Los cuatro temblaban ligeramente.

Raúl miró a Venancio y le susurró:

-¿Y? ¿Qué te dije?

-¿Qué? ¿Qué pasa? -preguntaron a una voz.

-Nada -dijo Raúl y sonrió junto con Venancio.

-Bien, compañeros -empezó Raúl sin apuro-. Ellos están a unos cien metros, o un poco más, de aquí. Entre ellos y nosotros la mayor parte del terreno es plano, sobre todo hacia nuestra derecha. Hacia la izquierda el terreno es algo accidentado. A la izquierda del grupo de soldados habrán visto una gran piedra y parte de una elevación; detrás de esa elevación está nuestro camino a seguir, así que ya se dan cuenta que sólo podremos avanzar si pasamos por encima de ellos. Pero también es posible que una parte de los soldados estén detrás de esa roca. Unos treinta están al descubierto junto a las cajas de municiones; son las que están junto al árbol. Una de las cosas que debemos evitar es que los que están al descubierto corran hacia la roca. Nuestra primera dificultad a resolver es cómo salimos de aquí... la única forma es de uno en uno, a rastras y en absoluto silencio. No existe otra forma. Tenemos que llegar hasta las piedras que están esparcidas a unos veinte metros delante de la boca de la salida. El grupo de ataque debe tratar de llegar completo hasta las piedras, y somos catorce; eso nos va a demandar más de veinte minutos de desplazamiento; los compañeros de apoyo son diez, eso representa..., quince minutos; imás de media hora en silencio sería un milagro...!, pero debemos esforzarnos por lograrlo, y además necesitamos que los compañeros de contención entren en acción, ya que por la espalda no puede atacarnos el enemigo. De hecho vamos a sufrir bajas, así que los de contención no deben quedarse dormidos. Cuando los de ataque entremos en acción debemos tratar de causar la mayor cantidad de bajas en el primer segundo y casi de inmediato ganar terreno hacia los cincuenta metros; habrán visto que allí el terreno es más adecuado para protegerse, ¿no? Bien, cuando avancemos después de la primera descarga, los del grupo de apoyo deben tomar nuestras posiciones,

luego unírseles y los de contención ocupar el puesto dejado por los de apoyo. La mayoría de nosotros estará pegada a la izquierda; si ellos se corren a nuestra derecha están perdidos, pero si se meten tras la roca los perdidos somos nosotros porque no podemos retroceder; si lo hacemos, nos cazarán como a conejos. El resto queda a la iniciativa de cada combatiente y su experiencia personal. Estamos obligados a desplegar nuestra imaginación lo más y mejor posible. ¿Qué opinan al respecto?

-Todo está claro, ésta es la única forma. Por lo menos la mitad de los nuestros sobrevivirá -dijo Felipe.

-De acuerdo -afirmó Domingo.

-No veo nada mejor -dijo Ciro.

-¿No hay otra forma? -preguntó Anastasio.

-Es la forma más primitiva de atacar, pero el terreno y las circunstancias no nos dejan otra alternativa -respondió Raúl-. Hagan saber al contingente la situación con toda exactitud. Lo único que se espera de nosotros es disciplina, audacia e imaginación, que cada uno entregue de sí lo mejor que tenga. Pónganse en marcha.

Fíjate, hermano, que cuando estábamos a punto de salir se me secó la garganta, y tragué en seco, quise decir algo pero no pude, sólo llegué a desear que cada uno cumpliera bien su jornada y me lancé sobre la salida. Habré demorado un par de minutos en avanzar los veinte metros hasta la primera piedra, pero a mí me parecieron un par de siglos, me arrastraba lentamente, por suerte el viento soplaba contra nosotros y alejaba el ruido de los oídos de los soldados, aparte de que ellos estaban con un radio prendido escuchando salsa. Una vez ubicado, le hice una señal a Felipe, que se colocó a mi derecha, y así fueron saliendo uno a uno; creo que hice señales un par

de veces más, pero después fue Venancio el encargado de hacer salir a la gente, iaunque si de él dependiera los mandaba de a dos! Pero el hecho fue que lo hizo muy bien y lo mejor de todo era que la gente le obedecía y jugó un papel muy importante para mantener ordenadas nuestras fuerzas.

El jaleo empezó cuando sólo seis de nosotros estábamos en posición de ataque según lo planeado. Desde que me acomodé, detrás de una piedra y en posición de tiro, casi por intuición, puse la mira sobre un tipo medio blanquiñoso que estaba tomando cañazo, te afirmo que era aguardiente de caña porque después de cada sorbo el tipo hacía unas contorsiones con el cuerpo como si le quemaran las entrañas; cuerpo acostumbrado a la cerveza, no le queda otra cosa más que hacerle ascos al trago fuerte mientras bebía, fumaba y bailaba al son de la música. Simplemente me pareció que era el oficial al mando, a pesar de que no llevaba distintivo alguno, y le puse la mira encima, además estaba cerca de la gran roca y podía esconderse tras ella al iniciarse el combate. Bien, a medida que los nuestros tomaban posición, con el aire llegaba en oleadas la música salsa que sonaba en el radio. En un momento el militar se dio la vuelta hacia nosotros, dio unos cinco pasos hasta acercarse a un matorral y se puso a orinar desperezando el cuerpo que seguro lo tenía entumecido por el frío. No te puedes imaginar lo mal que me sentía; la boca se me terminó de secar de tal manera que cuando me provocaba saliva frotando rápidamente la lengua contra el paladar, me daba la impresión de que el ruido era tan fuerte que nos podrían escuchar. Luego mi corazón empezó a palpitar a tal velocidad y con tal fuerza que todo mi cuerpo rebotaba del suelo con cada latido; y peor aún, como tenía la mira de mi fusil sobre la cabeza del hombre, con los latidos, el cañón subía y bajaba hacia el firmamento;

como no podía controlarme, bajé la mira hacia su pecho. En esos pocos segundos que transcurrieron, me acordé de mi mujer y de mis hijos; me dio gracia, cuando lo recordaba después, la payasada que una vez me hizo mi mujer. Hace años, a poco de casarnos, mi mujer me preguntó: -¿Quieres un cafecito? -¡Sí, gracias! -le dije. -¡Bueno...! -me respondió-, ¡cuando te prepares el tuyo me traes otro para mí...! -¡Y me quedé sin tomar café!

Mientras el soldado seguía orinando, más recuerdos acudían a borbotones a mi memoria, el más grato fue el de mi hijo mayor. Estando yo en casa, en los tiempos de clandestinidad en que no podía circular libremente, me gustaba esperar a mis hijos al regreso del colegio viéndolos a través de la ventana y tras la cortina; tenían que cruzar un amplio parque que nunca estrenó árboles ni pasto, y en el trayecto se demoraban jugando o correteándose entre ellos. Una vez el mayor regresaba solo, era fin de año y traía una cartulina en la mano; la agitaba hacia adelante y hacia atrás, le daba una vuelta completa describiendo círculos en el aire y de vez en cuando la lanzaba como quien lanza una chapa o un platillo para ver cuán lejos llegaba; por supuesto la cartulina nunca volaba más de un par de metros y parece que eso lo enojaba. Cuando entró a la casa tiró la cartulina, que cayó encima del sillón que estaba en una esquina. -¿Qué es eso? -le pregunté. -¡Ah, no lo sé...! -respondió desdeñoso-, cada vez que termina el año me dan eso-. ¿Te imaginas? El tipo tenía entonces ocho años y le interesaba un pepino el diploma, que como mejor alumno, recibía todos los años; y hasta donde supe, aún a los quince años seguía arrojándolos sin el menor interés.

¿Te das cuenta, hermano? En medio del peligro, el cerebro se te descompone y empieza a cabalgar sobre los recuerdos sin ton ni son, sin orden ni sentido. Y

yo me la pasaba diciendo para mis adentros: Calma, muchacho, mantén la mente despejada o vas a perder la partida y la cabeza de pasada. Pero nada, ni bien dejaba de recriminarme, los recuerdos volvían al ataque. Y mi corazón, que no dejaba de hacer alboroto, y mi pulso, que no dejaba de moverse, y el hombre que no terminaba de orinar, y la música que llegaba en oleadas... *Sobre las olas un barco va, y va, y se va...* Hasta que sucedió lo inevitable. El soldado aspiró profundo de su cigarrillo, levantó la cabeza hacia el cielo, hizo un aro con el humo, por el medio del aro hizo pasar una línea fina de humo, se llevó el cigarrillo de regreso a la boca, se sacudió, subió el cierre de su pantalón y, suspirando de alivio, bajó lentamente la cabeza; a medio recorrido sus ojos tropezaron con el cañón de mi fusil, abrió los ojos desorbitadamente, abrió la boca y el cigarrillo quedó colgado de su labio inferior; el estampido del disparo me dejó sordo por breves segundos.

La gente que acompañaba a Raúl reaccionó más rápido que los del capitán Jiménez que, por culpa de aquellas malas jugadas del destino, había llegado hacía tres días de la Capital; celebraba su cumpleaños en plena puna escuchando salsa y bebiendo un trago que despreciaba tanto como a los "indios" que lo fabricaban. Por ser su cumpleaños, el comando de la plaza lo había destacado en el lugar supuestamente más seguro: en el de reserva y abastecimiento. Bien retirado del centro de combate, sólo debía preocuparse por despachar cajones de munición, soldados de reserva, alimentos de vez en cuando, o esperar alguna orden, que nunca llegaría, pues había logrado comprarse al comandante del batallón con un cajón del mejor whisky. Nunca sospechó que

esos "indios", que habían arruinado su cumpleaños, y a quienes tanto odiaba, de pura casualidad, acabarían con él precisamente en el día de su natalicio, en medio de una serenata estruendosa, con olor a pólvora y sangre.

Tras la sorpresa de las primeras descargas, los soldados se lanzaron al suelo buscando refugio y preparándose a responder el fuego. Tiempo precioso que aprovecharon Raúl y sus compañeros para dar un salto hacia adelante, ganar distancia y mejores posiciones. Al mismo tiempo Venancio lanzaba desde las entrañas de la tierra hombres que vomitaban fuego, consignas y maldiciones, mientras avanzaban en zigzag, de pie, de rodillas, de pecho, de espalda, de costado, olvidando el miedo, hasta agotar la cacerina. Y sólo recordaban que estaban en la vorágine de una batalla mientras cambiaban de cargador; entonces rogaban que la tierra, el aire y la suerte los proteja del plomo que silbaba por encima de sus cabezas.

Los seis de la primera línea tragaban polvo y se estremecían, qué locura, los balazos zumbaban de ida y de venida sobre sus cabezas, disparaban a ciegas sin levantar la cabeza, hasta que en medio de un infernal ruido se escuchó la voz de orden para que los de atrás dejaran de disparar y los de adelante pudieran abrir fuego calculado, incorporarse y ganar nuevas posiciones hacia adelante, al tiempo que la segunda fila se abría en abanico hacia la derecha acercándose lo más posible a la primera; y la tercera tomaba las posiciones de la segunda sin disparar para no dar por la espalda a sus propios compañeros. Una maniobra a todas luces arriesgada y peligrosa, pero la única posible, que todos habían aceptado y memorizado a tal punto que cuando escucharon: ¡Viva el Presidente!, no eran hombres, sino una máquina de combate que se movía sincronizada al milímetro gracias a una moral muy especial, anidada en mentes y corazones convencidos de la justeza de su

lucha.

Por segunda vez se levantó la primera línea escupiendo palabrotas y plomo a granel, dio cuatro brincos y se vio obligada a clavarse de cabeza contra el suelo después del grito desgarrado de Raúl advirtiendo la presencia de pelotas negras que surcaban el aire. -¡Granadas! ¡Granadas! -fue el grito que se confundió con las primeras explosiones... tres, cuatro... un tiro, una ráfaga, silencio... una eternidad, tierra, humo... -¡Cocacola para esos hijoeputas! -ordenó Raúl, y en sentido contrario a las primeras volaban unas latas rojas.

Entre granadas y cocacolas había una gran diferencia: las granadas eran de tipo piña y aunque causaban estragos no faltó la vez en que simplemente sonaban: ¡Puf...! y no pasaba nada; por eso le habían puesto el mote de pedo muerto. Mientras que las llamadas Cocacolas eran latas de gaseosa que llevaban dentro varios cartuchos de dinamita revueltos con clavos y pedazos de alambre oxidado y largamente macerados en heces, que al explotar causaba estragos de consideración, y que si no mataba en el acto, la infección lo hacía tarde o temprano. Se tuvo el ingenio, con el tiempo, la práctica y la necesidad, de convertirlas en automáticas: La mecha era corta, dos o tres centímetros como máximo, la punta estaba abierta con un tajo por el costado y en medio de la pólvora metían dos o tres cabezas de fósforo con sus palitos bien amarrados; delante de ellas ponían una tira de papel para encender fósforos, que en un extremo estaba sujeta por un cordel. Al jalar el cordel, se deslizaba el papel y con la fricción encendía la cabeza de los fósforos y el fuego, la pólvora. Tenían menos de diez segundos para lanzar la Cocacola, que por lo general explotaba antes de llegar al suelo haciendo más mortífera la carga que llevaba. Los combatientes tenían el brazo lo suficientemente fuerte para hacerlas volar por

encima de los veinte metros y cuando usaban las hondas podían hacerlas alcanzar más de cincuenta.

Siete Cocolas estremecieron la cumbre del cerro y a los que en ella combatían. Se levantó una polvareda inmensa en medio de gritos de dolor, de maldiciones renovadas, de estallidos aislados o de ráfagas de balas de todo calibre. Los atacantes se incorporaron y se lanzaron a la carrera en el preciso instante en que nuevas granadas surcaban el aire; nadie las vio, la primera explosión los lanzó al suelo. A la derecha de Raúl estalló, no muy lejos, una granada que lo dejó con el oído derecho tintineando, y cuando se lo golpeaba con la cuenca de la mano vio salir de entre la polvareda a Julián, con la mirada fija en él, el brazo le colgaba de un hilo a la altura del codo y el fusil había quedado asido por los dedos agarrotados y convulsos, torció los labios en una mueca de asombro y lo llamó: Raulito, cuñadito, me jodieron estos cabrones... Dio dos pasos más y se le doblaron las rodillas, se sentó sobre sus talones y cayó de costado describiendo un lento semicírculo, quedó brevemente recostado sobre el brazo sano y, luego de un estremecimiento, quedó de espalda. Raúl se le acercó arrastrándose de rodillas y manos, a medio camino sintió el calor y escuchó el silbido del plomo al cruzar por delante de su cara, tan cerca, que lo obligó, en tardía reacción, a echar la cabeza hacia atrás, cuando la bala ya había pasado a pocos milímetros delante de su nariz; una vez a su lado, lo levantó tomándolo por la espalda y apoyó la cabeza de Julián sobre sus muslos. La batalla tomaba rasgos más cruentos, pero ninguno de los dos escuchaba ni prestaba atención a nada. La Piedad de Miguel Ángel se había trastrocado en medio de una salvaje carnicería. Julián quiso decir algo, pero Raúl trató de impedirselo poniéndole la mano sobre los labios agónicos...

-Calla, hermanito, te vas a poner bien... -no terminó

la frase porque Julián con voz dolida le susurró:

-¡Cállate tú, carajo, y escúchame porque me están matando, compadre...!

El cuerpo le temblaba y el pedazo de brazo que le quedaba se le levantaba a cada latido del corazón, lanzando chorros de sangre intermitentemente. Tragó el aire que le faltaba y siguió hablando en medio de ahogos y toses.

-Mi viejita vive en San Juan de las Flores... cerca del mercado... donde... vende verduras todos los... días, yo le ofrecí... que con el triunfo... tendría trabajo y... y... y... podría... comprarle una casita para... sacarla de ese corralón de mierda... Como ves... Prométeme que... vas a ayudar a mi... a mi... a mi viejita... ¿Qué dices... Raulito...?

-Sí, hermano, lo que quieras...

-No, cojudo... lo que quieras... no, di que vas... que vas... a ayudar a mi viejita.

-¡Te juro por mi madre que voy a ayudar a tu viejita como si fuera la mía propia...!

Mientras hablaban se tenían tomados de la mano, el cuerpo de Julián tiritaba, se iba enfriando y el alma se le escapaba por la herida. -Dile... que... la... quie...

El cuerpo se le puso tenso por un segundo breve, como si una descarga eléctrica lo hubiese surcado en busca de salida. Tiró la cabeza hacia atrás, una queja se ahogó en su garganta, buscó los ojos de Raúl y se abandonó en un viaje sin retorno. Quedó inmóvil mirándolo desde las profundidades de la muerte. Al cerrarle aquellos ojos puros y cristalinos de criollo curtido por los golpes de la pobreza, sintió que las lágrimas quemaban sus mejillas.

Recuperó el sentido de realidad cuando algo le cayó encima, dos explosiones cercanas lo sacudieron. Lo que le cayó encima fue Felipe, que en todo momento estuvo a su lado, de rodillas, disparando como loco hasta

que agotó sus municiones y al ver venir volando unas granadas se tiró encima de su amigo salvándolo por enésima vez. Una vez recobrado del susto, miró a su alrededor, se incorporó y se lanzó hacia adelante dando un grito salvaje que fue secundado por todos. Notó que en el fusil no le quedaba ni una sola bala más en el preciso momento en que veía una camiseta blanca ondeando de un palo y oía gritos de rendición.

-¡Alto el fuego...! ¡Alto el fuego, carajo! -se repetía de voz en voz y los tiros se hacían más espaciados hasta cesar por completo.

-¡Tiren las armas, manos a la nuca y pónganse a la vista, los de atrás de la piedra salgan de a uno, muévanse, maldita sea...! -gritaba Raúl secándose las lágrimas. Vio levantarse a los primeros soldados, miró a su alrededor pasando revista a sus compañeros, Venancio estaba a su lado, junto con Felipe; al mirar hacia el punto por donde habían salido, distinguió la figura de Rosita Luna, arrodillada sobre un cuerpo inmóvil. Soltó el fusil, palmeó el hombro de Felipe, le dio las gracias y le pidió que se encargue.

Nadie supo de dónde, pero de pronto apareció Lupe dando gritos que no se entendían muy bien; cuando estuvo un poco más cerca, se dieron cuenta que lo que pedía a gritos era que maten a todos, que fusilen a esos maricones de mierda, asesinos... Venancio se le acercó y le dijo:

-¿Qué pasa? Te has olvidado de los principios que tenemos ¿o para ti sólo son rollos para repetir? -en respuesta recibió una cachetada y Lupe siguió avanzando hacia Raúl gritando maldiciones.

-¿Qué esperas idiota que no das la orden?

Más que furiosa estaba nerviosa y descompuesta, seguramente el dolor de estómago y la diarrea la habían dejado de mal humor -pensó Raúl-. Se le acercó al oído

y le dijo lentamente:

-¡Te callas o te callo!

Acto seguido le quitó la metralleta, la única que tenía las tres cacerinas llenas de balas, y se la entregó a Venancio. Dio dos pasos en dirección a Rosita Luna y escuchó un tiro y un grito:

-¡Suelta la pistola! -gritaba uno de los combatientes a un verde que salía de la roca con una automática en la mano. Raúl giró sobre sus talones, desenfundó el revólver que aún llevaba colgando a la cintura y disparó quebrándole el hombro al soldado mientras decía:

-¡No, carajo, otra vez con el mismo cuento, ni de vainas...!

Rosita Luna lloraba de rodillas cerca al cuerpo de Ciro, se tapaba la cara con las dos manos y de cuando en cuando las posaba sobre el pecho de su compañero. Ciro estaba con los brazos en cruz y un pie cruzado encima del otro. Sólo pudo dar unos cuantos pasos después de la salida antes de que una ráfaga de fusil le impidiera seguir y le abrió el pecho en dos.

-¿Qué voy a hacer sin ti? -se preguntaba Rosita Luna mientras trataba de cerrar la herida del pecho a Ciro, soñando en que pronto despertaría de una pesadilla. Ciro tenía los ojos abiertos, Raúl se los cerró.

-¿Por qué tenemos que morir mirando las nubes? -se preguntó a la vez que levantaba la vista buscando la respuesta entre los oscuros nubarrones que se formaban sobre sus cabezas. Abrazó a Rosita Luna y trató de explicarle que aún tenían mucho por hacer, y que la mejor forma de rendir homenaje a Ciro era mantenerse firme en la lucha hasta la consecución de la meta. En ese momento sus propias palabras le sonaban a discurso vacío e inoportuno, pero no tenía forma de expresarle sus sentimientos; tantas muertes en un solo día era mucho para un solo corazón.

Ese día perdimos una compañera y tres compañeros, y fuimos heridos doce de nosotros. Yo no me di cuenta de nada hasta que Felipe me preguntó por qué cojeaba. No tenía ni idea de lo que decía. ¿Cojear yo? ¿Cuándo? Mi pantalón y la casaca estaban manchados de sangre por todos lados, pero pensaba que no era mía, hasta que levanté la pierna derecha y sentí un hormiguelo. Una esquirla había roto el fierro de protección de la caña de la bota y se había clavado, junto con pedazos de fierro, en mi pierna. Por suerte sólo habían cortado la carne sin tocar el hueso. Justina se acercó al llamado de Venancio, se echó a la boca un trago de cañazo y me lo escupió sobre la herida, con la mano sacó los restos de metal y me frotó con un trapo empapado en ron de quemar que usábamos para prender la leña en la cocina. Frotaba como una salvaje, iclaro, si no era su pierna...! ¡Y me hacía ver estrellas a plena luz del día...! Después me vació un cuarto de botella de cañazo sobre la herida, me vendó y dijo: -¡Cojudeces, en media hora estás como nuevo! -agarró sus instrumentos médicos, es decir sus dos botellas y se fue a buscar al siguiente herido. Si así se pudiesen curar las heridas del corazón y del alma, esta guerra no nos dejaría heridas abiertas.

A pesar de estar agotados se dieron el tiempo para curar y ponerles inyecciones antitetánicas a los soldados heridos. Tomaron nota de los muertos en el bando enemigo: quince; de los heridos: veinticinco, dos de gravedad; ilesos: doce. Eran mucho más de lo que habían calculado. Les quitaron las botas porque las necesitaban

y además por seguridad, para que no se puedan desplazar con facilidad. Tomaron las precauciones de dejarlos amarrados y de advertirles que no se movieran en las próximas veinticuatro horas, a sabiendas que no les harían caso. Cargaron con los alimentos, las armas y municiones que encontraron, recogieron a sus muertos, curaron a sus heridos y se echaron a andar entre vivas y cánticos. Cinco kilómetros más adelante enterraron las armas sin cerrojo y las municiones que no podían seguir llevando. Enterraron a sus muertos alejados uno de otro para que el enemigo no los ubique y siguieron su camino en silencio. El día alcanzaba su madurez al atardecer, el cielo se encapotaba y amenazaba con abrir sus esclusas.

En medio del silencio de las alturas, las finas gotas de lluvia que empezaron a caer se mezclaban con el descompasado golpeteo de las botas contra el suelo recién humedecido y sembrado de piedrecillas. Cada quien estaba sumergido en sus propios pensamientos.

Raúl recordaba las palabras dichas ante la tumba de cada uno de sus compañeros y amigos.

-iDe Margarita debemos aprender su solidaridad y compañerismo! -había dicho cuando terminaron de enterrarla.

Margarita era una campesina menuda, de cabellera larga y piel curtida. Tenía apenas catorce años pero aparentaba unos buenos veinte.

Era ayudante de Justina, la enfermera del pelotón. Siempre estaba detrás de sus camaradas preguntándoles cómo se sentían o si necesitaban algo. Estaba pendiente de cómo, cuándo y cuánto comían. Era capaz, y muchas veces lo demostró, de entregar su ración de alimentos a algún combatiente que ella decidía que necesitaba comer más para rendir mejor. En los tiempos de angustia y carestía ella recolectaba hierbas y raíces del campo para saciar el hambre, o extraía agua de la base de

las pencas, un líquido dulzón que aplacaba la sed y el cansancio cuando no tenían nada para beber.

Muchas veces se la veía en pleno combate arrastrando a los compañeros heridos, para sacarlos de la línea de fuego y darles los primeros auxilios; terminaba su tarea y regresaba a su puesto de combate para seguir disparando, hasta que algún otro caía herido y ella iba a atenderlo.

En tiempos de descanso no podía ver a nadie con cara de triste porque inmediatamente se le acercaba y le preguntaba qué sucedía; si le dolía algo o extrañaba a alguien. Si alguien suspiraba ella decía en voz alta: ¡Ya empezamos con la suspirititis...! Y se acercaba a su paciente y le decía: ¡A ver, dime en quién piensas y te diré dónde te duele! Se la pasaba habla que te habla hasta que su paciente reía y quedaba curado de cuerpo y alma. -¡Porque la risa cura de verdad! -solía decir muy oronda, a la vez que agitaba su pollera al aire; se le acercaba a Raúl y le decía levantando la cabeza y parándose sobre la punta de los pies: ¿Compañero, usted sabe, no? Todos somos de carne y hueso, ¿no? También tenemos nuestro corazoncito, ¿no? Ni que fuéramos de acero inoxidable, ¿no? Y Raúl le respondía: ¡Así es, compañera, así es, efectivamente, pero a medida que nos acercamos a la meta, en la fragua de la lucha nos vamos templando como el acero! Si ya lo sé -replicaba Margarita-, ahora todos somos mucho más fuertes que hace un año, pero de vez en cuando hasta usted tiene suspirititis, ¿no? ¡Claaaaaro...! -decía Raúl sonriendo- yo también tengo mi corazoncito, ¿no?

-¡Persistir, persistir y persistir...! ¡Ése es el ejemplo que nos deja el compañero Ciro! -había dicho cuando terminaron de enterrarlo. Recordó que cuando llegó al campamento, Ciro ya estaba allí. Con el tiempo le escuchó a él mismo narrar su historia. Fue destacado a

una zona de la Sierra Alta que no había sido trabajada políticamente antes. Estuvo tres meses solo y luego llegó un grupo de cuatro nuevos compañeros, entre ellos Rosita Luna. A las dos semanas los recién llegados se fueron, salvo Rosita Luna, que enfermó. A partir de ahí quedaron solos, simplemente se olvidaron de ellos. Los que conocían de su existencia habían sido encarcelados o muertos en combate; al menos esa fue la explicación que les dieron un año después, cuando un pelotón pasó por allí. Cuando el pelotón entró a la comunidad se encontró con la sorpresa de que tenían un fuerte apoyo. Ciro y Rosita Luna habían hecho un buen trabajo. A pesar de estar aislados, y sin directivas concretas, se desarrollaron exitosamente desplegando audacia e iniciativa. Los errores que cometieron en el empeño no fueron de importancia. Los dos se retiraron junto con el pelotón después de tres semanas de trabajo intenso, donde quedó montada una organización sólida que con el paso de los años cumpliría un papel muy importante en la guerra: la lucha contra el avance del enemigo, quien pretendía organizar y levantar a las comunidades contra los revolucionarios, siguiendo la política de enfrentar masas contra masas. Pero no sólo habían realizado un eficaz trabajo político, también habían estudiado a conciencia y asimilado los principios y la moral revolucionarios; y en ese andar se enamoraron, con un amor sereno y maduro que contrastaba con su juventud. Y de ese amor Rosita Luna llevaba en su vientre una criatura de dos meses de gestación.

De Ramón, dijo: -¡Debemos aprender su sencillez y lealtad! Ramón era uno de los pocos campesinos raros que existían en las partes altas de la Sierra y delataban el paso de los españoles hacía casi cinco siglos por esos apartados parajes. Era bastante alto, más de un metro ochenta, piel casi blanca, ojos claros, de un verde

desteñido, cabello castaño claro pero hirsuto. Se les unió cuando pasaron por su comunidad, y los acompañó durante tres agitadas semanas donde hubo de todo. Hasta que una tarde se acercó a Lupe y a Raúl y les dijo: -Bueno, muchas gracias por todo. ¡Me voy...! Raúl sonrió y Lupe pegó el grito al cielo: -¿Cómo que te vas a ir? ¡Éste no es un club donde se entra y se sale cuando a uno se le pega la regalada gana! ¡Tenemos que convocar una asamblea para ver tu caso y después veremos! ¡Así que, compañero, no nos venga con esas sorpresas! Raúl la calmó un poco diciéndole: -No te dejes arrastrar por las emociones, no vaya a ser que hieras los sentimientos de las personas. -¿Qué pasa, Ramoncito? -le preguntó mientras levantaba la cabeza para mirarle a los ojos-. ¿Es que hemos hecho algo malo o algo que no te haya parecido bien? -No, nada -respondió Ramón rascándose la cabeza-, lo que pasa es que quería ver cómo era la cosa, y además como entramos en tiempo de siembra tengo que ir a sembrar en mi parcela. Cuando acabe voy a regresar-. Y después de un corto silencio agregó: -¡He dicho mi verdad! Raúl le palmeó el hombro y le dijo: -Bueno, entonces ya nos veremos otra vez. Ramón recogió su poncho, que era lo único que tenía; entregó a Raúl el arma que le habían asignado y la munición que le sobraba, lo abrazó casi hasta triturarlo, miró a Lupe de soslayo y les gritó con voz ahogada mientras se perdía entre las rocas de la montaña: -¡Que les vaya bien, yo sabré encontrarlos...!

-No te preocupes -le dijo Raúl a Lupe-, volverá. Y efectivamente, seis meses después volvió para quedarse definitivamente.

De Julián, dijo: -¡Debemos aprender su valor y alegría!

Julián era ligeramente más alto que su fusil, siempre le preguntaban en son de broma si él cargaba con su chica, nombre con que identificaban al fusil, o si su chica cargaba

con él, y siempre respondía lo mismo entre carcajadas: -¡Cada vez que nos acostamos juntos le pregunto a ella lo mismo, pero es tan fría... que no me responde nada...! Y de cuando en cuando los compañeros le preguntaban lo mismo sólo por el placer de oírlo carcajearse, porque tenía una risa vibrante y chillona que contagiaba.

Todos recordaban su mejor anécdota a carcajadas: Una vez, en la toma de un retén policial, el pelotón no podía avanzar porque sobre el techo habían colocado unos sacos de arena que protegían muy bien a un guardia, quien con una ametralladora de trípode mantenía a raya a los guerrilleros, obligándoles a protegerse tras los muros de las casas sin poder avanzar. En un momento del combate todos vieron cómo Julián cruzaba en zigzag la plazoleta, desaparecía detrás de un muro como de dos metros de altura, y a los pocos segundos lo vieron sobre el muro, apuntar, de pie, contra el vigía y disparar una ráfaga; vieron también cómo el fusil rebotaba en su hombro y lo lanzaba hacia atrás, de espalda hacia el vacío. Lo que siguió pasó en un abrir y cerrar de ojos: el vigía cayó herido, los compañeros cruzaron la plazoleta, los del retén se rindieron y entregaron las armas. Cuando fueron a buscar a Julián, lo encontraron maldiciendo y llorando muerto de risa mientras trataba de sacarse las espinas que tenía clavadas por todo el cuerpo. Esa misma noche hubo una pequeña fiesta donde Julián se la pasó bailando huaynos con todos los compañeros y cada una de las compañeras. De rato en rato le preguntaban cómo le iba con las espinas y se reían. En determinado momento miró a Raúl y le dijo: ¿Sabe, compañero, qué pasó? Cuando llegaron estos cojudos, en vez de ayudarme se tiraron al suelo revolcándose de risa, así que no tuve otra alternativa, me saqué la correa y los empecé a perseguir a correazo limpio, pero ellos no dejaban de reírse y todavía gritaban: ¡Jesús, Jesús, no

nos azotes! y yo les decía: ¡Yo no me llamo Jesús, carajo! y les metía un correazo por el lomo diciendo: ¡Me llamo Julián! y ellos que se rajan y me dicen: ¡Por las espinas ahora te llamas Jesús!... ¿Le parece justo? -preguntó a Raúl-. No, claro que no -dijo él-. No, no me parece justo, Jesús... que diga... Julián... Y todos se echaron a reír junto con Julián; no se reían de él, se reían con él porque se sentían felices, ¡habían demostrado que el enemigo es un tigre de papel!

Julián sacó a bailar a Raúl. En medio de alegres huaynos zapateaban levantando polvo del suelo, mientras el eco de las palmas y silbidos viajaba entre cerros y quebradas. El momento más serio de esa noche fue cuando todos felicitaron a Julián por su audacia y valor.

-¡Siempre es bueno reconocer el mérito personal de cada combatiente sin llegar a la lisonja que nubla la razón, que despierta la petulancia y los falsos orgullos! ¡Los méritos individuales deben ser reconocidos con alegría y sin envidia, así como los errores son criticados con serenidad e implacablemente!

Fue el criterio unánime entre los guerrilleros.

Raúl sacudió la cabeza al regresar del pasado, aspiró profundamente el aire fresco y el grato olor a tierra humedecida de su serranía adorada; percatándose que la joven noche anunciaba su presencia acompañada de cada vez más oscuros nubarrones, volteó para mirar hacia el sur... -Sí -pensó-, toda la noche caerá una ligera llovizna. Miró a sus compañeros y recordó que tenían varias horas de caminata sin descanso. Levantó el brazo y ordenó: ¡Cinco!

Se dejaron caer sobre el suelo mojado. ¿Qué importancia tenía, si estaban cansados, hambrientos, sedientos y pronto estarían en la base de apoyo para

poder descansar todo lo que quisieran?

Recorrió la fila acompañado de Felipe y Venancio. Indagaba por la salud y el estado de ánimo de sus compañeros. Todos estaban cansados pero con la moral alta, no se sentían perseguidos, ni en huida, ni en desbandada. Se sentían combatientes de regreso a casa. Aunque sabían que les pisaban los talones, no temían al enemigo.

Los encargados de la vigilancia fueron los primeros en recibir algunas latas extras de comida antes de partir hacia los lugares que les asignaron. Los heridos empezaron a ser revisados y vueltos a curar: inyecciones contra las infecciones, pastillas contra el dolor de cabeza y de estómago, nuevos vendajes.

La llovizna seguía cayendo lentamente sobre la montaña y los guerrilleros. Hora de comer, se abrieron las primeras latas de carne, pescado, frutas en conserva, bebieron agua de las cantimploras recién ganadas en combate, echaron los desperdicios en un hueco cavado en la tierra para no dejar rastros, y se recostaron para dormir un poco.

Venancio fue enviado a hacer un reconocimiento del terreno.

El tiempo que tardó Venancio en reconocer el terreno no fue mucho, tal vez una hora o algo más. Rodeado de los responsables de cada grupo empezó a informar:

-No estamos muy lejos de la base, pero aún debemos caminar un poco.

-¿Qué significa un poco para ti, Venancio? -preguntó María, quien tras la muerte de Ciro había asumido el mando del grupo de apoyo.

-Bueno, no mucho... a media hora de aquí comienza una quebrada que hay que cruzar, luego vienen dos lomas que no son muy altas...

-¿Dos lomas? -preguntó Felipe.

-Bueno... una loma y un montañita que no es muy alta. Yo sé que después de eso hay una bajada hacia el río, ese río hay que cruzarlo de todas maneras. Yo conozco el sitio menos hondo para cruzarlo, allí, en esta época de año, el agua a mí me llegará al cuello y a ustedes al pecho, no hay problema. Una vez cruzado el río hay una pequeña planicie llena de rocas y arbustos. Después hay que entrar a una quebrada y, siguiendo el cauce del río seco en unas dos horas se llega a la base, eso es todo.

-¿Así de fácil? -preguntó Raúl.

-¡Así de fácil, la montaña sube y baja! -respondió Venancio.

-¿En tiempo, qué significa todo eso en tiempo? -volvió a preguntar.

-Pues mire, compañero... Yo pienso que lo importante es alcanzar la cumbre de la montañita, eso nos llevará... unas tres horas o más al paso de ustedes...

Todos se echaron a reír porque sabían lo que les estaba diciendo: ¡Tortugas! Siempre los llamaba así cuando le decían: ¡Venancio, no vayas tan rápido que no vamos a ninguna fiesta!

-... allí podemos descansar y al amanecer empezar la bajada, es un poco pesada porque hay pocas huellas, pero creo que a la mitad de la mañana empezamos a cruzar el río y al mediodía estamos almorzando en la base de apoyo junto con los demás compañeros.

-Bueno, gracias, Venancio. Sin ti estaríamos casi perdidos -dijo Raúl con sinceridad-. Yo conozco un poco esta zona. Hace más de un año pasamos por aquí de reconocimiento con los mandos de otros pelotones, pero la ruta que seguimos aquella vez es mucho más larga... nos tomaría casi tres días para llegar a la base. ¡Gracias otra vez, compañero Venancio!

Venancio se sonrojó, sonrió, agachó la cabeza, tomó

un puñado de tierra húmeda del suelo y lo arrojó a los pies de Raúl. Era su forma de decirle: ¡De nada, no hay nada que agradecer, compañero, lo hago con mucho gusto, esta guerra también la peleo yo!

Cada responsable de grupo informó a su contingente y se alistaron para partir. En fila de a uno, como siempre, esperaron la voz de orden. Raúl, a la cabeza de la fila, gritó la consigna: ¡Combatientes del Ejército Guerrillero Popular, váááááámonos! ... -¡Vámonos!- Respondieron al unísono los guerrilleros, al tiempo que se echaban a andar. Y entonces el canto emocionado se elevaba hacia el firmamento: *Gonzalo las masas rugen y los Andes se estremecen, expresan pasión ardiente, fe segura y acerada; y el pueblo que escucha atento acelera su jornada, es Gonzalo canta el pueblo, Gonzalo es lucha armada...* Las consignas y los vivos cerraban el inicio de la marcha. La llovizna seguía cayendo sobre los Andes, había oscurecido. Comer, beber, descansar un poco, y cantar, les había devuelto la energía necesaria para aguantar varias horas más de caminata.

Alrededor de la medianoche se escuchó: ¡Cinco! Un rumor de alivio recorrió la fila. Durante más de cuatro horas estuvieron subiendo y bajando sin pausa, algunos tropezaron en la oscuridad y cayeron sin lastimarse más de lo que ya estaban. Habían alcanzado la cumbre. ¡Podían dormir hasta el día siguiente! Se dispusieron guardias de media hora cada una para que puedan descansar lo mejor posible; con el nuevo día les quedaba aún algo por recorrer. Para dormir se organizaron con rapidez y sin problemas, nadie hablaba más que lo necesario. Sobre tierra mojada pusieron sus ponchos y la poca ropa seca que les quedaba en las mochilas. Se echaron en lo que llamaban posición de cuchilla, es decir sobre un costado, esta vez sobre el hombro derecho, y se juntaban unos a otros, pecho con espalda, para darse calor entre todos.

Algunos se habían sacado las casacas y se tapaban con ellas, Raúl y Felipe cubrían al grupo con el resto de los ponchos y con plásticos que cada uno llevaba en la mochila. Ayudados de linternas revisaban si quedaban bien cobijados; ésa era también una de las tareas de los compañeros de vigilancia: de cuando en cuando, revisar si los combatientes estaban bien tapados y si no lo estaban debían acomodarles los plásticos. Terminada la tarea, Felipe se fue al extremo derecho y Raúl ocupó el segundo lugar empezando por la izquierda; sería el tercero en hacer la guardia esa noche, él quiso ser el primero pero no lo dejaron, es más, no querían que él haga guardia esa noche, querían que descansa, pero tuvo que imponerse para que le toque la tercera guardia y se la dejaron hacer.

La rutina era la siguiente: cuando el primer compañero terminaba su turno, despertaba al primero de la izquierda y tomaba posición de cuchilla en el lugar dejado por el compañero del segundo turno; cuando éste terminaba su turno, despertaba, y ocupaba el lugar del compañero del tercero, y así sucesivamente. Cuando Raúl se despertó, prendió la lucecilla de su reloj: dos y quince. ¡Carajo, me están dejando dormir, ya pasaron quince minutos de mi turno! Se levantó y fue al lado de Anastasio, que lo recibió con una sonrisa de oreja a oreja. Acostumbrados por los años de guerra, todos habían desarrollado una increíble capacidad de ver en medio de la noche, muy pocas veces hacían uso de las linternas, y ello además por razones de seguridad. Raúl le dio la mano, le palmeó en el hombro y le dijo: Vaya a descansar, camarada, más tarde nos espera todavía un largo día. Lo acompañó hasta el grupo, lo ayudó a taparse bien y revisó a los demás, acomodó los plásticos movidos y fue a tomar su lugar. El tiempo discurría lentamente...

-¿Qué haces aquí, Venancio? ¿No tienes sueño?

-No, compañero. Y usted qué hace aquí, hace mucho que terminó su guardia.

-Sí, ya lo sé... No tengo sueño, además mañana podré descansar bien.

-Sí, yo también.

La noche seguía oscura y hacía frío, Raúl tenía las manos en los bolsillos de la casaca de cuero, el fusil colgaba delante de su pecho y un impermeable le cubría la espalda; estaba encorvado, a ratos movía los pies sobre el mismo lugar en que estaba parado para desentumecer los músculos, o daba dos pasos hacia adelante y dos hacia atrás. Venancio lo miraba de reojo sin moverse, con la cabeza gacha.

-Voy a ver a los compañeros...

-Ya los tapé yo antes de venir -dijo Venancio casi murmurando.

-Por qué no tratas de dormir, mañana...

-No tengo sueño, compañero... ¿O le molesta mi presencia?

-¡Nada de eso, hombre...!

Estuvieron largo rato sin cruzar palabra, escuchando el golpeteo de la lluvia sobre los charcos de agua que se habían formado.

-¿Quieres saber por qué, verdad? -dijo Raúl rompiendo el silencio de la noche.

-¿Cómo?

-¿Quieres saber por qué le disparé al soldado, verdad?

-¿Cómo lo sabes?

-Simplemente lo sé... será porque ya te conozco un poco, ¿no?

-¡Seguro! Pero en verdad lo que más quiero saber es por qué dijiste eso del cuento...

-... otra vez con el mismo cuento, ni de vainas...

-Sí, eso mismo.

-¡Uf...! Para que lo entiendas tendría que contarte la

historia completa...

-Tenemos tiempo, te escucho.

...

...

-En verdad, Venancio, ¿Cuántos años tienes?

-Creo que doce...

-¿Cómo que creo...?

-¡Sí pues! Cuando le dije a mi abuelo que quería unirme a los compañeros para luchar, él me dijo: ¡Ya eres un hombre, tienes doce años y puedes pensar con tu cabeza! ¡Tienes mi permiso y mi bendición! Por eso es que me llevó donde ustedes, porque yo se lo pedí... ¿Pero eso qué importa? ¡¿Me vas a explicar o no?!

-Sólo quería saber, hombre. ¡No te enojés!

-No me enojo...

...

...

-Hace muchísimos años tenía un amigo, teníamos casi tu edad, tal vez un poco menos, diez... once... no recuerdo bien. Pero el asunto es que crecimos juntos; jugando fútbol en las calles; íbamos a cazar palomas con la honda; en las quebradas, detrás del colegio, jugábamos a la guerrita; íbamos al cine juntos y enamorábamos a la misma muchacha; asistíamos al mismo colegio pero estudiábamos en distintas aulas, a la salida siempre caminábamos juntos un largo trecho. Con los años, mi familia se mudó a la Capital y él se quedó con la suya en la provincia. Ingresamos a distintas universidades y con el tiempo empezamos a activar en el mismo grupo político dentro de las universidades. Eso hizo que nos volviéramos a ver años después. Habíamos ingresado al Partido y hacíamos el mismo trabajo pero en distintos lugares, a pesar de ello nos reuníamos con relativa frecuencia como camaradas y como amigos. Y así hasta que empezó la guerra. Poco tiempo después

del inicio de la lucha armada se llevó adelante una de las acciones que marcaron un hito en nuestra historia: se tomó por asalto una prisión y se liberó a cientos de nuestros compañeros. Guillermo, el amigo del que te estoy hablando, era uno de los mandos. Él y César llevaron adelante los planes trazados por la Dirección del Partido. El primer intento fue calamitoso, se cometieron algunos errores graves y costó la vida de varios de nuestros compañeros prisioneros. A los pocos días se hizo un nuevo intento y el éxito alcanzado puso en vilo al país entero. La reacción, con su Gobierno y sus fuerzas armadas a la cabeza quedaron notificados de que la guerra iba en serio.

Hacia la ciudad de Ayacucho, que es nada menos que capital de departamento, habían confluído varios pelotones llegados de las alturas y del valle hasta formar una compañía relativamente grande... ¡Grande para nosotros...! pero pequeña para el enemigo, pues en comparación a las tropas del Gobierno que se encontraban desplegadas en la ciudad no eran más que un grupito. ¡Y sin embargo tomaron la ciudad! ¡Una ciudad de más de 80 mil habitantes! Con un gran cuartel del ejército; con cinco cuarteles de tres cuerpos diferentes de las fuerzas policiales; con más de dos mil hombres armados hasta los dientes bajo el mando de un general. Nosotros contábamos con una Compañía, nuestra primera Compañía en acción. Pero... ¿A qué llamábamos nosotros en aquel entonces una Compañía? Era la reunión transitoria, exclusivamente para esa acción militar de gran envergadura, de varios pelotones. ¡Y teníamos pelotones de cinco combatientes! ¡En total nuestra primera heroica Compañía no llegaba ni a cincuenta combatientes!

-¡Cincuenta contra dos mil...?!

-¡Menos de cincuenta contra más de dos mil! ¡Ni más

ni menos...! ¡El derroche de heroísmo fue fabuloso...! Tras el derribo de diez torres de alta tensión, que provocó un apagón general, se iniciaron las acciones en forma simultánea en toda la ciudad. ¡Imagínate...! En medio de la oscuridad, uno de los cuarteles fue mantenido a raya por dos compañeros... ¡Sólo por dos compañeros! ¿Te imaginas...? Dos compañeros mal armados contuvieron dentro de su guarida a más de trescientos guardias republicanos armados hasta los dientes. Los compañeros se movían de un sitio a otro disparando tiro por tiro para no gastar la munición, de cuando en cuando arrojaban una CocaCola y gritaban a todo pulmón. Como a la media hora se les unió un grupo de cuatro niños que no llegaban ni a los diez años, eran de la población y por supuesto que no tenían armas, pero empezaron a correr detrás de los combatientes gritando como locos: ¡Allí te va un regalo para tu madre, tomo abusivo...! ¡Salgan a pelear como hombres, cabrones de mierda! Y salía volando una CocaCola o un tiro que destrozaba un nuevo cristal. Los guardias desde su cuartel también disparaban, pero alocadamente y en cualquier dirección, también gritaban: ¡Por qué no vienen ustedes, terrucos maricones, y de paso traigan a sus hermanas y madres...! Ambos bandos se gritaban de todo: insultos, piropos, maldiciones, promesas... Los compañeros conocían los nombres de casi todos los oficiales destacados en ese cuartel, los llamaban por sus nombres y apellidos y los conminaban a rendirse, a salir con las manos en alto y a entregar las armas. Al parecer, el hecho de que se los llamen por sus nombres, les infundía un pánico terrible y no se atrevían a asomar las narices fuera de su cuartel. A las dos horas y media llegó donde los dos compañeros un enlace para avisarles que la operación había sido un éxito y empezaba la retirada ordenada hacia las alturas. La emoción de los compañeros y de los cuatro chiquillos fue tal que los

combatientes vaciaron las balas de sus fusiles contra los cristales y la puerta principal del cuartel y lanzaron con guaracas, antes de irse, las últimas Cocolas que les quedaban. Los niños arrancaron hacia sus hogares y los compañeros se fueron al punto que les habían prefijado y por donde pasaría un camión a recogerlos. Los republicanos no salieron sino hasta después de que la ciudad estuvo en calma. Estos miserables, al mando de un coronel, formaron un pequeño grupo y se encaminaron al hospital de la ciudad que estaba casi frente a su cuartel. De allí sacaron a cuatro de nuestros compañeros heridos en el intento de rescate anterior. Fueron llevados a rastras fuera del hospital, los golpeaban con las culatas de sus fusiles, los pateaban sin piedad, les golpeaban la cabeza contra el suelo y los volvían a arrastrar; fueron cien metros de agonía, pero no se acobardaron, tras cada golpe daban vivas a la revolución y a nuestro Presidente. No se quejaban, maldecían a sus verdugos... y los acribillaron a balazos en medio de la calle. A otro compañero herido intentaron estrangularlo, en una cama del hospital, con las sondas que tenía en el brazo; tras cinco minutos de estrangulamiento, lo dieron por muerto y lo dejaron, pero su fortaleza de campesino curtido lo ayudó a sobrevivir. Los guardias republicanos arrasaron con medio hospital en busca de combatientes. Algunos de nuestros compañeros y compañeras que estaban heridos fueron protegidos y escondidos por médicos y enfermeras; no lo hacían porque estaban de acuerdo con nuestra causa, no... simplemente lo hacían por razones humanitarias y de rechazo a la brutalidad y cobardía de estas hienas sedientas de sangre... Cobardes a la hora de la lucha, abyectos a la hora de la venganza criminal... ¡Ese ignominioso asesinato de nuestros compañeros, desarmados, heridos, que estaban en un hospital bajo custodia policial y supuestamente protegidos, como

prisioneros, por las propias leyes del Estado, no será olvidado ni perdonado jamás!

...

Hizo una pausa en su relato, levantó los ojos hacia al cielo oscuro y nublado, la llovizna mojó su rostro mientras recordaba las facciones alegres de Lucho, de Miguel y de los otros. ¿En cuántas fiestas estuvimos juntos? Preguntaba a las sombras. ¿Cuántas veces cantamos juntos? ¿Cuántas veces discutimos de política y de historia? ¡Eras todo un experto en cuestiones de aviación, Miguelito...!

-Los asesinaron, los asesinaron a sangre fría...

-En otros puntos de la ciudad -prosiguió después de aclarar la voz-, la lucha no fue tan tranquila como contra los guardias republicanos. Frente al cuartel de la guardia civil, en los alrededores, sobre los tejados y por la parte trasera del cuartel, teníamos apostados, previo al apagón y asalto a la prisión, un grupo de combatientes, algo más de diez, no recuerdo bien. Tras el primer dinamitazo y el corte del fluido eléctrico, se inició el asalto al cuartel policial; en la maniobra se cometieron varios errores de carácter táctico, pero a pesar de ello se los mantuvo a raya casi una hora y media. Lo que vino después causó varios problemas. Los guardias empezaron a salir del cuartel al mando de un capitán, e hicieron retroceder metro a metro a los nuestros, mientras ellos iban ganando mejores posiciones. Se combatió durante más de una hora en medio de las calles oscuras; mientras nuestra gente retrocedía puerta por puerta, casa por casa, los guardias hacían progresos en su avance. La ciudad se convirtió en un infierno de explosiones de dinamita y disparos de armas de todo calibre. En poco menos de tres horas se oyeron más de trescientas explosiones. Puertas, ventanas, vidrios eran arrancados de sus lugares por la onda expansiva. Días después las

paredes, con sus miles de perforaciones de bala, serían mudos testigos de una batalla desigual pero victoriosa para los revolucionarios. Doscientos metros más arriba de la plaza de armas de la ciudad estaban siendo atacados el cuartel de la policía de investigaciones y una comisaría de la guardia civil. No había mayor problema. Teníamos en cada lugar no más de cinco compañeros pero hacían un alboroto como si fueran varias decenas. Los dos grupos, al notar que se aproximaba el ruido de un fuerte enfrentamiento, mandaron enlaces a ver qué pasaba; ante lo complicado de la situación, abandonaron sus puestos y se replegaron junto con los compañeros en retirada. Los guardias ganaban las calles cada vez en mayor número y los otros policías, que estaban contenidos hasta hacía unos minutos, se percataron de la situación, abandonaron sus guaridas y lentamente las filas del enemigo se fueron engrosando. Mientras tanto la lucha en el penal casi había concluido. Los centinelas de la puerta principal y de los torreones fueron abatidos en el primer minuto de combate. Por la parte trasera del penal empezaron a descolgarse hacia el patio principal los guerrilleros que avanzaban metro a metro hacia el interior, mientras los guardias se replegaban hacia los baños y los dormitorios. Por la parte frontal, uno de nuestros pelotones avanzó hasta la puerta principal logrando volarla de un dinamitazo, pero no entraron en el penal; abrieron fuego a través de una segunda puerta de metal causando heridos, sin darse cuenta, entre nuestras propias filas. En el desarrollo de la batalla al interior del penal también se cometieron varios errores. ¡Pero qué se podía esperar! Era nuestra primera acción de gran envergadura, la mayoría de nuestros combatientes no tenía ninguna experiencia militar, sólo tenían una moral y un espíritu revolucionario muy elevados. En el interior se llegó hasta los pabellones de presos políticos y prisioneros

de guerra; estaban divididos en pabellones para hombres y para mujeres, de ambos se liberaron a nuestros compañeros. La alegría era extraordinaria, entre cánticos y consignas se distribuyeron armas y municiones a una buena cantidad de liberados. En medio de explosiones y disparos se daban tiempo para abrazarse y llorar de felicidad y agradecimiento. Cuando tenían acorralados a los guardias en los dormitorios se dio la orden de retirada. ¡Grave error! Allí empezó un inútil período de defensiva, justo cuando se tenía la ofensiva casi ganada; sólo faltaba dar el golpe final; pero no..., se empezó una lentísima retirada por la parte posterior del penal, subir y bajar muros, y eso para cientos de personas. Atrás en la calle esperaban los camiones listos para trasladar a los compañeros hacia las zonas altas. Habían partido ya tres camiones e incluso habían recogido a los compañeros de la parte frontal del penal y a los compañeros que actuaron delante del cuartel de la guardia republicana. El cuarto camión estaba casi lleno y listo a partir, el quinto esperaba a los últimos compañeros que abandonaban el penal por la parte posterior y a los combatientes de los otros puntos de la ciudad que se encontraban en retirada, y a escasos cien metros de los camiones. Una nueva orden equivocada y empezó un retroceso desordenado que permitió a los guardias avanzar más de prisa; por otro lado, los guardias del penal salieron de los dormitorios y tomaron posición en los tejados abriendo fuego sobre los nuestros. Algunos compañeros cayeron heridos en la calle y otros, dentro de los camiones. Los choferes iniciaron la marcha a toda prisa en medio de nutrido fuego a la vez que los compañeros cubrían la retirada trepados en las barandas y la canastilla de los dos último camiones. Un disparo hirió al médico de la compañía en el preciso momento que terminaba de subir y trataba de cerrar la puerta trasera; ésta se abrió del

todo y Pedro cayó al pavimento. Minutos después sería fusilado en el mismo lugar en que cayó, la misma suerte corrieron otros compañeros que quedaron heridos. En los dos últimos minutos perdimos más combatientes que en las tres horas de combate. Los camiones abandonaron la ciudad con su valiosa carga en distintas direcciones, mientras que en los alrededores del penal, en medio de la oscuridad y el desconcierto, los guardias de las diferentes fuerzas policiales se mataban entre ellos. A lo largo de las siguientes semanas algunos de nuestros heridos murieron a causa de sus graves heridas y por falta de asistencia médica. Otros compañeros, muy pocos, fueron recapturados. Recuerdo que uno de ellos, que se había negado a desplazarse hacia el campo junto con los demás compañeros y que prefirió quedarse en la ciudad, fue sorprendido en casa de uno de sus familiares, le cortaron el cuello tratando de hacer aparecer el hecho como un suicidio, pero sobrevivió para contarlo.

A pesar de los muchos errores en la aplicación del plan elaborado por el Presidente y la Dirección del Partido, la acción fue un rotundo éxito. Perdimos diecisiete combatientes, más de treinta resultaron heridos, pero doscientos cincuenta se incorporaron a las filas revolucionarias, además se consiguió la liberación de importantes dirigentes con prestigio entre las masas.

Algunos meses después, en una reunión a nivel nacional y de trascendental importancia, se hizo el balance de esta brillante acción. Aparte de los dirigentes, estuvieron presentes algunos de los compañeros y compañeras liberados y otros invitados. El análisis de esa acción fue sólo una pequeña parte de lo tratado. La reunión duró como un mes y medio o algo así. Todo lo que hemos hecho en los dos últimos años está enmarcado dentro de los acuerdos tomados aquella vez... Pero me estoy desviando del tema... Volviendo a

lo nuestro, en esa reunión estuvieron Guillermo y César, ambos mandos responsables de la acción. Al principio todo fue de maravillas, pero con el paso de los días iban saliendo a luz todos los errores cometidos; y aquellos dos compañeros, que llegaron cubiertos de gloria, empezaron a ser criticados y combatidos. Del fracaso del primer intento fue responsabilizado Guillermo, se lo acusó de cobardía. Él quiso defenderse alegando que esa noche, la noche del inicio de la acción, cayó enfermo. Argumento nada convincente y fácilmente desbaratable. Lo peor de todo fue que ambos se disputaban los honores y pretendían atribuirse el éxito de la acción como un mérito personal, cuando el éxito pertenecía al Partido en su conjunto y al Presidente en particular, ya que fue él quien elaboró minuciosamente el plan a desarrollar en la acción, concibiendo ésta como un conjunto, ya que no sólo es la cuestión militar, sino sus implicancias y alcances en lo político e ideológico, y sus repercusiones a nivel nacional e internacional; era la primera acción de esa envergadura y tenía que sentar precedente. César fue amonestado y llamado a la reflexión. Guillermo fue suspendido de todas sus responsabilidades y cargos, sólo se le permitió mantener la militancia, pues hasta entonces había tenido una impecable trayectoria de lucha, y fue bajado a bases. Le dijeron: "¡Preferimos recordarlo muerto que como cobarde...!" Volvieron a pasar los meses. Guillermo fue trasladado de zona. Cuando lo volví a ver estaba en una cama vieja y sucia de un Hospital de la Capital. Estaba herido y me contó lo sucedido. En la zona a la que fue destacado había un pelotón muy activo y él estaba siempre en la primera línea. La última vez tomaron por asalto un retén policial que custodiaba una gran antena retransmisora ubicada en lo alto de un cerro. El resultado de la acción fue exitoso. Los guardias se rindieron y salieron con las

manos en alto y desarmados, a excepción del último. Era un oficial y llevaba un revólver en la mano izquierda. Guillermo era el primero junto a él, levantó su metralleta y disparó una ráfaga al aire conminándolo a soltar el arma, el oficial levantó el revólver y le disparó hiriéndolo en el abdomen, luego tiró el arma al suelo, nadie le hizo nada al oficial. Les quitaron las armas, volaron la torre y se retiraron. En esa época se enviaba a los heridos graves o de consideración a la Capital. El viaje de Guillermo duró tres penosos días; cuando llegó a manos de nuestros médicos, era muy tarde; la bala le había destrozado el bazo y la infección era generalizada. Antes de morir, me dijo: ¡No soy ningún cobarde, nunca lo fui! ¡Soy consciente de que en mi vida he cometido muchos errores, ciertamente he sentido temor muchas veces, pero no soy cobarde!... ¡Haz el favor de hacer llegar mi más grande respeto y saludo al Presidente!... Recordamos algunas travesuras de nuestra juventud y de las profundas tinieblas de su vida descendió a la más profunda noche con una sonrisa en los labios.

...

...

-Por eso disparé... pude haberlo matado, pero no lo hice. Entre ellos y nosotros existe una gran diferencia. Ellos defienden los intereses de una minoría, de los pocos que tienen el Poder en sus manos, que nos oprimen y explotan sin piedad. Nosotros defendemos los intereses de las grandes mayorías, del pueblo, de los oprimidos y explotados que algún día tendrán el Poder en sus manos para establecer el reino de la felicidad sobre la Tierra. Ellos violan las leyes de la guerra; asesinan prisioneros, rematan heridos, violan mujeres, asesinan niños y ancianos. Cuando nosotros combatimos no nos basamos en la fuerza de nuestras armas, sino en la fuerza de la razón, de nuestros principios, de nuestra moral, de

nuestra ideología. Sabemos que tarde o temprano triunfaremos porque nuestra causa y nuestra guerra son justas. De ahí que, cuando ganamos una batalla, nos damos el lujo de curarles sus heridas; explicarles las razones de nuestra lucha, explicarles cómo y por qué ellos son usados como carne de cañón por el Gobierno y la reacción; y pedirles que regresen a sus tierras o que se pasen a nuestras filas. Eso es lo que hacemos con los soldados, pero a los oficiales los sometemos a juicio, y si se les descubre culpabilidad, es decir si se demuestra que han dado órdenes de asesinar al pueblo, los ejecutamos; si son inocentes, si actúan de acuerdo a las leyes de la guerra, los dejamos en libertad porque nosotros aún no estamos en condiciones de tomar prisioneros. Y actuamos así porque la justicia, hoy y aquí, está en las manos del pueblo. Y la voluntad del pueblo es orden para nosotros.

...

...

-¿Sabes cómo murió mi mamá?

-No, Venancio, no lo sé.

-Mi papá y mi mamá apoyaban a los compañeros, cuando pasaban por nuestra comunidad les daban alojamiento y comida. En retribución a sus atenciones, las compañeras le enseñaban a leer y escribir a mi mamá, y a mi papá le enseñaban algo de artesanía. Eso pasaba mucho antes de que empiece la guerra, cuando yo era un niño. A los pocos meses del inicio de la guerra, los compañeros trajeron a una compañera herida y mi mamá la escondió en nuestra casa. A los días, nos avisaron que los guardias estaban recorriendo las comunidades. La mayoría de los hombres y algunos niños nos escapamos, mi mamá se quedó para esconder a la compañera, también se quedaron otras mujeres, algunos niños y ancianos enfermos que no podían caminar. Llegaron los guardias y empezaron a rebuscar por todos lados hasta

que encontraron a la compañera. Después juntaron a todos los que encontraron y los metieron en una casa, eran más de veinte. Después tiraron granadas adentro y cerraron la puerta. No contentos con eso se dedicaron a quemar todas las casas una vez que robaron lo poco que teníamos de valor. Cuando regresamos, todos quedamos muy tristes por lo que vimos. Nos tuvimos que mudar a otra comunidad. Mi papá junto con otros hombres y mujeres se fueron a luchar al lado de los compañeros...

...

...

Los recuerdos los abrumaban, permanecieron en largo silencio hasta que oyeron un llanto quedo, luego otro y aún un tercero. Ellos mismos sintieron que el calor de sus lágrimas les quemaban las mejillas antes de confundirse con las gotas de lluvia en su rostro. Se dirigieron al grupo que dormía, dos compañeras y un compañero dormían inquietos y lloraban. Los despertaron y les preguntaron si les pasaba algo. -No-, dijeron aún medio dormidos. Los abrigaron y regresaron al lugar de vigilancia.

Raúl sentía que algo le oprimía el pecho, sentía una extraña necesidad de abrir su corazón y dejar salir toda aquella carga de sentimientos que lo tenían preso de angustia.

-Hasta en sueños lloramos nuestras penas. Con el tiempo hemos aprendido a no tener amigos, sino sólo compañeros y camaradas. La vida y la muerte nos une y nos separa con increíble rapidez. Todos hemos perdido a alguien en esta guerra. ¡Y eso que recién es el inicio! ¿Pero por qué tienen que matarnos tan salvajemente? ¿Por qué tanta barbarie y ensañamiento contra nosotros?... ¡Porque saben que los vamos a derrotar! ¡Porque saben que seguiremos luchando hasta el triunfo final! ¡Porque saben que no nos rendiremos! ¡Porque saben que, pase lo que pase, jamás dejaremos las armas! ¡Porque

saben que el futuro nos pertenece! ¡Nada ni nadie podrá partirnos, como tú bien dices, Venancio! ¡Tenemos una obligación histórica que cumplir, y la cumpliremos hasta la toma del Poder por el pueblo y para el pueblo!...

...

...

-A la muerte de Guillermo siguió la de César, destacado como mando militar a un pueblo importante en el sur de los Andes Centrales. Intentaron tomar el puesto policial, ubicado frente a la plaza de armas, una madrugada. La resistencia que pusieron los del retén fue considerable. Hacia las diez de la mañana, el mando político, cometió un error que le costó la vida. Se aproximaba por un costado del frontis del retén, cuando vio que de una ventana colgaba una metralleta; a rastras se acercó hasta ella y dio un tirón, pero no se desprendía; al segundo intento apareció por la ventana el cañón de un fusil y apuntando hacia abajo soltó una ráfaga que acabó con el compañero. Todo había sido un ardid, y nos costó muy caro sacar lección del error. Los minutos iban pasando, la población estaba en los alrededores de la plaza y a cubierto del fuego cruzado. Aplaudían, daban vivas y cantaban apoyando a los combatientes del pueblo. En lo alto empezaron a oírse los motores de dos helicópteros, al parecer sus ocupantes no se percataron de nada y después de dar algunas vueltas siguieron de frente perdiéndose en el horizonte. El mediodía estaba próximo, el Sol calentaba a plomo y era la primera vez que se combatía a plena luz del día. La munición empezaba a escasear y el entusiasmo de los combatientes a decaer; la pérdida del mando político los había afectado, no se avanzaba ni un milímetro. César estaba al mando de la operación militar y al parecer no vio otra salida, salvo la de dar el ejemplo. -¡No existe el sacrificio, sólo la oportunidad de servir! -se dijo para sí mismo. Preparó una bomba incendiaria

y atravesó en zigzag la plaza, al tiempo que disparaba su metralleta. En cuestión de segundos llegó al frente del edificio, a través de una ventana lanzó la bomba hacia adentro; trepó la ventana y se metió al edificio disparando y dando vivas al Presidente. Los demás combatientes le siguieron los pasos. El puesto policial quedó envuelto en llamas y los guardias rendidos fueron llevados al centro de la plaza... El cuerpo sin vida de César fue enterrado a veinte kilómetros del lugar donde combatió y venció al enemigo, dejándonos una lección de valor para todos nosotros. ¡César, el amonestado, el llamado a la reflexión...! ¡Fue su victoria personal y esta vez no podrán arrebatársela...!

...

...

-Después de algunas experiencias negativas, la Dirección del Partido dispuso que los heridos no fueran enviados a la Capital, por eso se desplazó a los médicos y a todo el personal auxiliar hacia las zonas de operaciones. Así fue cómo Robles llegó a las zonas altas. Era un tipo extraordinario, de una sencillez y humildad admirables. Su paciencia y bondad eran ilimitadas. Durante un tiempo, en la Capital, antes de su partida, le serví de chofer y recorríamos la ciudad de arriba abajo, de casa en casa, de herido en herido, de enfermo en enfermo, de día y de noche. Yo terminaba rendido de cansancio mientras él estaba tan fresco como al empezar la jornada. No sólo se preocupaba por curar las heridas físicas de los guerrilleros, sino que se daba tiempo y maña para conversar con ellos de todo tipo de cosas; de fútbol, cine, arte, música, política y cualquier otro tema que te puedas imaginar. Era delgado y las gripes le duraban mucho tiempo. Cuando se unió a uno de los pelotones del Regional Principal, la zona estaba bastante agitada y desde el inicio él estuvo muy ocupado atendiendo no sólo

a los combatientes, sino también a los campesinos de las comunidades por donde pasaban. Después de una acción militar fueron perseguidos por los sinchis, un cuerpo especial antisubversivo de la guardia civil. Al parecer él no estaba en buenas condiciones de salud y se rezagó en la marcha. Durante un tiempo se mantuvo oculto hasta que fue descubierto, no llevaba armas, salvo sus instrumentos de operación para casos de emergencia. Fue salvajemente golpeado para que delatara la dirección en que se dirigía el pelotón, no dijo nada... Lo tiraron al suelo, le pusieron la cabeza de costado contra el suelo y a punta de golpes le atravesaron el cráneo con una barra de acero hasta clavarlo contra el suelo... Así fue cómo lo encontraron una semana después los campesinos que tanto lo querían. Le dieron cristiana sepultura y hoy su cuerpo reposa en paz debajo de alguna de las tantas cruces sembradas en nuestros cerros...

-¡Lo que hacen esos hijoeputas no tiene perdón de Dios!

-¡Ni de Dios ni del hombre, Venancio, ni de Dios ni del hombre...!

...

...

-Gregorio era un moreno simpático y alegre que había servido como suboficial de la marina de guerra. Una noche, estando de acuerdo con cinco de nuestros compañeros, desarmaron a todos los centinelas de una estratégica base aérea en la Capital, serían unos quince más o menos. Y Gregorio se pasó con armas y todo al lado de la revolución. En la Sierra demostró que tenía una puntería increíble y, con su fusil, llegó a derribar un helicóptero. Tiempo después su pelotón cayó en una emboscada y fue casi por completo aniquilado, sólo tres compañeros lograron escapar. Los demás cayeron en combate o fueron rematados en el mismo lugar. Gregorio

cayó herido y fue reconocido por un oficial de la marina de guerra. Lo subieron a un helicóptero y lo pasearon sobrevolando varias comunidades campesinas. Le habían atado los pies con una soga y boca abajo iba colgado fuera del helicóptero. Minutos después el helicóptero tomó altura y aún con vida Gregorio fue lanzado al vacío. Cuatro días más tarde enterramos lo que quedaba de su cuerpo.

...

...

-¿Mañana nos enterrarán a nosotros?

-¿Quién sabe, hijo, quién sabe?... Lo importante es cumplir bien la jornada y no olvidar que por cada uno de nosotros que muera en combate habrá diez dispuestos a tomar nuestro lugar.

...

...

-¿Sabes?... ¡Quince años duró la preparación de la guerra! Nunca fue un problema de armas, ni de cantidad de hombres. ¡No! Era un problema de ideología, de política. ¡Quince años...! En esos años de preparación el Partido creó cientos de escuelas populares, que hasta hoy juegan un papel destacado, trascendental y muy importante en la lucha revolucionaria; allí, conjugando la teoría con la práctica, se forman ideológica y políticamente los dirigentes, cuadros y las masas populares.

En esos quince años miles de hombres y mujeres pasaron por las filas del Partido y sus organizaciones, al final quedaron los mejores. Se podría decir un puñado. Todos esos años de lucha ideológica y política nos dieron lo más valioso que tenemos: el Presidente, nuestro maestro, nuestro guía. También nos dotaron de una ideología, una política, un programa, una línea militar, un sistema de dirección, es decir los organismos encargados de dirigir el Partido y sus organizaciones, y muchas otras

cosas más. El Partido, bajo el mando del Presidente, se hizo maduro y se echó a andar. Al principio estaba integrado en su mayoría por profesores y estudiantes; por intelectuales más unos pocos obreros y campesinos. Iniciada la guerra ese fenómeno se trastrocó, hoy más del ochenta por ciento de sus miembros son campesinos y obreros.

Iniciamos la guerra en las alturas de Ayacucho en un rincón apartado del mundo. Aquella vez éramos unos cuantos cientos en todo el país; y no más de quince combatientes armados con palos y unas cuantas carabinas de bajo calibre, dieron el grito de inicio de la lucha armada. Nadie tenía una preparación militar propiamente dicha; eso se fue aprendiendo luchando. Nuestra formación, como ya te dije, fue básicamente ideológica y política. La mayoría de los que hoy somos mandos militares, en algún momento hemos sido mandos políticos. Los mandos políticos son los mandos principales; como representantes directos del Partido dirigen todo y entre otras cosas su obligación es velar por la pureza de la línea del Partido y su aplicación en la práctica. Los mandos militares nos encargamos de plasmar y llevar adelante los planes militares trazados por el Partido y estamos bajo el mando de los mandos políticos. Así fue cómo se inició la lucha armada.

Hoy la guerra popular se desarrolla casi en todo el país y tenemos bajo nuestro control una novena parte del territorio nacional, somos varios miles de combatientes que nos movemos en un ámbito de casi un millón de habitantes, en su mayoría campesinos pobres; se está barriendo la semifeudalidad; la tierra se ha repartido entre las comunidades y se la trabaja colectivamente; los primeros gérmenes del nuevo Estado surgen y el pueblo, por primera vez tras siglos de lucha, ejerce el Poder con sus propias manos en las bases de apoyo,

que ya suman más de diez. Hemos derrotado en toda la línea a las fuerzas policiales con sus más de ochenta mil hombres en armas. Hoy, el ejército reaccionario con sus cuatrocientos mil soldados armados hasta los dientes nos persiguen a lo largo y ancho del país, es posible que nos ocasionen derrotas, posiblemente algunas de ellas muy fuertes y duras de soportar, pero sabremos salir adelante. Mientras uno de nosotros quede con vida, sabrá salir adelante, derrotar al enemigo y el pueblo tomará el Poder, a condición de persistir, persistir y persistir; no deponer las armas, nunca, bajo ninguna circunstancia, por adversa que ésta sea. Hemos empezado esta guerra y no pararemos, pase lo que pase, cueste lo que cueste, hasta lograr nuestro objetivo: ¡El Poder para el pueblo! Las personas somos pasajeras, los principios, inmortales. No capitular, no rendirse, no entregar las armas: ¡Eso hacemos y eso haremos hasta el triunfo final!

...

Estuvieron largo rato escuchando caer la lluvia sumergidos en sus propios recuerdos, en sus propias penas, en sus propias esperanzas... Unos pasos los sobresaltaron hasta el punto de empuñar sus armas.

-¡Calma, compañeros, calma...! ¿De tanto hablar han perdido el oído o qué? -preguntó Felipe mientras se acercaba con una sonrisa de oreja a oreja.

-¿Se puede saber a qué hora piensas descansar, Raúl?

-¿Qué hora es?

-¡Cinco y diez!

-¡Cómo vuelan las horas! Ya pronto estaremos en marcha otra vez.

-Vayan a dormir por lo menos una hora. Yo me encargaré de la guardia y de despertar a los compañeros.

Se dieron un abrazo y se encaminaron hacia el grupo.

-¡Eh...!, Venancio -susurró Felipe-. ¿Cómo te sientes?

-Bien, muy bien.

A Raúl lo despertó el rítmico golpeteo de las gotas de agua contra la cobertura de plástico que cubría su cabeza; la lluvia se había tornado un poco más fuerte que antes. Era un sonido grato lleno de paz y tranquilidad, pronto volvió a dormirse. Cuando abrió los ojos aguzó el oído... nada, la lluvia había cesado. En algún lugar un ave piaba. Lentamente se puso de espalda, se descubrió y asomó la cabeza tras el plástico. Un amanecer de un plumizo claro. Frente a él se bañaba una perdiz en un charco formado por la lluvia, con su rojo pico hurgaba la tierra alegremente; al escucharla piar se podría pensar que hasta reía de felicidad. Raúl silbó tratando de imitarla, la perdiz movió de un lado para el otro la cabeza, sus miradas se cruzaron, la perdiz dio un salto y a medio volar fue a parar sobre el pecho de Raúl, pió, sacudió sus alas haciendo saltar finas gotas de agua de su bello plumaje castaño, blanco y negro. Giró la cabeza varias veces en redondo y sus miradas volvieron a cruzarse, Raúl sonrió, la perdiz pió y, dando saltos, desapareció dejando en Raúl un dulce y contradictorio sentimiento de júbilo en medio de una batalla.

Aspiró hondo y miró su reloj; diez para las seis, se incorporó un poco y distinguió a Felipe en su puesto, encorvado de frío bajo el poncho de colores. Venancio dormía junto a Raúl, al verlo recordó su sueño. -¡Cómo han cambiado los tiempos! ¡Hoy los niños empuñan las armas para liberar nuestra patria! -se dijo para sí. Lentamente volvió a recostarse sobre el hombro derecho. Se sentía algo cansado y los huesos le dolían por el frío, tenía la ropa húmeda y un dolor de cabeza soportable.

En sus sueños habían pasado, una detrás de otra, escenas con su padre. Recordó cómo cuando muy niño se acercaba a su escritorio para hacerle mil y una preguntas. ¿Por qué se mueve el Sol? ¿Por qué es blanca la luna? ¿Por qué hay viento? ¿Por qué cae agua del

cielo, papá? Siempre recibía una respuesta precisa, y se pasaba horas de horas dándole vueltas a las respuestas que recibía, como quien saborea un delicioso manjar. Las estrellas lo fascinaban desde niño. En vano esperó largos años a que su padre le regale un telescopio, tal como se lo había prometido una navidad, para ver las estrellas más de cerca y bañarse con su luz. Y años tardó en comprender por qué nunca tuvo uno en sus manos. Soñó con aquellos días en que caminaba tomado de la mano de su padre y lo llevaba a través del campo para pintar con acuarela sobre cartulina, blanca de toda blancura, una de las treinta y tres iglesias; o para pintar hermosos paisajes sembrados de casas con sus techos, de teja roja y brillante, bañados por los rayos del Sol; o para pintar ese bello arco de piedra con una cruz roja en el centro. En sueños se le presentaron aquellos días de lluvia en que solían quedarse en casa, y miraba con embeleso a su padre pintar a la acuarela a Don Quijote y a Sancho bajando del cerro que tenían, allá a los lejos, frente a su ventanal. ¡Cuánto sabe mi padre y cómo pinta! Me enseñó a observar obras de arte, a oír música clásica y a leer un montón de libros. ¡Sí!, de libros, un cerro de libros, muchos de ellos, libros de contenido revolucionario. En su sueño se vio y se escuchó hablando solo en un rincón oscuro de la casa, mientras esperaba a que regrese su padre. Y su padre no volvía porque estaba en prisión, estaba en prisión por apoyar el movimiento de campesinos rebeldes a la Ley Agraria, y por luchar por la gratuidad de la enseñanza. Y soñó con su madre, que en tiempos de dificultad sabía llevar la barca a buen puerto sin detenerse ante ningún obstáculo. En su sueño los vio de rodillas abrazados en un abrazo tierno, de amor. Y los oyó llorar. ¡Mis padres...! Y en su sueño lloró con ellos... Lloró en el mar y no se desbordó... Y una mano emergía desde el centro de un lago tratando de asir el

firmamento... Y en su sueño trató de escribir un poema:

Imaginando tu rostro,
allá en lo alto del cerro,
tendré la fuerza para asaltarlo,
y me darás el valor para lograrlo.
Y plantaremos nuestra Bandera;
el futuro será esperanza,
y la vida otra vez florecerá,
porque tu sangre derramada,
jamás será olvidada.

¿Ruth, dónde estás? ¡Tú sí que sabías escribir poemas! Yo nunca aprendí. ¿Te acuerdas de la flor de la retama? ¿Y de aquel poema que te escribí y que tú entre risas lo mejoraste, y que años después alguien lo modificó y hoy es una canción conocida? ¿Te acuerdas cuando tomados de las manos nos sorprendieron los primeros balazos, aquel junio de nuestra juventud, y de cómo luchábamos por la gratuidad de la enseñanza en medio de las polvorientas y ensangrentadas calles de nuestro querido Ayacucho? ¿Te acuerdas cuando nos volvimos a ver, doce años después? La guerra ya había empezado y a ti te habían rescatado de la prisión. Estabas alegre y te ibas a casar. Estabas feliz, como siempre, nos abrazamos y nos deseamos buena suerte... ¿Me perdonarás algún día el que no haya podido ir a tu entierro? Veinte mil almas fueron a despedirte, acompañándote en un último recorrido por nuestras calles tan queridas... Nuestra Bandera cubría tu lacerado cuerpo... ¿Por qué, por qué se ensañan con nosotros,... por qué,... por qué...?

Cuando despertó, la lluvia había cesado. En algún lugar un ave piaba...

No me vas a creer, hermanito, pero esa mañana

prefería morirme. Estaba demasiado cansado, no había dormido casi nada, claro, en el último mes nadie había dormido a gusto. Tenía el cuerpo machacado; me dolían hasta los pelos, la cabeza la sentía muy pesada sobre los hombros, estaba completamente mojado, los pies se me habían hinchado dentro de las botas, tenía los músculos de piedra y no querían obedecerme para nada. La conversación con Venancio me había abierto viejas heridas, pero a la vez me había liberado de una angustia que roía mis entrañas. En lo poco que dormí soñé con mis padres y con... Tenía un sancochado en la cabeza, me daba vueltas, y los huesos me quemaban de dolor. ¡Pero qué va! ¡Yo no era el único! Todos andábamos en lo mismo, poco a poco los compañeros se fueron despertando, me miraban tumbado sobre el suelo, y se volvían a tapar la cabeza con el plástico. Alguien gritó: ¡No se muevan mucho que va a llover otra vez! Y tenía razón, porque sobre el plástico se habían formado varios charcos de agua. Nos pusimos a conversar, en un extremo alguien contaba un chiste y los que estaban cerca de él se reían a mandíbula batiente. Yo pedí que lo cuente en voz alta, que quería escuchar... Una vez Jaimito estaba en la ducha y...

-¡Ajá! ¡Pero qué tenemos aquí! ¡Un Congreso de remolones o qué! -se escuchó tronar a Felipe fuera del plástico-. ¡A levantarse, tira de holgazanes, dormilones cuentachistes, que no se dan cuenta que ya es las doce del día!

-¡Ya, ya, claro... cómo no, mamaíta, ya voy por el pan... pero más tarde, que es domingo y hoy no tengo clases...!

-¡Felipito de mi corazón! ¿Ya preparaste el mondongo...?

-¡Yo quiero café con leche!

-¡Ponle mantequilla y queso al pan, por favor!

-¡Si el abuelo sigue echado...! ¿Para qué nos vamos a levantar?

-¡A levantarse, que los soldados andan cerca! -bramó con voz ronca Felipe.

Varios se levantaron de golpe, volcando el plástico y haciendo saltar el agua por todas partes. Felipe se carcajeaba de felicidad, nunca lo había visto así de contento, siempre andaba serio, en el mejor de los casos sonreía con una sonrisa agradable y sincera.

-¿Así que mondonguito, cafecito y mantequillita, no? ¿Ah, cómo les quedaron los pelos del susto? -y volvía a carcajearse golpeando el suelo con los pies.

Entre bromas y risas se fueron levantando y desperezando uno a uno, levantaban los brazos hacia el firmamento, movían los pies, se agarraban la cintura y la giraban ora a derecha ora a izquierda, hacían flexiones, bostezaban, y se contorsionaban de las formas más increíbles. Yo permanecía en el suelo, me puse de espalda, levanté las manos hacia el infinito, cerré los puños con fuerza, giré las muñecas hasta hacer crujir mis huesos y bajé los brazos lentamente hasta colocar las manos detrás de mi cabeza, miré hacia el cielo y creí ver unos ojos pardos cenizos, brillantes y transparentes escondidos entre las nubes. Sonreí y me quedé así una eternidad. Felipe se me acercó, se inclinó hacia mí y con voz grave me preguntó si todo no había sido una exageración y si había cometido un error. -¡Claro que no, hombre! -le dije-. ¡La revolución la hacen los hombres de la Tierra y no los ángeles del cielo! ¿Por qué no podemos divertirnos un poco? ¡Eso no es una falta de respeto ni nada malo! No hay problema, sólo que debemos aprender cómo, cuándo, dónde y qué tipo de bromas se hacen. Le tendí la mano y me ayudó a ponerme de pie. -¡Bueno -dije-, se acabó la fiesta! ¡A ordenar las cosas y a desayunar con mantequillita, quesito y cafecito! ¡Cuando

lleguemos a la base vamos a organizar una jarana de rompe y raja!-. Hubieses visto, hermanito, el griterío que se armó; aplaudieron, gritaron y hasta zapatearon. Se sentían felices y yo también.

Mientras ordenaban las mochilas, sacudían los plásticos y se mudaban ropa mojada por húmeda, iba saludando y conversando con los heridos; un poco de fiebre, dolor de cabeza, dolor muscular pero nada grave. Raúl había ordenado prender una fogata para hervir hierbas y tomar algo caliente a falta de café. Desayunaron raíces bañadas en queso y mantequilla de lata, las últimas que les quedaban. Guardaron algunas latas de sardina y fruta en conserva para el camino. Apagaron el fuego, cavaron un hueco, echaron dentro los desperdicios, echaron la tierra encima, se pusieron las mochilas en la espalda, rastrillaron fusiles y metralletas, se pusieron en fila india y esperaron la voz de mando, y entre cánticos se echaron a andar. Los dejó reír y hablar un buen rato. Luego gritó: inúmeros!, y él empezó uno, tras de él escuchó dos, luego tres... Después de pasada la lista sabían que debían guardar absoluto silencio.

La mañana transcurrió sin incidentes, no hubo necesidad de descansar en ningún momento, la verdad era que esa noche, todos, salvo Venancio y Raúl, habían dormido mejor que nunca, se levantaron alegres, rieron, y mantenían la moral en alto. Hacia el mediodía, lejos de las previsiones de Venancio, llegaron cerca del río. Vieron levantar la mano a Raúl y se pusieron de cuclillas con las armas en ristre. Un silencio sepulcral reinaba en la zona. A una seña, Venancio, agazapado, se adelantó para reconocer el terreno. A los diez minutos regresó.

-Todo parece en orden, pero no me gusta -susurró al

oído de Raúl.

-¿Qué no te gusta?

-No sé, algo...

-Bueno. ¿Pero el río está cruzable?

-Sí, un poco cargado, pero se puede caminar. Tienes que tener cuidado de no subirte a las piedras grandes que hay en el fondo del río, no te subas sobre ellas porque son resbalosas y te puedes caer.

-¡Ya lo sé, una vez me rompí el alma por hacer esa tontería!

-Disculpa, no sabía...

-¿Cuánto podemos acercarnos?

-Bastante, a casi dos metros del río. Hay buena protección.

-¿Y después de cruzarlo?

-Allí está jodido... Disculpa.

-Sigue...

-En verdad hay buena protección, pero dispersa. Hay muchas rocas, bastantes arbustos y suelo bien disparejo. El problema es alcanzar la cañada. Son casi doscientos metros, y será muy lento...

-Bien, para caso de emergencia debemos establecer al frente un grupo de defensa. Cuando esté en la zona de cruce voy a ver y establecer los lugares. Vamos a cruzar Felipe, Domingo, Anastasio, María y yo. Establecemos la defensa y los demás deben cruzar sin parar hasta la cañada y de allí a la base a bailar y listo, se acabó.

-¿Y yo qué? -preguntó Venancio-¿Que me parta un rayo? ¿Tú nos vas a enseñar dónde pisar?

-Bueno, bueno, bueno -sonreía Raúl-, serás el primero en cruzar. Pero te vas de frente hasta la entrada y de allí guías a los compañeros.

-Está bien, pero me voy después de que se acomode el grupo de defensa.

-¡Así sea! -bromeó Raúl.

Se pusieron en marcha, llegaron cerca del punto de cruce y se recostaron contra la falda del cerro. A la derecha de ellos tenían un campo estrecho y, a descubierto, una orilla del río; el único lugar por donde se podía cruzar a pie, cinco metros de ancho, tal vez un metro treinta de profundidad, corría suavemente hacia la costa. A sus espaldas quedaban las alturas y los cerros helados. A la izquierda crecía desordenadamente la falda de un cerro caprichoso con demasiados accidentes. Al otro lado de la orilla había una planicie de unos cien metros de ancho por doscientos de largo que corría hacia adelante junto con el río. Estaba sembrada de rocas grandes y pequeñas, arbustos de todo tamaño y forma, huecos y pequeñas hondonadas; después de la planicie, más allá de los cien metros, empezaba a levantarse la tierra hasta formar dos cerros imponentes cortados por una cañada; el camino a la base de apoyo, el camino a la libertad.

Oteó la otra orilla y decidió tras corto intercambio de opiniones los lugares que debían ocupar como posiciones de defensa.

-Suerte, Venancio -le dijo apretándole un hombro con la mano derecha-. ¡En marcha!

Fue casi a rastras hasta la orilla, metió los pies en el río, avanzó unos pasos y el agua le llegaba ya al pecho, avanzaba con agilidad y soltura. Todos lo observaban para aprender el camino a seguir. En la mitad del río, levantó el arma sobre la cabeza, tenía el agua a la altura de la nariz. Tomó sin dificultad la otra orilla, corrió y tropezó con algo, cayó, giró sobre su espalda con mochila y todo, se incorporó y volvió a correr, llegó a la altura de una roca y se protegió tras ella, levantó la cabeza, miró en redondo, se agachó e hizo una señal: ¡El siguiente!

Felipe cruzó con menos agilidad que Venancio. Llegó a su piedra. Venancio repitió la señal.

Raúl dio un paso para adelantarse y cruzar, pero cayó

al suelo; un pasador de la bota se le había aflojado y enganchado en una rama.

-¡Carajo!

-Yo me adelanto, compañero -dijo Domingo, al tiempo que alcanzaba la orilla.

Llegó a la mitad del río, movió violentamente la cabeza hacia un costado, su cuerpo se levantó un poco sobre el agua y luego se sumergió. Segundos después escucharían el disparo. Varios metros adelante salió a flote el cuerpo sin vida de Domingo, que era arrastrado por la corriente hacia la costa. Una lluvia de balas azotó su cuerpo y el río; los dos metros frente a la fila de combatientes; la falda del cerro; y toda la planicie de la otra orilla. Dos ametralladoras pesadas y varios fusiles vomitaban plomo sobre los guerrilleros. Venancio y Felipe estaban hechos unos ovillos detrás de sus piedras, las balas zumbaban por arriba y los costados, hacían saltar trozos de piedra y tierra por doquier. Los demás combatientes se resguardaban pegados a la falda del cerro.

Quince largos minutos duró el tiroteo.

-¡Qué idiotas, cómo gastan balas!

Lo tiros se hicieron esporádicos.

-¡Venancio! ¿Puedes ver dónde están?

-¡No, pero me imagino dónde!

Y empezó a gritar, mientras las balas zumbaban sobre su cabeza, una serie de instrucciones de cómo podían acercarse y ponerse encima de los atacantes.

Raúl pidió dos voluntarios y todos levantaron la mano.

-Gracias, gracias, compañeros -dijo con un nudo de emoción en la garganta.

-Ya han escuchado -prosiguió-, no hay muchas posibilidades. María y Anastasio vienen conmigo. Recojan todas las granadas y Cocolas, que cada combatiente se quede con dos cacerinas y que entregue el resto de

munición para fusil que le quede.

María y Anastasio se despojaron de sus mochilas y vaciaron al suelo su contenido, Raúl hizo lo propio con la suya mientras los demás ponían sobre el suelo las Cocolas y granadas que llevaban, así como las balas de fusil que les sobraban.

Metieron lo que necesitaban en las mochilas, revisaron la carga de las tres cacerinas que cada uno llevaba amarradas una con otra, y separaron el resto de las cacerinas y la munición suelta formando varios paquetes.

-Bien, compañeros. El plan es el siguiente: Vamos a acercarnos lo más posible al enemigo, ya han escuchado que no es muy fácil, pero tenemos bastante granadas y podemos tirárselas aunque no les demos de lleno; por lo menos las piedras y tierra que arranquen las explosiones estorbarán su posición de tiro. Ése es el momento que tienen que aprovechar. Los primeros en pasar deben entregar munición a los compañeros del otro lado para que los cubran lo mejor posible. Miguel, toma el lugar de Venancio y que salga; si no quiere, sácalo de allí como sea, tienes mi autorización. Nadie más debe quedarse. La orden es correr hasta la entrada y ponerse a cubierto; una vez todos allí, iniciar la marcha hacia la base sin esperarnos, ¿entienden?, sin esperarnos, es una orden. Justina, quedas al mando. Todos, incluso tú, Lupe, quedan bajo el mando de Justina. Y tu tarea, Justina, es llevar a todos los que crucen a la base sin esperarnos. ¿Está claro?

-¡Como el agua!

-Bien, cuando nosotros estemos en posición vamos a tirar chocolates y gaseosas; después de la tercera explosión, no antes, deben empezar a cruzar. Deben esperar a que cesen de zumbar las balas por aquí. Sólo entonces, crucen en forma ordenada y sin desesperarse.

Suerte para todos. ¡Viva el Presidente!

-¡Viva, viva, viva!

Se echaron las mochilas a la espalda e iniciaron el ascenso. De rato en rato las balas silbaban y el eco de los disparos rebotaba en los cerros.

Les llevó más de veinte minutos posesionarse del mejor lugar. Echaron el contenido de las mochilas al suelo y se distribuyeron lugares separados uno del otro por más de cuatro metros. No tenían buena visión del lugar donde estaban parapetados los soldados, pero podían ver las puntas de las ametralladoras que de cuando en cuando disparaban haciendo correr la cinta de cartuchos, y podían ver saltar y escuchar el golpe de los casquillos contra las rocas. A una señal lanzaron los tres juntos, primero granadas de fragmentación y luego Cocacolas. Hicieron sus cálculos; una granada había pasado de largo y las demás habían explotado a unos tres metros por encima de los soldados, nada mejor. Los de la tropa se desconcertaron y abrieron fuego nutrido en todas direcciones. No hay problema, dijeron, no somos blanco para ellos ni ellos para nosotros, pero tenemos la ventaja de las bombas. Y salió una nueva andanada de Gaseosas, luego dispararon ráfagas de chocolate con el único objetivo de aparentar un ataque masivo por la parte alta. Los que estaban cerca al río aprovecharon para iniciar el paso. Miguel fue el primero, se aproximó a Felipe, le entregó diez cargadores, luego saltó hacia el lugar que ocupaba Venancio.

-Venancio, dice Raúl que salgas de aquí y vayas hacia la salida, allí debes esperar a todos los que puedan cruzar y guiarlos hasta la base, Justina queda al mando. La orden es partir sin esperar a Raúl; María y Anastasio están con él. Arranca.

-¡No me voy!

-¡Ya he dicho lo que tienes que saber! Arrancas o te

llevo a rastras fuera de aquí, tengo orden expresa de Raúl para sacarte como sea. ¿Entiendes?

Mientras tanto, llegó Justina y dejó diez cargadores más. Tomó de la mano a Venancio y partieron a la carrera hacia la cañada. Felipe disparaba lo mejor que podía, en el cerro se sucedían una tras otra las explosiones y los disparos.

Llegaron Filomeno y Carmen, dejaron las últimas cacerinas y siguieron de largo. Felipe y Miguel avanzaron en zigzag hasta una gran roca, desde allí tenían mejor posición, pero pocas esperanzas de pegarle un tiro a alguno de los soldados.

Una hora y media había transcurrido insensiblemente. Aún faltaban cruzar cinco compañeros. Felipe y Miguel habían agotado casi la totalidad de cacerinas y se preparaban a retroceder. Los del cerro tenían granadas y munición aún para una media hora, nada más. Los soldados habían mejorado sus posiciones, tenían el río otra vez a tiro y lo barrían a plomo de vez en vez. Los cinco esperaban su turno con impaciencia, desde la cañada les hacían señales para que esperen.

Súbitamente cayeron sobre los soldados una granizada de plomo seguida de explosiones de granadas.

-¡Instaladas! -gritó Raúl-. Se refería a unos cohetes de alto poder explosivo disparados por fusiles; algunos de ellos capaces de perforar un tanque.

-¡Son los nuestros! -gritaron a coro.

Y se apresuraron a seguir lanzando Cocalas. Hasta que una explosión a sus espaldas los cubrió de tierra.

-¡Retirada, a prisa!

Y se despeñaron cerro abajo mientras nuevas explosiones se producían en los lugares que acababan de abandonar.

Cuando llegaron al río ya no había nadie, Felipe y Miguel no estaban en la otra orilla y en los alrededores

de la cañada no se distinguía ni un alma.

-¡Muy bien, muy bien, disciplina ante todo! -Y los tres juntos cruzaron a la carrera el río. Corrían hacia la cañada cuando María dando un grito cayó a tierra, Raúl y Anastasio regresaron hacia ella, la tomaron por las piernas y axilas, la levantaron en vilo, arrancaron hacia la cañada, llegaron a ella con el corazón en la boca, y chorreando de agua por todos lados se tumbaron sobre el suelo.

-¿Cómo estás? -preguntó Raúl jadeando.

-Hierba mala nunca muere, ¿no, compañero?
-respondió María poniéndose un trapo sobre la frente. La bala, al rozarle, le había abierto la carne sobre la ceja izquierda.

El tiroteo amainaba, Raúl se acercó a la planicie y observó cómo los soldados huían en desbandada, algunos cuerpos pendían entre las rocas o estaban regados entre los arbustos. Iniciaron el camino de regreso a casa.

Poco más tarde los tres dieron alcance al pelotón. Abrazos, lágrimas, risotadas, bromas, arengas, vivas...
¡Gonzalo las masas rugen y los cielos se estremecen...!

Rosita Luna se aproximó a Raúl y le rodeó el cuello con el brazo, Venancio le rodeó la cintura, Raúl los tomó por los hombros y se echaron a andar, Felipe los seguía por detrás con una blanca y transparente sonrisa.

Cantaban a todo pulmón cuando se toparon con un pelotón de ciento veinte hombres y mujeres bien armados. Eran sus salvadores. Frente a frente, ambos pelotones, levantaron sus armas en alto, agitándolas; en las faldas de los cerros los centinelas movían, a modo de saludo, las banderas de la liberación de un lado para otro, flameando heroicas e invencibles en el aire. Ciento veinte voces se unieron al canto que se tornó huracanado, melódico, bravo, valiente y pendenciero. Avanzaron lentamente hasta fundirse en un abrazo de

gratitud y solidaridad.

El pelotón al mando de Eduardo estaba de reconocimiento cuando oyeron explosiones de dinamita, que usaba sólo la guerrilla; los de avanzada detectaron el lugar de los soldados, así como la situación y las posiciones del pelotón de Raúl y se lanzaron al ataque.

-¡Ajá! Y de pasada casi acaban con nosotros, que estábamos en lo alto del cerro tirando gaseosas y chocolate para cubrir el paso del río.

-Disculpe, compañero, pero la verdad es que nadie apuntó hacia arriba, deben haber sido granadas fuera de objetivo.

-¡Nada de disculpas! Lo importante es que les han dado duro a los soldados y a nosotros nos han facilitado el cruce. ¡Gracias otra vez! -y rieron juntos.

Al entrar a la base de apoyo daban las cinco de la tarde y los corazones de los combatientes galopaban de emoción dentro de sus pechos. Fueron recibidos por más de mil combatientes y por más de tres mil miembros de base; familias campesinas que se habían replegado junto con algunos de los pelotones. Tiros al aire, nuevos vivas, aplausos, gritos, risas, abrazos...

Raúl abrazaba y era abrazado a cada paso. Frente a él vio a Lupe, Raúl abrió los brazos y se aproximó, pero tuvo que desistir de su intento al mirar los ojos furiosos de ella.

-¡Así que te callas o te callo! ¿No? ¡Ya verán tú y todos tus iguales, militarejo!

Raúl giró en redondo y siguió de abrazo en abrazo.

Por lo general la base de apoyo estaba constituida por unas quinientas personas, entre combatientes y pobladores. Era una base próspera, con buen clima y buena tierra, sus productos abastecían a otras bases y también se intercambiaban por sal, azúcar,

aceite, menestras y otros artículos necesarios para el mantenimiento de la población y de los combatientes, que después de períodos de combate pasaban por allí para breves descansos, recuperar fuerzas, curar sus heridos y proseguir la marcha.

Después del ingreso de las fuerzas armadas a la represión de la guerra popular, desencadenada tres años atrás, la base de apoyo había recibido en su seno, en el último mes, a más de cincuenta pelotones o lo que de ellos quedaba. Muchos de esos pelotones llegaron acompañados de comunidades campesinas enteras, que se retiraban para evitar ser exterminadas por el ejército reaccionario, que había iniciado una contracampaña bajo la orden de "quemar todo, robar todo, matar todo". Hacía una semana que había ingresado el penúltimo pelotón y suponían que Raúl y su gente habían sido aniquilados.

La organización de la base iba por buen cauce: vivienda, alimentación y el estudio, tanto ideológico como político, así como la alfabetización de las masas, estaban garantizados y se desenvolvían con ligeros problemas, pero nada difícil de solucionar.

El aspecto militar también estaba resuelto: turnos y distribución de puestos de vigilancia; patrullas de reconocimiento; armamento de la población con todos los medios al alcance de la mano; tres planes distintos de defensa y repliegue ordenado en caso de ataque; camuflaje adecuado para que desde el aire no se despierten sospechas; y almacenamiento de alimentos para un mes, en caso de emergencia o necesidad de desplazamiento escalonado o masivo.

El trabajo de producción estaba reglamentado de lunes a sábado: cuatro horas de trabajo, rotativo, en la tierra, y dos horas de producción artesanal. Además del trabajo de producción las masas desarrollaban, con entusiasmo y disciplina, dos horas de estudio.

Los combatientes también participaban del trabajo de producción, tanto en la tierra como en la artesanía; además eran responsables de llevar adelante el estudio. Todos los mandos y responsables eran los primeros en acudir al trabajo y dar el ejemplo.

Se había reorganizado, dada las nuevas circunstancias, el enlace y el intercambio de productos con las otras bases de apoyo cercanas, así como la comunicación con las zonas de influencia y la penetración e infiltración en las zonas del enemigo.

Pasado el momento de recepción, se dispuso rápidamente el ingreso de los heridos al hospital de campaña y la distribución del contingente en lugares de descanso, así como el reparto de alimentos calientes para los recién llegados. Tan pronto como Lupe asumió el mando político de la base y Raúl el mando militar, Lupe le ordenó que convocara a una reunión de mandos ampliada; él se dirigió a los miembros del Comité Popular de la base de apoyo:

-Compañeros, deben citar a una reunión de inmediato. Que asistan los mandos políticos y militares de todos los pelotones sin excepción, además que de cada pelotón se invite a dos miembros de base.

-Muchos mandos han caído en combate, compañero.

-Que asistan los que han asumido la responsabilidad.

-¿Bajo qué criterios se seleccionan a los invitados?

-Firme sujeción a la línea ideológica y política del Partido, y una destacada participación en el transcurso de las campañas, pueden ser responsables de grupo o miembros de base... ¿El local comunal nos bastará?

-Claro, siempre está listo.

-Seremos poco más de doscientos, ¿no?

-Sí, más o menos.

-Bien..., además, convoquen a una reunión con las masas para mañana a mediodía; dispongan todo lo

necesario para una celebración de camaradería.

-¿Comida, bebida, música?

-iDe todo!

-Tenemos cuatro grupos musicales.

-iQue se preparen todos!

-¿Y cuál es el motivo?

-iNuestra victoria y la continuación de la guerra popular hasta el triunfo, y así establecer una paz duradera! ¡¿Cuál otro si no...?! Estamos exhaustos pero contentos.

Y todos rieron al unísono. Cuando se aplacaron las risas, Raúl se acercó a Lupe y en voz alta le preguntó:

-¿Compañera Lupe, no cree usted que debe convocar a una reunión del Partido antes de la reunión de mandos políticos y militares ampliada con otros miembros de base?

-iYa veré yo lo que hago!

-iComo quiera...!

El local comunal estaba lleno. Por asientos habían acomodado largas tablas sobre ladrillos, todos tenían un lugar. Al frente estaban dos mesas y siete sillas. Cuando hicieron su ingreso los dirigentes se pusieron todos de pie y se hizo un silencio absoluto. Lupe iba adelante seguida por Raúl; Carlota, comisaria secretaria del Comité Popular de la base; Eduardo, comisario de defensa y responsable de las milicias; más los comisarios secretarios de asuntos comunales, de producción y de educación.

-iBuenas noches, compañeros! -saludó Lupe-. Tomen asiento, por favor.

-iBuenas noches! -respondieron a coro y se sentaron.

Después de los saludos y compromisos de rigor, Lupe dio por iniciada la reunión y cedió la palabra a Raúl.

-Compañeros, les pido que se pongan de pie y guardemos tres minutos de silencio en homenaje y

reconocimiento a nuestros compañeros caídos en la lucha por la liberación de nuestra patria.

Todos se pusieron de pie, el silencio inundó el recinto. Se podía escuchar hasta el latido de los corazones embargados en una profunda tristeza, algunos sollozos rasgaron la quietud, tenían el rostro inclinado en señal de respeto, las lágrimas surcaban algunas mejillas...

...

-iDirigentes, cuadros y militantes del Partido caídos en heroico combate por la liberación de nuestra patria!

-iPresentes!

-iCombatientes del Ejército Guerrillero Popular caídos en heroico combate por la liberación de nuestra patria!

-iPresentes!

-iMasas populares caídas en heroico combate por la liberación de nuestra patria!

-iPresentes!

-i¿Quién los mató?!

-iLa reacción, sus fuerzas armadas y su Gobierno!

-i¿Quién los vengará?!

-iEl pueblo, su Partido y su ejército!

-iViva el Presidente!

-iViva, viva, viva!

Una salva de aplausos estremeció las montañas que imponentes se levantaban circundando la base de apoyo, y retumbaron como cañonazos de advertencia proclamando a los cuatro vientos una decisión irrevocable: ¡la lucha continúa!

Los informes de los mandos de los pelotones se sucedían uno detrás de otro. Las experiencias eran muy similares: Pocos de ellos habían concluido con las tareas asignadas, pero todos los demás habían sobrepasado el setenta por ciento de ellas; se habían constituido cientos de Comités Populares y nombrado sus miembros; se había recuperado un treinta por ciento de las tierras

que comprendían la zona de operaciones del Regional y se trabajaban colectivamente; buena parte de la campaña de siembra se había llevado a cabo; se había combatido con éxito a las fuerzas policiales y se las había desalojado de toda la zona. El ingreso del ejército reaccionario fue una sorpresa para todos y, salvo unas pocas capitulaciones, la gran mayoría del contingente se mantenía firme y resuelta. La mayoría de los pelotones, que estaban en los alrededores, había emprendido la retirada de inmediato, llegando a la base en la primera semana tras cortos combates y algunas pérdidas. Los pelotones que se hallaban algo más lejos sufrieron mayores pérdidas a consecuencia de errores tácticos y falta de experiencia; muchos de los mandos políticos y militares habían perdido la vida mostrando valor y audacia, permitiendo con ello que parte de su contingente se ponga a salvo. Siete pelotones fueron completamente aniquilados; otros tres huyeron en desbandada, algunos de sus integrantes llegaron a la base días después, otros fueron fusilados y los menos, tomados prisioneros. En resumen: un cuarenta por ciento, más de quinientos combatientes, perdieron la vida. De los sobrevivientes, el sesenta por ciento tenía heridas de algún tipo. Según los informes, las bajas ocasionadas al enemigo en los últimos nueve meses, entre las fuerzas policiales y militares, sobrepasaba con creces el millar entre muertos y heridos.

Salvo muy raras excepciones, la gran mayoría de combatientes había mostrado valor y entrega absoluta en la lucha. Los informes eran corroborados por los miembros de base invitados a la reunión. Lo sufrido por el pelotón al mando de Raúl era casi una constante en la mayoría de los otros pelotones. Habían cruzado el quinto barranco del octavo círculo del infierno, como diría Domingo; y al salir del último círculo del infierno, habían

alcanzado una admirable madurez, manteniendo en sus rostros una sonrisa tan sincera y tan candorosamente infantil que no parecían estar en pie de guerra.

La nota discordante la dio Lupe al amanecer. Estaban a punto de entrar a debatir sobre la nueva situación, la táctica y la estrategia, cuando pidió la palabra y se lanzó contra Raúl y otros mandos, tanto políticos como militares: Quienes -al decir de ella-llevando adelante una nefasta política de enfrentamiento, promueven la destrucción del Ejército Guerrillero Popular, del Partido y de todas sus organizaciones; de esta manera, provocan que las masas sean brutalmente golpeadas por la reacción; y facilitan el avance del ejército reaccionario en el campo.

-La posición aventurera, provocadora y ultraizquierdista de este grupo de militaristas -gritó fuera de sí-, apoyados por unos pocos mandos políticos, está propiciando el descalabro de nuestras fuerzas; la derrota de la guerra popular y la revolución. En las circunstancias actuales, para no pecar de subjetivistas y unilaterales, debemos prepararnos para llevar adelante conversaciones con el enemigo...

El clamor de los asistentes llenó el local comunal, haciendo temer un linchamiento.

-¡Orden! -gritaban desde la mesa.

-¡Miserable traidora, te ríes de nuestros muertos!

-¡El pueblo no se rinde, cobarde!

-¡Capituladora!

-¡Silencio!

-¡De qué hablas tú, que todo el tiempo has estado con diarrea para no combatir! -le gritaban Venancio y Felipe a una sola voz desde las primeras filas.

-¡Silencio!

-¡La sangre derramada, jamás será olvidada, abajo los capituladores!

-¡Silencio he dicho! -bramó Raúl golpeando repetidamente la mesa con la palma de la mano abierta.

-¡A callar, que no estamos en un mercado! ¡Siéntense! ¡He dicho que se sienten!

Poco a poco fueron cesando las protestas y las exclamaciones de descontento, hasta que se rehizo el silencio anterior.

-La compañera puede proseguir.

-Ya dije lo que tenía que decir. Tenemos una necesidad histórica que afrontar y no podemos permitir que unos cuantos aventureros lleven la guerra popular y la revolución a la derrota. Nadie habla de capitulación, sólo es dar hoy un paso atrás para dar dos adelante cuando las circunstancias nos favorezcan. ¡La historia se encargará de juzgarnos y nos dará la razón! ¡Mientras que los oportunistas de izquierda y aventureros redomados serán lanzados inexorablemente al basurero de la historia!

-¡Calla, traidora!

-¡Silencio, que no se va a permitir otra falta de respeto! ¡Aquí estamos para debatir políticamente, y encontrar no sólo el estado de ánimo de las masas, sino la razón y la verdad...! ¡Queremos escuchar otras opiniones!

Alguien levantó la mano.

-Tiene la palabra el compañero...

Hasta otras once voces se alzaron para apoyar los denuestos lanzados por Lupe.

Luego hizo uso de la palabra Carlota para señalar, en medio de aplausos, que no se trataba, como Lupe pretendía hacer pensar, de una disputa entre mandos políticos y mandos militares, sino que era una cuestión de principios, una cuestión de línea ideológica y política, una lucha entre dos líneas opuestas: una, de derecha, que pretendía la capitulación, la rendición, la postergación de la guerra popular para otro día cualquiera; y otra, la del Partido, que persistía en la continuación y el desarrollo de

la guerra popular hasta la toma del Poder, por el pueblo y para el pueblo, bajo la dirección del Partido y su Jefatura.

Las demás voces, casi doscientas, una detrás de otra, sin excepción y en inacabable secuencia, dieron su compromiso por mantener a tope las banderas de la revolución, sujetándose plena e incondicionalmente al pensamiento guía, al Presidente Gonzalo.

Hubo una pequeña pausa.

Hacia el final de la reunión se concluyó en la necesidad de continuar la guerra popular, y se acordaron las nuevas tareas transitorias hasta restablecer el contacto y recibir los nuevos planes y tareas que establezca la Dirección Central; reiterando una vez más la sujeción plena e incondicional a la Jefatura, al Comité Central y a los organismos de dirección.

Cuando abandonaron el local comunal, el Sol brillaba en el horizonte, el cielo serrano hacía gala de su azul transparente moteado por algunos cúmulos blanquísimos. El aire fresco de la mañana estaba salpicado con el grato aroma del mondonguito. Hacia abajo, en la pampa, se veía el humear de los fogones que se preparaban para el mediodía. Aún les quedaba algo de tranquilidad.

-Ya escuchaste la voz de las masas, ¿no?

-No cantes victoria, que todavía no he terminado contigo -dijo Lupe mostrándole a Raúl una mueca de desagrado por sonrisa.

Al mediodía el Sol brillaba majestuoso, cielo despejado azul intenso, una leve ventisca barría la base, la multitud bullía en la plaza. Salvo los heridos de gravedad, todos estaban congregados en torno a un rudimentario tabladillo levantado en el centro de la pampa, a la que llamaban con cierto orgullo nuestra plaza de armas.

Los siete dirigentes subieron al tabladillo y se dio inicio al izamiento de la nueva Bandera en medio de

una salva de aplausos. Los aplausos iban decreciendo y espaciándose para luego acelerarse, e ir creciendo en fuerza y ritmo hasta estallar cual petardo. Los ponchos de colores se agitaban al viento. Así pasaron diez largos minutos.

Después de varios intentos, Raúl pudo hablar.

-Compañeros, hoy estamos reunidos para rendir homenaje a los combatientes y a las masas que, desde el inicio de la guerra popular, han entregado heroicamente su vida por la liberación de nuestra patria. Compañeros, guardemos tres minutos de silencio...

Las campesinas y los campesinos se descubrieron la cabeza y llevaron sus sombreros a la altura del corazón en señal de duelo, los combatientes bajaron los cañones de sus fusiles y levantaron los puños, fuertemente cerrados, en alto; todos tenían el rostro inclinado...

...

-¡Honor y gloria a nuestros mártires por la liberación!
Y se repitieron las consignas, esta vez acompañadas por disparos al aire.

...

Y Raúl continuó su intervención con palabras que, extrañamente, quedaron fielmente grabadas en la memoria de muchos compañeros.

Los dirigentes bajaron del tabladillo en medio de aplausos. La algarabía se prolongó por media hora acompañada de disparos al aire, aplausos, consignas, cantos, nuevos disparos al aire, nuevos aplausos.

Camino hacia una de las cocinas, donde debían supervisar la preparación de los alimentos, Lupe se aproximó furiosa a Raúl; abrió los ojos hasta la desmesura y, a menos de un palmo de su cara, le soltó una andanada de palabras amenazadoras:

-¡No eres más que un mierda, basura, rata y como tal serás aplastado; rata maldita! ¡Sólo eres un agitador, un

provocador oportunista y miserable! ¡Utilizas los escritos del Presidente para lanzarte contra el Presidente, levantas su pensamiento para combatirlo y meter de contrabando tu aventurerismo militarista! ¡Y tu destino no es otro más que el de amamantarte de la cloaca de la reacción, pedazo de...! ¡Voy a acabar contigo, que no te quepa duda...!

-Nunca he dudado de tus habilidades -dijo Raúl pausado-, por el contrario, siempre me han asombrado, pero pienso que una vez más estás equivocada...

-¡Pero tú no estás equivocado, tú trabajas conscientemente para el enemigo, con tu aventurerismo, buscando el descalabro de la revolución! ¡Y los tuyos caerán junto con todos los que se oponen a las conversaciones...!

-¡Ya basta -le interrumpió con energía-, cualquier otra cosa que quieras decir dila oficialmente en una reunión del Partido!

Lupe retrocedió bruscamente llevando la mano hacia la cintura tratando de desenfundar su pistola a la vez que decía:

-Rata mise...

Pero no pudo terminar la frase; María, aún con la frente vendada, le propinó un codazo desarmándola, a la vez que Felipe, Venancio y los dirigentes, se ponían delante de Raúl.

-¿Qué hacemos con ella? -preguntó Eduardo, mientras la tenía inmovilizada.

-Nada, déjala en paz -sonreía mientras hablaba.

Apartó de su lado a los que lo habían rodeado y acercándose a Lupe le dijo sin dejar de sonreír:

-Lupe, estás muy nerviosa, un asunto tan serio como éste no debe ser tratado así. ¿Por qué tanto alboroto si el suelo está parejo? ¿Qué te ocurre? Estoy dispuesto a defender todo lo que he dicho y hecho; he desarrollado

mi trabajo como mando militar sujetándome a la línea establecida por la Dirección del Partido; además, siempre he estado bajo tu mando, porque tú eres el mando político, aunque no hayas sabido estar a la altura de las circunstancias. Yo defenderé mis planteamientos y estoy convencido de que tú harás lo mismo con los tuyos. ¿Por qué no lo dejamos para el lugar y el momento apropiados? Ahora tenemos una reunión de camaradería en toda la base, combatientes y masas juntos, no te pido que cambies de opinión, ni que abandones tu vehemencia, sólo te pido que te relajes, que te diviertas, y que te prepares anímicamente para las nuevas tareas; convoca una reunión del Partido y lleva adelante la lucha de dos líneas por los canales adecuados... Cálmese, compañera, relájese y diviértase.

Lupe le escupió en la cara y dio media vuelta; los presentes quisieron tirársele encima pero un grito los contuvo en el aire.

-¡He dicho que la dejen en paz!

Raúl dio la orden de que los únicos autorizados para portar armas ese día eran los encargados de la vigilancia, que todos debían llevar las armas a los depósitos asignados y delante de ellos montar guardia. Si iba a desarrollarse una gran fiesta, no era necesario tener las armas en la mano y además ya se había consumido una cantidad innecesaria de munición desde el mediodía.

El cielo se mantuvo despejado todo el día. La comida caliente, sabrosa y abundante saciaba un apetito mil veces aplacado con raíces y agua de lluvia; los combatientes hacían chistes de los malos momentos y de las privaciones sufridas en combate, las anécdotas corrían de boca en boca y las risotadas estremecían el aire. Para la celebración se habían sacrificado cinco vacas, seis chanchos, nueve corderos, cien patos y más de doscientas gallinas. Cientos de huevos y miles de papas

fueron sancochados desde la noche anterior, lo mismo que los choclos y las menestras. Las dieciséis cocinas venían trabajando más de veinticuatro horas sin interrupción, los cocineros y cocineras habían rotado ya seis veces, y de los grandes peroles se seguían sirviendo frejol con seco de cordero; asado con papa, verduras, choclo y queso; pucapicante y, por supuesto, mondonguito. En una larga hilera de mesas estaban colocados, dentro de recipientes hechos de calabaza, trozos sancochados y fritos de pato y de gallina que cada quien se servía según su gusto o apetito. Las jarras con chicha de jora y de molle se volvían a llenar una vez vacías, y en verdad se necesitaba todo un pelotón sólo para distribuir la chicha. Los niños bebían leche de vaca recién ordeñada. La música estaba repartida por toda la base, los cuatro conjuntos musicales rotaban de lugar cada dos horas y descansaban cuando lo necesitaban. Los huaynos, la música criolla, los pasillos y yaravies, así como la música revolucionaria, llenaban el ambiente festivo, se bailaba, se cantaba, se reía, se agitaban consignas, se abrazaban. Viejos amigos y compañeros se volvían a encontrar después de muchos años, se contaban sus anécdotas sin infringir el secreto revolucionario, se abrazaban y se separaban alegres del reencuentro. Familias enteras estaban reunidas en torno a improvisadas fogatas. Las primeras estrellas hacían su aparición en el firmamento.

Casi por instinto el pelotón de Raúl, al caer la noche, se agrupó en torno a una fogata. Casualidades de la vida: ¡Cada uno llevaba en la mano un plato, hecho de calabaza, lleno con mondonguito! Venancio lo hizo notar a gritos y todos se echaron a reír.

-¡Números! -se escuchó decir a Raúl.

-Uno, dos, tres... veintinueve...

-¡Faltando una, todos completos, compañero! -gritó Venancio- ¡Faltando una, todos completos, compañero!

Unas horas antes, Lupe había abandonado la base. Los compañeros encargados de la vigilancia en la periferia de la base informaron que la dejaron pasar sin hacerle preguntas en vista de su alto cargo. No se ordenó su búsqueda, todos intuían su plan.

-¡Al fin! -dijo Raúl luego de una pausa- ¡Al fin podemos saborear nuestro mondonguito! ¡Y pensar todo lo que hemos tenido que pasar para disfrutar nuestro mondonguito...! ¿No les parece que en el último mes hemos aprendido bastante?

-¡Claro que sí! -respondieron a una voz.

-¡Persistir, persistir, persistir! ¡Eso nos enseña nuestro Presidente! ¡Esa enseñanza nos la han dejado nuestros compañeros al entregar sus vidas en combate! ¡Esa lección ha sido grabada en nuestras almas a sangre y fuego! ¡No podemos defraudar las expectativas que los revolucionarios del mundo entero tienen puestas en nosotros! ¡No podemos ir contra la historia! Nosotros tenemos el compromiso de no dejar las armas hasta que el reino de la felicidad se establezca sobre la Tierra; no abandonaremos jamás la concepción de la guerra popular bajo ninguna circunstancia, por más que suframos duros reveses. Conquistar el Poder en todo el país es de trascendencia histórica en nuestra patria, y en el mundo entero es de gran significación; que nadie piense que la revolución es como cantar o coser, no, de ninguna manera, esta histórica tarea la venimos llevando adelante escasos tres años y aún nos quedan muchos más por bregar; diez, quince, veinte... nadie lo puede saber... de lo que sí debemos estar seguros es de que el triunfo es nuestro, la victoria es nuestra y mientras más nos esforcemos, mientras más breguemos, mientras más revolución desarrollemos, más cerca estará la fecha de nuestra liberación. La tarea está en nuestras manos, en manos de todos nuestros compañeros que combaten a lo

largo y ancho del país, y no olvidemos que nosotros sólo somos una pequeña parte de ese gran torrente que ha osado desafiar los cielos y que se ha propuesto tomar por asalto la cumbre más alta para clavar en su cima nuestra heroica Bandera. No olvidemos que como individuos no somos nada, hoy estamos aquí, mañana estaremos bajo tierra, las personas pasamos, los principios quedan, las ideas quedan; es el pueblo y sólo el pueblo quien, bajo la dirección personal de nuestro Presidente, logrará la victoria final, nosotros sólo somos ejecutores de la voluntad de las masas, de la historia; y esa voluntad, hoy, mañana y siempre, nos ordena combatir y resistir sin capitular, sin deponer las armas hasta que el reino de la felicidad brille sobre la Tierra...

-Compañeros -continuó luego de mirar los rostros juveniles, sinceros, transparentes y emocionados de cada uno de los combatientes-, sirvámonos, sirvámonos, compañeros, y recuerden aquel amanecer en que nos desbarataron el desayuno; recuerden con profundo cariño a nuestros compañeros caídos en el transcurso de las campañas y de la retirada, y piensen en la importancia que tiene el que hoy miles de personas, en esta base de apoyo se hayan comprometido una vez más a no arriar nuestras banderas... sirvámonos, compañeros. ¡Buen provecho!

-¡Gracias, compañero!

Comieron en silencio. En los alrededores, la música, las risas, el baile, la alegría, discurrían a lo largo y ancho de la base.

Terminaron de comer, se formaron pequeños grupos que bebían chicha, fumaban, reían y conversaban animadamente. Raúl se dirigió a la choza que le habían asignado para dormir; en el camino pidió a Felipe que busque a dos compañeras que estén dispuestas a viajar de inmediato a la capital de la provincia. Una vez que

regresó de la choza buscó a Rosita Luna, la tomó del brazo y la invitó a caminar a su lado.

-Rosita -le dijo tomando una bocanada de aire-, debes partir hacia la Capital...

-¿Por qué? -le interrumpió llena de asombro.

-Esperas un hijo...

-¡Hay muchas campesinas que también están embarazadas!

-Ya lo sé. Mira, es por tu seguridad... además me gustaría que cumplas una tarea. Toma este dinero -y le puso en la mano un fajo de billetes-; te voy a dar una dirección, es de una compañera, se llama Julia, es muy buena amiga mía... Le dices que vas de mi parte y que le envíe "los más gratos recuerdos de la segunda". No debes olvidar decirlo textualmente: "los más gratos recuerdos de la segunda", así sabrá ella que efectivamente soy yo quien te envía. Estoy seguro que te prestará todas las atenciones del caso, te tendrá un tiempo en su casa, te llevará a nuestros médicos, y buscará para ti un lugar seguro...

-Pero yo quiero quedarme y seguir sirviendo a la causa...

-No debes olvidar que uno puede y debe servir allí donde se encuentre. Además, como te dije, me gustaría que cumplas una tarea: A Julián le hice una promesa. Su madre vive y trabaja en el mercado de San Juan de las Flores, Julia te ayudará a encontrarla. Pídele a Julia que me preste una cantidad igual a la que te estoy dando y entréguele el total a la señora; dile que se lo manda su hijo Julián y en especial dile que él te ha encargado darle un beso y decirle que la quiere mucho. ¿Puedes cumplir esa tarea? ¿Y puedes hacerme el favor de tener y cuidar a tu hijo con todo cariño, tal como Ciro lo hubiese querido...? Todo este tiempo estuviste cerca de mí y observaste la realidad, mientras alguien la pueda

contar... tendremos una esperanza... ¿Lo harás?

-Entiendo... Sí, lo haré.

-¡Gracias!

Al rato llegó Felipe con dos campesinas, una joven y otra adulta que había escogido de entre varias voluntarias. Las presentó.

-Compañeras, tienen una tarea que cumplir. Ella es la compañera Rosita Luna, espera un bebé y la estoy enviando a la Capital para que sea atendida allí. Lo que necesito de ustedes es que la acompañen hasta la capital de la provincia y la embarquen. Luego deben ir a esta dirección -les alcanzó un papel y les hizo repetir lo anotado varias veces hasta que lo memorizaron, luego destruyó la hoja-. Allí deben tomar contacto con el compañero Antonio; le entregan este informe para que lo haga llegar al Partido -les puso en las manos una carta-, y que él les entregue todos los informes que tenga sobre el movimiento de las tropas enemigas y sobre el desenvolvimiento de nuestros pelotones en esa ciudad; pronto entraremos otra vez en acción. ¿Lo pueden hacer?

-¡Con mucho gusto, es para nosotras un honor servir!
-dijo la de más edad.

-¡A la orden! -dijo la menor.

-Bien, Rosita, alista tus cosas, sólo lo indispensable. Toma -le entregó un fajo de billetes mucho más pequeño que el anterior-, es para tus gastos de pasaje y alimentación.

La besó en la frente y se abrazaron.

-¡Buena suerte!

-¡A usted también, compañero!

En los siguientes seis meses la vida en la base de apoyo transcurrió casi sin sobresaltos. El trabajo de producción se llevaba adelante sin dificultades, así como el intercambio de productos. Por ser una de las bases más

prósperas, llevaba la mayor carga para el mantenimiento de los pelotones en movimiento, así como aportes a otras bases menos favorecidas y no tan bien organizadas; mas la responsabilidad la asumían con sencillez, humildad y orgullo a la vez. Las fuerzas armadas del Gobierno no habían dado con su ubicación, a pesar del constante movimiento de masas que se producía. En el aspecto educacional se habían logrado grandes avances en muy corto período, las escuelas populares para niños y adultos se habían duplicado y la asistencia era masiva y disciplinada; la alegría de los campesinos adultos, en sus primeros delectos, era incomparablemente más grande que la de los niños y ello obligaba a que los responsables de la educación mejoren los programas de estudio. Las mujeres se habían organizado y cumplían sus tareas, en todo nivel, con alta calidad, convirtiéndose en pilar de la familia y el orden, así como acicate para sus maridos e hijos. No había trabajo en el que no estuvieran presentes: político, militar, de producción, de educación, en el colectivo y en el hogar. Igual donde fuera y lo que fuera, las mujeres dejaban profunda huella a su paso, con su inagotable energía y entrega absoluta al servicio de la revolución.

Los pelotones y la milicia fueron reorganizados dando prioridad a su preparación ideológica y política, desarrollando una lucha de dos líneas bastante dura contra el revisionismo, contra la capitulación. La preparación militar fue extensiva a las masas. Los pelotones, fortalecidos, desarrollaban campañas de hostigamiento a las fuerzas armadas reaccionarias. Se alejaban uno, dos y hasta tres días de caminata para golpear, ora la vanguardia ora la retaguardia del enemigo, les caían encima por sorpresa ocasionándoles la mayor cantidad posible de bajas, recuperaban armas y municiones si era factible y emprendían una rápida retirada sin darles

tiempo a reaccionar. Por las noches hostigaban los cuarteles enemigos con disparos, cohetes lanzados por fusiles o con tiros de mortero de fabricación artesanal. Minaban caminos y senderos por donde transitaban las tropas, y que habían sido detectados por los mil ojos y mil oídos dispersos por todas las zonas de operaciones de la guerrilla. Se agazapaban en los alrededores de carreteras sembradas de minas eléctricas que hacían saltar al paso de los convoyes de camiones llenos de tropas para luego ametrallarlos, recuperar armamento y munición y emprender una veloz retirada. Se evitaban los enfrentamientos directos, reduciendo así al mínimo las pérdidas de vidas en los pelotones y preservando sus fuerzas para mejores momentos.

Una tarde fría, nublada y lluviosa, Raúl regresó a la cabeza de un numeroso pelotón que había cumplido tareas de hostigamiento en los alrededores de la capital de la provincia. Al entrar a la base fue recibido por un grupo de cuatro compañeros recién llegados. Le entregaron un mensaje en el que lo convocaban a una importante reunión en la Capital. Tenía dos semanas de tiempo para presentarse. Los nuevos compañeros asumirían la dirección de la base de apoyo. Esa misma noche se convocó a reunión de responsables y se entregó el mando a los nuevos dirigentes. Una vez posesionado de la responsabilidad, el nuevo mando político dio lectura a los mensajes enviados por la Dirección Central del Partido, de felicitaciones por las tareas cumplidas, y de ratificación, con formales reajustes, de todo lo ya aprobado en la base. La acogida que se brindó a los nuevos mandos fue ejemplar. Al amanecer, los cuatro se reunieron con Raúl y éste presentó un largo y detallado informe sobre el funcionamiento de la base: Número de militantes, combatientes, masas, armamento, munición,

dinero, tipo de producción, almacenes, enlaces y relaciones con las demás bases, vínculos y contactos en las ciudades, red de infiltración e información, organización partidaria, militar y de Poder, estructura y funcionamiento, desenvolvimiento de la campaña de rectificación, escuelas populares, educación ideológica y política de dirigentes, cuadros y masas, programas en desarrollo, planes y tareas trazados, balance de lo cumplido. Todo ello por escrito, en varios cuadernos, acompañado de cuadros estadísticos y diagramas, detalles de todas las operaciones llevadas a cabo; lugar, fecha, bajas, pérdidas de armamento y material recuperado al enemigo, así como todas las actas de las reuniones en sus diversos niveles, más un acta adicional que contenía en detalle el desenvolvimiento de la lucha de dos líneas y todas las opiniones vertidas al respecto, acompañadas con anotaciones personales. Le dieron las gracias y se despidieron con un largo y sincero abrazo, deseándole la mejor de las suertes.

Hacia el mediodía, después de un reparador descanso, Raúl recorrió toda la base grabando sus detalles en la memoria. Se alejó fuera de la base hasta llegar al río que hacía muchos meses habían cruzado a duras penas, se sentó a la orilla y dejó correr sus recuerdos. A pesar del frío se desnudó y nadó hasta la otra orilla, regresó hasta la mitad, se dejó arrastrar por la corriente varios metros y salió en el siguiente recodo. Se volvió a vestir y caminó de regreso a la base; hacía rato que había detectado las dos sombras que lo seguían. Poco antes de llegar a la base echó a correr lo más rápido que pudo y se escondió tras un árbol. Cuando Felipe y Venancio pasaron el árbol, les cayó por la espalda y tomándolos fuertemente del cuello con los brazos les gritó:

-¡Ajá!, ¿me perdieron el rastro o qué?

-¡No! Sólo te estábamos probando.

-¡Sí, sí, cómo no! ¡Ahora cuéntenme otro cuento...!

Y rieron. Abrazados llegaron hasta a la choza que ocupaba Raúl, los apretó contra su pecho y les dijo quedo:

-¡No lo olviden: persistir, persistir y persistir! ¡Sean humildes y se mantendrán eternos!

Tomó sus cosas y se marchó, desarmado, sin protección, sin compañía. A sus espaldas dejaba las cálidas miradas de sus dos camaradas.

Unos meses después Raúl fue a visitarnos por última vez. La reunión había sido un éxito rotundo, se aprobaron los planes de Conquistar Bases; defender, desarrollar y construir, así como el plan de iniciar el Gran Salto y Desarrollar la Guerra Popular.

Estuvo en casa tres días, casi no hablaba y se la pasaba en la ventana mirando hacia el Este, hacia la cordillera. Cuando le preguntaba si le pasaba algo, respondía: ¡Nada, no te preocupes! Cuando le preguntaba ¿En qué piensas?, me miraba de soslayo, volvía a clavar sus ojos en la cordillera, y respondía: ¡Nada!

En el desayuno del último día me contó de paso que muchos mandos militares habían sido destituidos de todos sus cargos, bajados a bases y trasladados de zona. No contestaba a mis preguntas. Luego de un largo silencio se levantó, se dirigió lentamente hacia la ventana con vista al Este, y sin despegar la mirada de la cordillera, me refirió que al final del Pleno, en la reunión de camaradería, se había producido el siguiente diálogo:

-Usted no está satisfecho ni de acuerdo con la sanción que se le ha aplicado. ¿No es cierto?

-No conozco a nadie que, una vez sancionado, quede satisfecho, o que no le afecte; puesto que uno piensa que siempre actúa dando lo mejor de sí, y que la sanción

tiene algo, aunque sea un punto mínimo, de injusticia. Pero eso no interesa porque uno se repone con rapidez de esas molestias del alma en el cumplimiento de las nuevas tareas... salvo, claro está, los resentidos que rápido se echan a perder. Sobre si estoy de acuerdo... puedo decir que estoy plenamente de acuerdo; isí!, es más, soy consciente de que es una necesidad política, ya que es una cuestión de principios: El Partido manda al fusil y de ninguna manera se puede permitir que el fusil mande al Partido; ya la historia ha demostrado lo pernicioso que esto último es. Y efectivamente, algunos mandos militares estaban tomando más poder del necesario, en parte debido a sus propios deseos, en parte por limitaciones o deformaciones ideológicas que los llevan a una línea contraria a la del Partido, y en parte, también, a la incapacidad, complicidad o dejadez, por ser la forma más cómoda de librarse de responsabilidades, de los propios mandos políticos. Yo entiendo muy bien los alcances, en todos los niveles, de la sanción, y estoy consciente y plenamente de acuerdo con ella...

-¿Pero...?

-Pero me hago la siguiente pregunta: ¿Están los demás, la mayoría de los mandos políticos, conscientes de esa necesidad? ¿O acaso es que algunos de ellos, confundiendo el don de mando con el comportarse como un mandón, se crean ahora dueños absolutos de todo poder y hagan y deshagan según su voluntad y real gana? ¿No será que algunos, libres según ellos de todo obstáculo, se crean hoy los depositarios de la verdad absoluta?

-¡Usted subestima la capacidad de los demás camaradas!

-Si por capacidad se entiende esa falta de autocrítica; ese acomodarse según por donde sople el viento. O esos golpecitos de pecho y rasgaduras de vestimenta

para pasar por agua tibia y librarse de problemas. O ese falso juramento de sujeción, cuando bien sabemos que una vez en sus zonas de trabajo vuelven a cometer las mismas barbaridades y errores de siempre. O si capacidad se denomina a ese oportunismo rastrero que algunos muestran, al comportarse, ante la primera crítica, como excelentes y desvergonzados chupamedias. O si capacidad se denomina a ese camuflarse en palabrería huera para escapar de la tormenta y salir como abanderado de la razón. Si a todo ello denomina usted capacidad, efectivamente subestimo algunas capacidades, ya que hoy nos hemos topado con verdaderos maestros de la maniobra y que posiblemente demostrando sus capacidades, capeen la tormenta todavía algunos años más.

-¡No le voy a permitir semejante falta de respeto!

-Usted pregunta y yo respondo lo que pienso. ¿O es que cree que lo mejor es lanzar flores, camuflarse agazapado tras falsos juramentos y esperar hasta una mejor oportunidad como hacen algunos?

-No, de ninguna manera, pero ello no es óbice para...

-Usted sabe tan bien como yo que lo que he dicho es verdad, y día llegará en que a ellos también les caerá su parte, de eso estamos convencidos. ¿No es así?

...

...

-¡Que le vaya bien!

-Gracias, gracias por todo lo que me ha enseñado, espero no defraudarlo.

-Así también lo espero yo. ¡Adiós, y déjenos saber de usted de cuando en cuando!

-Así lo haré.

¿Estuvo allí Lupe? -le pregunté a boca de jarro... Ni siquiera se movió, pero pude ver su sonrisa reflejada en el cristal de la ventana. No pude, o tal vez no quise,

preguntarle más. Comprendía su situación. A lo largo de estos años lo llegué a conocer bastante bien. Sé, y él lo sabía también, que hubo, hay y habrá cientos de compañeros mejores que él. Sin embargo le tenía un particular aprecio, y no quería perturbarlo con mis preguntas.

Nuestra amistad se había iniciado de la forma más patética: Unos compañeros y yo tuvimos por tarea, en los primeros días del inicio de la lucha armada, el derribar una torre de alta tensión; al final de la acción y al pie del cerro nos esperaba un auto y un compañero para sacarnos del lugar. Cuando nos acercábamos a la torre pisé una mina; los demás compañeros escaparon, uno de ellos fue a dar aviso para que el auto sea retirado inmediatamente de la zona, el compañero preguntó:

-¿Qué fue esa explosión, con esa porquería han derribado una torre?

-No, uno de los nuestros pisó una mina y los demás hemos arrancado. Y yo he sido señalado para darle aviso de que se vaya, ya informaremos.

-¿Y el compañero que pisó la mina?

-Está muerto, allá arriba.

Sacó un revólver de la guantera del auto y se lanzó cerro arriba. Cuando llegó, me encontró tiritando sobre un charco de sangre con las piernas destrozadas. Me vio aún consciente, me dijo que era un compañero y que me iba a sacar de allí. Le vi el revólver metido en la correa del pantalón y le pedí que me matara, porque no soportaba el dolor. Sonrió y me respondió con nerviosismo:

-Pues tendrás que aguantarte, hermanito. Todavía no ha llegado tu último día.

Me tomó en sus brazos, me cargó a su espalda y se echó a correr cuesta abajo. Perdí el conocimiento a los pocos segundos.

Cuando desperté, había transcurrido una semana larga y Raúl estaba a mi lado.

-¿Y, hermanito? ¿Cómo te sientes?

Dos días después me enteré que entre Robles y él me habían tenido que amputar las dos piernas de las rodillas para abajo. Me regalaron una silla de ruedas y a partir de entonces Raúl me visitaba cada vez que pasaba por la Capital.

Durante el día se la pasó, como los días anteriores, cerca de la ventana, con la mirada clavada en la cordillera. Por la noche alistó sus cosas, salió a la sala y sonriendo dijo:

-¡Hasta siempre, hermanitos!

Se iba sin abrazarnos, dejando de lado su costumbre, y se encaminó hacia la puerta de salida.

-¡Un momento! ¿Cómo es eso de irse sin despedirse con un abrazo de sus hermanitos? -le pregunté.

Se detuvo, se mantuvo de espalda a nosotros, bajó la cabeza y levantando la mano derecha con el índice apuntando al cielo dijo pausado:

-Hace un tiempo recibí carta de mi padre, en la que me comentaba sobre la muerte y entierro de un familiar. En ella decía: me sorprende la poquísima importancia que tiene la presencia de uno en este valle de lágrimas; más penosas me parecen las despedidas cuando uno viaja. ¡Y tiene razón!

Enseguida estiró el dedo medio al lado del índice y haciendo la señal de la victoria se alejó de nuestras vidas dejándonos un vacío doloroso.

Desde aquella despedida ha transcurrido mucho tiempo.

La revolución pasó por momentos de angustia. En dos oportunidades fue duramente golpeada en el campo, donde miles de combatientes cayeron en combate o fueron asesinados; donde cientos de extraordinarios

dirigentes, cuadros y militantes de base ofrendaron sus vidas por la liberación de nuestra patria; donde miles de campesinos, hombres, mujeres, ancianos y niños fueron vilmente asesinados por el simple hecho de apoyar a los revolucionarios. Sí, la revolución estuvo en peligro pero, como el ave Fénix, de las cenizas levantó otra vez vuelo para volverse más vigorosa y pujante. En la Capital, más de trescientos presos políticos y prisioneros de guerra fueron asesinados en las mazmorras de la reacción; estaban desarmados, sobre el suelo, tendidos boca abajo, fueron asesinados con disparos a la cabeza por orden del Gobierno de turno. Pero a pesar de ello el Partido supo reponerse, desarrollando combates en todo el país; llegó a controlar una cuarta parte del territorio nacional, donde estableció el nuevo Poder; llegó a tener más de trescientos mil combatientes levantados en armas; medio millón de milicianos y más de dos millones de ciudadanos distribuidos en las decenas de bases de apoyo que florecen por doquier, y que organizados en los cientos de Comités Populares bregan por la revolución. En la lucha interna, se fortaleció la línea correcta aplastando a aquellos mandos políticos que intentaron apoderarse de la dirección del Partido para llevar adelante su política de capitulación, rendición y entrega de armas. Nada hizo retroceder a la revolución. El salvajismo y la barbarie utilizados por el Gobierno, la reacción y sus fuerzas armadas contra la guerra popular no pudieron derrotar ni amilanar al pueblo; ni los bombardeos masivos sobre la población civil; ni los campos de concentración en los que eran recluidas comunidades enteras, en el vano afán de separar a las masas de la guerrilla; ni los asesinatos masivos, demostrados con el descubrimiento de cientos de fosas comunes secretas y que horrorizaron a la opinión pública mundial; ni la prisión de miles de ciudadanos impedían el avance victorioso de la revolución... Pero

hace un año, sufrimos el más duro golpe de nuestra presente historia: el Presidente y otros miembros de la dirección fueron hechos prisioneros. A pesar de ello la lucha continuó.

Hace un mes, al regresar de las compras del mercado, Rosita Luna entró a la casa con lágrimas en los ojos; Cirito jugaba a los empujones con Ruth, nuestra hija, ambos ajenos a las lágrimas de su madre. Cuando le pregunté por qué lloraba no respondió, se acercó a mi silla de ruedas, besó mi frente, y dejó sobre mis muslos los periódicos que publicaban la carta del Presidente solicitando celebrar conversaciones que conduzcan a un acuerdo de paz cuya aplicación lleve a concluir la guerra que por más de trece años vive el país.

Las grandes decisiones, tomadas por los grandes hombres, encargados de escribir la historia, son por lo general incomprendidas o tardan muchos años en calar en las masas. Yo no soy nadie para juzgar, sólo me esfuerzo por comprender por qué el hombre se envuelve en su propia sombra y se pregunta por qué anda a oscuras.

Hoy me vuelve a la memoria el discurso de Raúl:

-¡Compañeros...! Antes del inicio de la guerra popular, nuestro Presidente, previendo el futuro, nos alertó: Revolución y contrarrevolución se aprestan a la violencia. La lucha revolucionaria será dura, violenta, cruelmente contestada. La reacción mandará sus negras huestes a combatirnos. Embestirán a la clase obrera, al campesinado, a las masas populares. Extenderán sus garras siniestras, sangrientas. Así será. Nos tenderán cercos, buscarán aislarnos, aplastarnos, borrarlos. Pero nosotros somos el futuro, somos la fuerza. Somos la historia. Y efectivamente eso estamos viviendo: la reacción ha lanzado a lo más selecto de sus fuerzas militares tras de nosotros en sus vanos sueños de aniquilarnos, pero nosotros hemos salido victoriosos

de estos primeros encontronazos. Poco antes del 17 de mayo de 1980, nos recordó nuestro objetivo: Camaradas, ha concluido nuestra labor con manos desarmadas. Se inicia hoy nuestra palabra armada. Sellamos hasta aquí lo hecho, aperturamos el futuro, la clave son las acciones. Objetivo: el Poder. Eso haremos nosotros. La historia lo demanda, lo exige la clase. Nosotros debemos cumplir. ¡Y cumpliremos! Somos los Iniciadores. Ese es nuestro objetivo y no otro: el Poder. Y en ese camino nos desenvolvemos. El Presidente también nos exhortó a prepararnos para combatir con valor hasta la consecución de nuestro objetivo: El vórtice se acerca, está comenzando. Crecerán las llamas invencibles de la Revolución convirtiéndose en plomo y en acero y del fragor de las batallas con su fuego inextinguible saldrá la luz, de la negrura la luminosidad y habrá un nuevo mundo. El viejo orden cruje, su vieja barca hace agua. Pero nadie puede esperar que se retiren benignamente. Sueños de sangre de hiena tiene la reacción. Agitados sueños estremecerán sus noches sombrías. Su corazón maquina siniestras hecatombes. Pero no podrán prevalecer, su destino está pesado y medido. Ha llegado la hora de ajustarle cuentas. Y eso es precisamente lo que estamos haciendo: ¡Les estamos ajustando las cuentas y les estamos dando duro!

Una salva de aplausos estremeció las montañas, y los vivas al Presidente, a la revolución y a la guerra popular retumbaron en los Andes.

-El Presidente nos ha señalado nuestro heroico destino: Vivimos en una época extraordinaria. Nunca los hombres tuvieron tan heroico destino. Así está escrito. A los hombres de hoy, a los que bregan, respiran y combaten, les ha correspondido barrer a la reacción de la faz de la Tierra. La más luminosa y grandiosa misión entregada a generación alguna. En esa situación estamos.

Así es efectivamente. ¡En esa situación estamos y que a nadie le quede duda!

Nuevos aplausos.

-También nos habló de que el camino está definido: Que las acciones armadas hablen. Es perentorio, urgente. Es una voz de orden. Lo demanda la clase, lo demanda la historia, lo demanda el pueblo. Es una necesidad. Lo hecho antes nos ha traído hasta aquí. El camino está definido. Las acciones, establecidas. ¡Cumplirlo! No tenemos otro derecho. Y nosotros estamos cumpliendo los acuerdos: Hemos impulsado y desarrollado la guerra de guerrillas; hemos abierto zonas guerrilleras; hemos conquistado armas y medios para combatir; hemos removido el campo con acciones guerrilleras; hemos batido para avanzar hacia las bases de apoyo; y las hemos conquistado. ¡Aquí está la prueba...! ¡Aquí está la prueba, compañeros: cientos de combatientes, miles de masas, un Partido fuerte y unido en torno al pensamiento guía; un Ejército Guerrillero Popular con varias batallas victoriosas; y estamos sentando las bases del nuevo Estado, del nuevo Poder! ¡Y ésta es sólo una de las bases de las muchas que se han establecido a lo largo y ancho de nuestra patria! ¡Aquí está la prueba, que la reacción se revuelque en su desgracia y miseria! ¡El futuro nos pertenece!

Cinco minutos de algarabía no fueron suficientes, las masas rugían de emoción.

-¡Compañeros...! Permítanme expresarles la situación actual y perspectiva a través de la lectura de lo establecido por nuestro Presidente: Nuestra Bandera ya está puesta en otra cumbre más alta. Los tambores comienzan a sonar. El viento se agita. La Bandera es un grito hermoso, en rojo, a todos nos llama. ¡Ascenderemos! Así será. Nada más podemos hacer. A la revolución nada la puede detener. ¿Por qué las chispas se van a rebelar contra la

hoguera? Uno no vale nada. La masa es todo. Si algo hemos de ser, será como parte de la masa. Nada podrá prevalecer contra la clase obrera, todo lo derrumbará y un mundo de luz aparecerá necesariamente. ¿Quién nos podrá contener? ¿Qué podemos temer? ¿Puede el silencio apagar la tormenta de los cañones? ¿Puede una chispa levantarse contra una hoguera? ¿Cómo el silencio va a acallar el estruendo? El martillo lo enarbola la clase obrera. El yunque es la lucha. ¡Que cada uno cumpla su jornada! Sabemos lo que tenemos que enfrentar. Lo hemos enfrentado ya. Lo enfrentaremos mañana. El mañana será duro pero estaremos templados por el pasado y nos forjamos hoy.

-¿Vamos a retroceder compañeros?

-¡Nooooooooooooo, nunca! -y las ráfagas herían el cielo.

-¿Vamos a capitular? ¿Vamos a entregar las armas?

-¡Jamás, jamás, jamás! -rugieron las masas y los Andes se estremecieron.

...

-¡Compañeros...! Tenemos una promesa que cumplir y la cumpliremos necesariamente pues la historia así nos lo demanda. El Presidente ya nos lo dijo: Otro mundo se abre para nosotros. Hemos comenzado a definirnos. Que cada palabra nuestra, cada pensamiento nuestro, cada acción nuestra, cada sentimiento nuestro, cada voluntad nuestra ratifique esto. Es factible, indispensable, es necesario. Hemos acordado unánimemente ceñirnos al desarrollo a través de acciones. Desde este momento que todo exprese nuestra voluntad tensa de cumplir lo acordado. Primero es el hecho y luego la idea. Y esa idea te lleva a acción más alta cada vez. Hemos llamado a las armas, a la lucha armada. La semilla cayó en buen surco, comienza a germinar. A quienes dijimos: Ponerse en pie, levantarse en armas, responden: Estamos prestos, guíennos, organicennos. ¡Actuemos! O cumplimos lo que

prometimos o seremos hazmerreír, fementidos, traidores. Y eso no somos nosotros... ¡Y eso, compañeros, eso no somos nosotros, jamás seremos traidores, jamás seremos traidores ni cobardes! ¡Pase lo que pase, la guerra popular continuará hasta la victoria final! ¡La brega será dura, ardua, cruenta, larga, difícil! ¡El triunfo es nuestro!... ¡El triunfo es nuestro, el triunfo es nuestro, compañeros... el triunfo es nuestro! ¡Combatir y Resistir! ¡Viva el Presidente!

-¡Viva, viva, viva!

Hoy, no puedo dejar de pensar en todos aquellos hombres y mujeres que dieron la vida en la heroica e inacabada lucha por la liberación de nuestra patria. Tampoco puedo dejar de pensar en Raúl, que a fin de cuentas no es más que un personaje, uno más, entre millones de seres comunes y reales, que, llenos de virtudes y defectos, aportaron su esfuerzo, a esa gran epopeya llamada revolución. Muchos de ellos han caído heroicamente en combate; otros fueron vilmente asesinados en algún recodo del camino; quedan aquellos que, estando privados de su libertad, convierten, para ejemplo de algunos, las mazmorras de la reacción en trincheras de combate; y la mayoría de compañeros continúa en la brega a pesar de las grandes dificultades.

Hace algún tiempo, tuvimos noticias sobre la muerte de Raúl. Las versiones eran diferentes: una sostenía que, estando en la primera línea de fuego, una ráfaga le pulverizó el corazón. Otra sostenía que fue un lamentable accidente: que el tiro que le destrozó la nuca partió de atrás. Una tercera versión afirmaba que en una acción para apoderarse de un almacén de armas, actuó disciplinadamente: degolló al centinela, abrió la puerta de una patada y arrojó la cocacola como le habían ordenado; a sabiendas de que era inútil, dio la

vuelta tratando de protegerse tras la pared; el almacén estalló en mil pedazos: una bola de fuego que quemó el cielo acabó con él. El único punto en que coinciden las diferentes versiones se refiere a que su cuerpo no fue recogido, no fue enterrado y por lo tanto nadie dijo unas palabras ante su tumba.

Cómo pudiera, hermanito, hacerte llegar desde mi silla de ruedas el mensaje que ayer me dejaran Felipe y Venancio:

¡Persistir, persistir y persistir!

Primavera del 94.

En contexto

Introducción a la novela Resaca

Ha transcurrido 13 años desde que por primera vez se diera a conocer públicamente esta novela. El vertiginoso desarrollo de los acontecimientos me sugiere agregar, hoy, lo que bien podría ser una introducción que permita comprenderla mejor ubicándola en el contexto actual.

Si pudiéramos elevarnos sobre la piedad y la miseria humana para lograr otear ese tablero de ajedrez donde dioses ebrios e imbéciles mueven las piezas según sus intereses económicos, estratégicos y hasta por puro capricho alegórico, podríamos ver que el principio del lento fin toca a rebato en oídos sordos.

Sobre ese tablero, al que nosotros con nostalgia llamamos nuestro mundo, el gran gendarme, convertido además en hegemónico único, mueve sus piezas con vesania y, con sus aliados de turno, en plena repartija comete los más atroces crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad en nombre de su dios, la llamada democracia y sus golpes preventivos.

Su actual contrincante no es menos protervo. En nombre del dios clemente y misericordioso despedaza sin piedad cada día decenas de cuerpos inocentes; hombres y mujeres, ancianos, adultos, jóvenes y niños

son notificados por el camino recto, del coche-bomba y su mísero mártir, para que se esfuercen por merecer la indulgencia del señor y la posesión del paraíso, vasto como los cielos y la tierra y destinado a los que temen a dios; para que induzcan que los que no creen en los signos de dios sufrirán un castigo terrible, para que sepan que su dios es poderoso y vengativo. ¡Señor!, no permitáis a nuestros corazones desviarse de la senda recta, una vez que tú nos has dirigido a ella. Concédenos tu misericordia, pues tú eres el dispensador supremo. Y así, llega el siguiente coche-bomba fundamentalista para zanjar diferencias religiosas de secta, aunque de cuando en cuando y por la misma vía se muestre la guadaña oculta del preventivo provocador, del impune inquilino de la Casa Blanca que también ejerce el crimen como oficio redentor.

Dioses ebrios e imbéciles, y sus mimos con carácter divino sobre la tierra, mueven sus piezas con vesania y se preparan para lo peor: expandir la prevención o producir la próxima invasión. ¿Acaso piensan que si primero usaran el manumisor golpe preventivo quedará la Ayatolá respuesta diluida en la arena del olvido? Al contrario, le darían un buen pretexto para convertir la tierra prometida en una mesiánica ofrenda, aunque, dicho sea de paso, pésimo negocio para la industria que la arma. Pero, quién sabe si a los fundamentalistas cristianos les da la ventolera y febriles se precipitan a poner la bota democratizadora sobre arena fina, pura y dispersa. Como fuere, tarde o temprano Irán por lana y si acaso salen de ahí será aún más trasquilado. Errar es humano, pero dos veces, en corto tiempo y en lo mismo, sólo le ocurre a los ebrios e imbéciles. ¡Enhorabuena, Bush!

Que el imperialismo yanqui ya está derrotado en Iraq es algo que pocos aún lo dudan. Por donde se lo mire,

la concebida retirada escalonada es un paso estratégico planificado para evitar la derrota total, cabal y completa, con la intención de conservar el núcleo de sus fuerzas y tranquilizar la opinión pública con miras a la próxima aventura militar y ello significa que tras la carnicería y mutilación, en su huida, el imperialismo y sus aliados dejarán un reguero de sangre, desolación, desesperación y rabia contenida; liberaron un país de las garras de un dictador para desertarlo inestable, devastado, mísero como preludio democrático. ¡Aleluya!

Con el término de la llamada guerra fría a causa del derrumbe y descomposición del socialimperialismo soviético no llegó, a pesar de los pregones del imperialismo yanqui, el inicio de una nueva era de paz y de estabilidad; todo lo contrario, por ninguna parte se encuentra estabilidad económica ni política y en medio de guerras de todo tipo se desarrolla una militarización creciente donde se vende masivamente armas a tirios y troyanos.

Con la desintegración de lo que fue la Unión Soviética, caída estrepitosa y rápida de la segunda superpotencia imperialista y la consiguiente bancarrota del revisionismo contemporáneo, se han redistribuido las piezas sobre el tablero internacional desbocando la repartija y rebatiña de territorios, zonas de influencia y fuentes de recursos naturales. Rusia conserva aún su condición de potencia militar basada en el arsenal bélico de la ex Unión Soviética, desarrolla y prueba una superbomba de alta tecnología y se encabrita ante los planes del imperialismo yanqui para instalar un sistema de defensa de misiles en Europa Oriental lo que prácticamente es una declaración de guerra precisamente en y desde sus ex colonias, zona de rebatiña imperialista donde nunca ha habido marxismo sino revisionismo.

A río revuelto, ganancia de pescadores, parece

ser también la doctrina de otras potencias como, principalmente, Japón y Alemania, que se preparan para ser superpotencias en un proceso de colusión y pugna donde Francia, con su nuevo Presidente, mete las narices por los palos mientras que los revisionistas que dirigen China, desde el golpe de Estado contrarrevolucionario de Teng Siao-ping en 1976 y por la incapacidad de los conocidos como la Banda de los Cuatro, siguen avanzando, gracias a la globalización, en sus afanes por convertirse en superpotencia mundial disputándole la plaza al gran gendarme y hegemónico único. Desde que se restauró en forma acelerada y desenfundada el capitalismo en China, los revisionistas no han cesado de fortalecer su dictadura burguesa para sojuzgar al pueblo chino y expandir sus voraces y globalizados tentáculos más allá del Sudeste Asiático llegando hasta los escaparates estadounidenses pintándoles muñequitas en el aire. ¡Disculpe, señora democracia!

Si así está este nuestro mundo ancho y ajeno, ¿cómo anda la llamada democracia? ¡Muy bien, gracias! Sólo un par de ejemplos: En palestina, tras elecciones democráticas, estrechamente vigiladas y controladas internacionalmente, ganó el Hamás limpiamente. ¿Y qué pasó inmediatamente después? Como estaban en la lista de terroristas del semidiós Bush, simplemente los arrinconaron en Gaza para más temprano que tarde darles con todo lo que tengan; mientras ahora, después de oponerse a rajatabla, promueven el reconocimiento del Estado palestino por parte del sionismo: dos Estados, una solución justa pero amañada por los dirigentes estadounidenses en contra del pueblo judío y del pueblo palestino. Otros ejemplos: el Hezbolá le metió una buena paliza al sionismo que usó todo lo prohibido que tenía a mano y no pasó nada nuevo bajo los cielos. En Paquistán, la marioneta, tras algunas

componendas, se aseguró el trono para seguir de lacayo del gran gendarme; democráticamente obtuvo la gran mayoría, de qué se quejan si tan sólo cruzando la frontera ya se probaban nuevos cohetes capaces de transportar cargas atómicas, la democracia sigue igual. A la dictadura militar fascista de Birmania le sacan la tarjeta roja de las naciones unidas tras montar un show con unos monjes tan pendejos que de angelicales sólo tienen los hilos divinos que los manipulan: no se oye, padre. En Georgia y Ucrania se brinda con champaña, se traga caviar hasta llenar el buche y una mano lava la corrupción de la otra mientras otros se acomodan bajo la trenza de la diva. Y así hasta la deriva. Por doquier campea la corrupción, el genocidio impune, el crimen como oficio democrático y redentor, la venta de armas a psicópatas que andan sueltos y que organizan ejércitos de mercenarios y de niños, Estados africanos armados indiscriminadamente por ambos bandos para que se despedacen entre sí mientras los usureros de siempre siguen sacando diamantes, petróleo, oro y todo lo que puedan en nombre de su bendita democracia.

¿Y de las revoluciones, de los movimientos de liberación, qué? Pues nada, traicionadas una tras otra en Asia, África y América Latina por dirigentes que también se creen divinos y se preocupan más por su mísero pellejo que por los principios e ideales que juraron defender. Dirigentes que al caer presos lloran, ruegan y se arrastran ante el enemigo con tal de sobrevivir; prefieren vivir de rodillas a morir de pie; de grandes pensadores pasan a viles depredadores sin complejos que venden todo un pueblo por un plato de lentejas que jamás llegarán a probar. El ejemplo más patético en la historia reciente de las revoluciones es el caso del renegado Guzmán quien, al caer preso y desde lo más alto de la dirección de un Partido que inició la guerra popular en el Perú, empezó

a cometer suicidio ideológico al tramar acuerdos que se negaban a sí mismos. Así, pasó de ser el más grande marxista-leninista-maoísta a ser el más grande traidor sobre la faz de la Tierra; consecuencia lógica para quien sólo se preocupa, en el cenit de su vida, por autoerigirse un monumento bajo la rueda de la historia, un pedestal a base de idolatría y cizaña, que acabará por derrumbarse y aplastarlo.

Así las cosas, quede percibido, por un lado y según lo enseña la historia, que todos los imperios, tarde o temprano, han caído y el yanqui también caerá, las campanas ya tocan a rebato advirtiendo el inicio del final pero cae en oídos sordos pues aún no se vislumbra con claridad un Partido ni dirigente que levante bandera contra el enemigo principal; y por otro, que lo que necesitamos es una nueva democracia que integre a las grandes mayorías, a más del 90 por ciento del pueblo y para ello necesitamos dirigentes que dejen de contemplar sus actos como signo de divinidad promoviendo el culto al emperador.

La democracia no es para que unos cuantos la usen según sus gustos o pareceres, la nueva democracia ha de ser un instrumento que permita al pueblo instalar el reino de la felicidad aquí en la Tierra y no en los cielos. Nadie que esté en sus cabales desea la guerra, por el contrario, todos los pueblos desean la paz pero los que tienen la sartén por el mango no nos dejan otra salida más que hacer la guerra para lograr esa paz esperada, deseada y duradera. La violencia contrarrevolucionaria que ejercen los poderosos sólo podrá ser borrada de la faz de la Tierra con la violencia revolucionaria del pueblo unido. Y es que no hay una violencia a secas, ya que ésta no sólo se refiere al acto llamado guerra. ¿Qué es la opresión y la explotación, el hambre y la miseria, el trabajo infantil, la triple explotación de la mujer, la falta de atención

médica, seguro y educación, sino una lista sin fin de formas y variaciones de violencia ejercida por el Estado reaccionario contra el pueblo? Y en cuanto a la guerra en sí, es imposible pensar en una guerra humanizada pues los enemigos de clase no se agarran a pañuelazos ni se tiran pétalos de rosa en una confrontación armada. En toda guerra, como continuación de la política por otros medios, hay muertos, heridos e ilesos, quienes ganan y quienes pierden. Las guerras se dividen en justas o injustas y hay reglas que deben ser cumplidas, no hay ninguna necesidad de ensañarse con el enemigo ni con el vencido; la masacre de civiles no tiene nada que ver con el respeto de los principios y las reglas de la guerra; al margen de que se desarrolle en las Torres Gemelas, en las calles de Bagdad, de Afganistán o de Miraflores, no es más que un crimen y punto.

Pues bien, tomando lo arriba dicho como marco general de referencia, se puede decir que con el inicio y desarrollo del inconcluso proceso revolucionario peruano se difunde un reguero de ideas y sentimientos encontrados que se reflejan no sólo en la vida cotidiana sino también en la narrativa peruana. Por lo general la tendencia es presentar, en forma encubierta o no, al militante, al combatiente, como un monstruo; como un ser fanático sediento de sangre, cruel y perverso; un exótico fundamentalista con objetivos políticos abstractos y ennegrecidos por una criptográfica ideología que por lo demás dicen que es incomprendible para las masas en general y para la masa campesina en particular. Al militante, al combatiente, se le pone un sello para presentarlo como un vil homicida y atribuirle una bestialidad creciente: Terrorista; distintivo que a menudo también sirve para encubrir torturas, desapariciones y masacres; genocidio y crímenes de lesa humanidad cometido por el Estado peruano y sus

llamadas fuerzas del orden. Sobre el militante, sobre el combatiente, sobre el luchador social, se vierte un cúmulo de meditadas mentiras y tergiversaciones como parte de una campaña siniestra y proterva que busca legitimar la atrocidad cometida en nombre de la, tantas veces invocada, "defensa de la democracia".

Dentro de este campo, algo general, se desarrolla un subgrupo conformado por supuestos coquetos e indecisos que dicen presentar la realidad puesta sobre la mesa para que el lector observe que el llamado terrorista no es un monstruo, tampoco un psicópata ni un asesino sin escrúpulos sino un hombre normal. Cuando se lee sin atención a este tipo de autor, que se vende a sí mismo como una persona buena y amable, algún ingenuo podría llegar a pensar que porque habla del subversivo sin insultarlo ya está propenso a simpatizar con éste; basta con decirle al autor que es demasiado neutral, que gusta su estilo, por rápido y vertiginoso como los tiempos que corren, y pensar que conviene darle sólo una empujadita para que tome posición, para que se defina y ya. Iluso quien así piensa, pues cae en las redes del engaño. Este tipo de autor pone sobre la mesa al malo-bueno contra el bueno-malo y juega con los personajes haciéndolos rotar a gusto dentro de su dicotomía para que el lector, sea del bando que sea, se sienta satisfecho y decida, él solito, a quién le cree. Además, y de yapa, dentro de alguna etérea línea del relato, el testafarro deja aflorar su ponzoñosa alma para mostrarse ante el lector como si estuviera realmente dolido por las injusticias que no están tan lejos de él ni más allá de su propia nariz; toman la piedra más grande que encuentran a su paso y se dan duro contra el pecho entonando, dizque con rabia, el mea culpa bajo un sol radiante en un circuito costero cerca de Lima y llamado Asia para quien quiera mayores precisiones. Pero, cuando este autor

abre la boca en una entrevista televisada, entonces sí que le salen todos los sapos y culebras que anidan en sus entrañas, pues no escribe lo que piensa ni lo que verdaderamente siente; sólo escribe para el negocio. Es entonces cuando el subversivo, ese hombre normal, sí que es un terrorista letal; un asesino que acecha en la oscuridad; un individuo dogmático que necesita creer en algo trascendental para deshumanizar a su víctima y matar en serie; ese subversivo que no está loco, ¡qué va!, si es un hombre normal, tan normal que se lo puede comparar con el también normal Adolf Eichmann, el nazi que asumió la responsabilidad administrativa del conjunto del Holocausto y de la construcción de la máquina de asesinato masivo que acabó con la vida de millones de judíos.

Aunque alguno de estos estilistas haya recibido, por ejemplo, el premio Alfaguara o el que mejor fuera, hay que leerlo con cuidado pues son más peligrosos que aquellos que expresan sus ideas en forma clara y abierta.

Por otro lado, afectada por la violencia política, hay toda una generación de escritores conformada por novelistas, narradores, cuentistas y poetas que en general son autores de obras ficticias en las que se esfuerzan por captar y representar la realidad mientras navegan en busca de posibles soluciones, pero desde afuera y al filo de los hechos. Son espectadores que emiten un juicio, partidario o no, de los acontecimientos; en medio de las escaramuzas, rodeados por ellas, toman parte, consciente o no, por uno de los bandos o deambulan entre dos aguas y armados con buena pluma responden con fuego al fuego o cabalgan a la grupa de dos caballos salvajes haciendo cabriolas para no caer sobre ascuas que puedan de por vida marcarlos; la gran mayoría son excelentes escritores, lamentablemente, cohibidos por las limitaciones del observador supuestamente imparcial. Se

puede apreciar sus temores, gustos o preferencias según le pongan a uno de sus personajes el mote de terrorista o guerrillero al margen de cómo se desarrolle la historia y cuál sea su desenlace. Un enorme y loable esfuerzo literario que se queda en la periferia de lo acontecido; que intuye, pero desconoce al militante, al combatiente. Analizan desde el punto de vista del espectador, se sienten atrapados y, encandilados por los llamados efectos colaterales, sufren. Eligen al luchador social y lo aíslan del escenario. El resultado es algo superficial e impreciso con pinceladas de realidad. Arañan la realidad. Tienen una visión parcial del problema de la guerra, o si lo prefieren de la violencia política, y hablan únicamente de su carácter destructivo.

Hay un tercer grupo de escritores que narran los hechos desde adentro, como quien dice, desde donde las papas realmente queman. Un pequeño grupo que si quisieran, podrían libremente expresar o narrar lo vivido; pero, apresados por la majadera y mal entendida sujeción plena e incondicional, pierden la voluntad y de paso sus brillantes cualidades personales para someterse a los mandatos y designios de un figurón tan humano y mortal como cualquiera. Lamentablemente, al margen de honrosas excepciones, se encuentra toda una retahíla de alabanzas al mito que más parecen una letanía o un catecismo tan mediocre como aquella estúpida historieta del camioncito y otras parvulezas. Demasiado miedo o servilismo.

Evidentemente, en estos dos últimos grupos, hay eminentes excepciones que escapan a la regla y al carácter de estas líneas.

Éstas son algunas de las actualizadas percepciones y reflexiones que en la primavera del 94 me llevaron a publicar *Resaca* en un esfuerzo por presentar, junto

con Yehudá Pazaj, los hechos más allá de la ficción acercándolos todo lo posible a la realidad en su forma narrativa sin pretender llegar a escribir una novela histórica. Habrá quienes encuentren fallas y faltas, poco importa. Lo vivido, vivido está. En Resaca y en los escritos de Yehudá Pazaj, como en la realidad, el militante, el combatiente, el luchador social es un hombre común y corriente como todos los demás: con defectos y virtudes; capaz de amar, sufrir, llorar, reír; capaz de sacrificarse y vivir no sólo por un ideal o un sueño, sino por un futuro mejor, por un mundo real, palpable y factible de lograr aquí y ahora; por una sociedad justa que integre a las grandes mayorías. Son hombres y mujeres conocedores de fusiles y granadas de mano pero también capaces de leer y escribir poesía; hombres y mujeres acostumbrados a conversar en voz baja, cobijados bajo el manto oscuro de la noche serrana y el frío cruel de la puna, sobre el sentido de nuestras vidas; sobre la necesidad de conjugar el amor con el cumplimiento del deber; sobre la libertad y la justicia. Son hombres y mujeres capaces de cantar, bailar y zapatear frenéticamente hasta arrancar polvo de suelo mojado; capaces de enfrentarse con una sonrisa a la soledad y a la reflexión; capaces de cruzar ríos turbulentos con el agua hasta el cuello, de noche, en plena oscuridad y tiritando de frío mientras marchan al combate conscientes de que son hacedores del definitivo amanecer y capaces de soportar los dolores del parto de la historia. Los supuestos héroes de acero inoxidable y sus gloriosas epopeyas personales son simples símbolos alegóricos o efímeras anécdotas. Los verdaderos héroes son los hombres y mujeres anónimos del campo y la ciudad que aportaron y aportan con su granito de arena a la revolución. El Venancio de Resaca es el Cipriano de Jehudá, una misma realidad contemplada por diferentes ojos. Los hombres y mujeres reales que tuve la fortuna

de conocer sabían vivir más allá del horizonte aunque la vida siempre pendía de un hilo, eran sencillos y honestos trabajadores y sentían el mismo temor a la hora de ir al combate. Aunque se consumaron algunos errores, jamás percibí las barbaridades que dicen que se cometieron. Eso debía quedar claro.

Por otro lado, la revolución había logrado establecer un nuevo Poder al que algunos definieron como "impuesto desde afuera, suplantando las instituciones y a las autoridades comunales". También se decía que el campesinado, "en términos generales, optó con decisión, autonomía y mucho coraje luchar contra Sendero Luminoso". Ambas afirmaciones son completamente falsas, en cuanto al nuevo Estado era evidente que nacía como necesidad del campesinado mismo, en base a su milenaria experiencia y con su participación activa y directa, de no ser así no hubiera durado lo que duró; y, que la nueva democracia, en los hechos, ya estaba transformando la vieja sociedad, las relaciones sociales y sus correspondientes relaciones de producción. En cuanto a las rondas campesinas y sus símiles, hoy más que nunca está plenamente demostrado que nacieron como criaturas del Estado reaccionario y sus fuerzas represivas.

Mas esta realidad no sólo debería ser reflejada en la novela; ésta debería ir más allá. En pleno apogeo y desarrollo, la revolución había sido vendida desde lo más alto de su dirección y se imponía la necesidad de desmitificar supuestas deidades; se imponía la necesidad de dar un sacudón para despertar a los que quedaron aturdidos por el golpe artero y lanzar un mensaje de persistencia pues la tarea quedaba traicionada, mutilada e inconclusa.

Quien haya vivido todo el proceso revolucionario o parte de él desde adentro, sabrá encontrar el espejo

que refleje su sufrimiento, su alegría, su aporte y el reconocimiento a todos aquellos hombres y mujeres que dieron la vida en la heroica e inacabada lucha por la liberación de nuestra patria. Para quien desconozca la historia reciente o la mire desde afuera, tendrá un rasero diferente con el cual pueda medir sus simpatías o aversiones.

Son pocos los que quedan y conocen lo sucedido en más de cuatro décadas de lucha, pero no pueden o no quieren escribir porque creen que sólo Él puede definir la historia y eso es un error fatal; esos largos años de lucha no son propiedad privativa de un solo individuo por más genial que se crea; es obra y aporte de miles de hombres y mujeres que de una u otra manera contribuyeron con su esfuerzo, sin ellos no existirían los grandes dirigentes, sin la masa el individuo es nada, un simple suspiro en el aire, hálito que el viento barre. Sólo las masas hacen la historia. Ello debía ser especificado.

Si todo lo propuesto se logró o no... Eso ya es otra novela por contar.

El artista, el literato, el escritor o el narrador, no puede ser sólo espectador, debe ser, y de hecho lo es aunque no sea plenamente consciente de ello, actor de su tiempo. En todo lo que está narrado, sea el escritor de la Costa, la Sierra o la Selva, hay, en el fondo, un sentido político y hay que buscarlo si no salta a la vista. Se lo acepte o no, tras todo escritor o artista hay un político, hay un hombre de su tiempo que contiene en la lucha de clases; consciente o inconscientemente expresa ideas, opiniones y posiciones. Si los contendientes se encuentran apostados a ambas orillas prestos a combatir o en medio de un combate, al escritor, al artista, le es imposible navegar en medio del río pensando que llegará incólume a buen puerto, pues tarde o temprano las corrientes

superficiales o profundas de su ser lo llevarán a una de las orillas no como espectador pasivo sino como actor convicto y confeso o, en caso contrario, sucumbirá en la vorágine de los acontecimientos. Se puede quebrantar la ley, pero no negarla. Al narrador comprometido y consciente no le basta reflejar la realidad, afila su trabajo en el dominio ideológico y contribuye a cambiar la fisonomía espiritual del hombre y de la sociedad utilizando sus propias ideas; contribuye a transformar la educación, la literatura, el arte y los demás dominios de la superestructura a fin de facilitar la estructuración y centralización de ideas, opiniones y posiciones correctas como una unidad para la acción. Y está bien que sea así. No hay que temer a equivocarse.

Octubre-noviembre de 2007.

Rafael Masada

